ENTRE BOBOS
ANDA EL JUEGO.

PERSONAS.

Don Pedro.
Don Lucas.
Don Luis.
Don Antonio, viejo.
Doña Isabel de Peralta.
Doña Alfonsa.
Cabellera, gracioso.
Carranza, criado.
Andrea, criada.

La escena empieza en Madrid, sigue en las ventas de Torréjoncillo, Illescas, y campo de Cavañas, en cuya posada concluye.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ANTONIO.

Doña Isabel y Andrea.

Isabel.
¿ Llegó el coche ? ¡ Es evidente!
Andrea.
Y la litera tambien.
Isabel.
¡Qué perezoso es el bien,
y el mal, ó qué diligente!
¡ Que mi padre inadvertido,
darme tal marido intente!
Andrea.
Marido tan de repente,
no puede ser buen marido.
Jueves tu padre escribió
á Toledo ; ¿ no es así?
Pues viernes dijo que sí,
y el domingo por tí envió.
Cierta esta boda será,
segun anda el novio listo ;
que parece que te ha visto,
en la priesa que se da.
Isabel.
A obedecer me condeno
á mi padre, amiga Andrea.
Andrea
Puede ser, que este lo sea,

pero no hay marido bueno.
Ver, como se hacen temer
á los enojos menores,
y aquel hacerse señores
de su perpetua muger;
aquella templanza rara
y aquella vida tan fria,
donde no hay un *alma mia*
por un ojo de la cara;
aquella vida tambien
sin cuidados ni desvelos,
aquel amor tan sin zelos,
los zelos tan sin desden,
la seguridad prolija
y las tibiezas tan grandes,
que pone un requiebro en Flandes
quien llama á su muger hija.
¡Ah, bien haya un amador
de estos que se usan ahora,
que está diciendo que adora
aunque nunca tenga amor!
Bien haya un galan en fin,
que culto á todo vocablo,
aunque una muger sea diablo,
dice que es un serafin.
Luego que es mejor se infiera,
(haya embuste ó ademan)
aunque más finja, un galan,
que un marido, aunque mas quiera.

Isabel.

Lo contrario he de creer
de lo que arguyendo estás,
y de mi atencion verás
que el marido y la muger,
que se han de tener no ignoro,

en tálamo repetido,
respeto ella á su marido,
y él á su muger decoro.
Y este callado querer
mayor voluntad se nombre;
que no ha de tratar un hombre
como á dama á su muger.
Y asi mi opinion verás
y mi argumento evidente:
menos habla quien mas siente,
mas quiere quien calla mas.
No esa llama solicito,
toda lenguas al arder;
porque un amor bachiller
tiene indicios de apetito.
Y asi tu opinion sentencio
á mi enojo ó mi rigor,
que antes es seña de amor
la cautela del silencio.
Dígalo el discurso sábio
si mas tu opinion me apura,
que no es grande calentura
la que se permite al lábio.
La oculta es la que es mayor,
su dolor el mas molesto,
y aquel amor que es honesto
es el que es perfecto amor.
No aquel amor siempre ingrato,
todo sombras, todo antojos;
que este nació de los ojos,
y aquel se engendra del trato.
Luego mas se ha de estimar
porque mi fé se asegure,
amor que es fuerza que dure,
que amor que se ha de acabar.

Andrea.

¿Y dí, un marido es mejor
que en casa la vida pasa?

Isabel.

¿Pues qué importa que esté en casa
como yo le tenga amor?

Andrea.

Y el que es por fuerza ¿no es fiera
pension?

Isabel.

Tampoco me enfada.

Andrea.

Naciste para casada,
como yo para soltera.

Isabel.

Pues déjame.

Andrea.

Ya te dejo.
Pero este chisgaravis,
este tu fino don Luis,
galan de tapa y espejo;
ese que habla á borbotones
de su prosa satisfecho,
que en una horma le han hecho
vocablos, talle y acciones:
¿qué es lo que de tí ha intentado?

Isabel.

Ese hombre me ha de matar.
Ha dado en no me dejar
en casa, calle ni prado
con una asistencia rara.
Si á la iglesia voy, allí
oye misa junto á mí;
si pára el coche él se pára;
si voy á andar, yo no sé

como allí se me aparece;
si voy en silla, parece
mi gentil-hombre de á pie.
Y en efecto el tal señor
que mi libertad apura,
visto es muy mala figura,
pero escuchado es peor.

Andrea.

¿Habla culto?

Isabel.

Nunca entabla
lenguage disparatado:
antes por hablar cortado,
corta todo lo que habla.

Andrea.

Vocablos de estrado son
con los que á obligarme empieza;
dice *crédito*, *fineza*,
recato, *halago*, *atencion*;
y de esto hace mezcla tal,
que aun con amor no pudiera
dijerirlo, aunque tuviera
mejor calor natural.

Andrea.

¡Ay, señora mia! malo.
No le vuelvas á escuchar;
que ese hombre te ha de matar
con los requiebros de palo.

Isabel.

Yo admitiré tu consejo,
Andrea, de aquí adelante.

Andrea.

Señora el que és fino amante
habla castellano viejo.
El atento y el pulido,

que este pretende, creerás,
ser escuchado no mas,
mas no quiere ser querido.

Isabel.

Andrea, amiga, sabrás,
que tengo amor. ¡Ay de mí!
á un hombre que una vez ví.

Andrea.

Dime ¿y no le has visto mas?

Isabel.

No, y á llorar me provoco
de un dolor enternecida.

Andrea.

¿Y qué le debes?

Isabel.

La vida.

Andrea.

¿No sabes quien es?

Isabel.

Tampoco.

Andrea.

Para que ese enigma crea,
¿cómo, te pregunto yo,
de la muerte te libró?

Isabel.

Oye y lo sabras, Andrea.

Andrea.

Para remediarlo falta
saber tu mal.

Isabel.

Oye.

Andrea.

Dí.

Caballero dentro.

¡Ah de casa, ¿Posa aquí?

doña Isabel de Peralta?

Andrea.

Por ti preguntan ¿Quién es?

Isabel.

¡Si vienen por mí!

Andrea.

Eso infiero.

¿Quién es?

ESCENA II.

Dichos y Cabellera.

Cabellera.

Entrome primero,

que yo lo diré despues.

Isabel.

¿Qué quereis?

Cabellera.

Si hablaros puedo,

y no os habeis indignado,

¿podré daros un recado

de don Pedro de Toledo?

Isabel.

Hablad: no esteis temeroso

Cabellera.

¡Buen talle! *ap.*

Isabel.

Hablad.

Cabellera.

Yo me animo.

Isabel.

¿Quién es don Pedro?

Cabellera.

Es un primo

del que ha de ser vuestra espóso,

que viene por vos.

Isabel.

Sepamos,
que es lo que envia á decir.

Cabellera, dándola una carta.

Que es hora ya de partir,
si estais prevenida.

Isabel.

Vamos.
Si esto que miro no es sueño,
no sé lo que puede ser.
¿Cómo no me viene á ver
ese primo de mi dueño?

Andrea.

¡O marido apretador!

Isabel.

¿Yo he de irme con tanta priesa?

Cabellera.

Señora, es órden espresa
de don Lucas mi señor:
y para él delito fuera,
no llegarle á obedecer.
Manda, que aun no os venga á ver
cuando entreis en la litéra.

Isabel.

¿Quién ese don Lucas es?

Cabellera.

Quien ser tu esposo previene.

Isabel.

Escelente nombre tiene
para galan de entremés.
¿Vos le servis?

Cabellera.

No quisiera;
mas sírvole.

Andrea.
¡Buen humor!
Cabellera.
Nunca le tengo peor.
Isabel.
¿Cómo os llamais?
Cabellera.
Cabellera.
Isabel.
¡Qué mal nombre!
Cabellera.
Pues yo sé,
que á todo calvo aficiona.
Isabel.
No me dirás, ¿qué persona
es don Lucas?
Cabellera.
Si diré.
Isabel.
¿Hay mucho que decir?
Cabellera.
Mucho,
y mas espacio quisiera.
Andrea.
Tiempo hay harto, Cabellera.
Cabellera.
Pues atended.
Isabel.
Ya os escucho.
Cabellera.
Don Lucas del Cigarral,
cuyo apellido moderno,
no es por su casa, que es
por un Cigarral que ha hecho,

es un caballero flaco,
desvaido, macilento,
muy cortísimo de talle,
y larguísimo de cuerpo:
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luegos,
muy bajos de empeine y anchos,
con sus juanetes y pedros:
zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno
tres pocos desaliñado,
y cuarenta muchos puerco.
Si canta por la mañana,
como dice aquel proverbio,
no solo espanta sus males,
pero espanta los agenos.
Si acaso duerme la siesta,
da un ronquïdo tan horrendo,
que duerme en su Cigarral,
y le escuchan en Toledo.
Come como un estudiante,
y bebe como un Tudesco,
pregunta como un señor,
y habla como un heredero.
A cada palabra que habla,
aplica dos ó tres cuentos;
verdad es que son muy largos,
mas para eso no son buenos.
No hay lugar donde no diga,
que ha estado; ninguno ha hecho
cosa que le cuente á él,
que él no la hiciese primero.
Si uno va corriendo postas
á Sevilla, dice luego:
yo las corrí hasta el Perú,

con estar el mar en medio.
Si hablan de espadas, él solo
es quien mas entiende de esto,
y á toda espada sin marca
la aplica luego el maestro.
Tiene escritas cien comedias,
y cerradas con su sello,
para si tuviere hija,
dárselas en dote luego.
Pero ya que no es galan,
mal poeta, peor ingenio,
mal músico; mentiroso,
preguntador sobre nécio,
tiene una gracia no mas,
que con esta le podremos
perdonar esotras faltas;
que es tan mísero y estrecho,
que no dará, lo que ya
me entenderán los atentos;
que come tan poco el tal
don Lucas, que yo sospecho,
que ni aun esto podrá dar,
porque no tiene escrementos.
Estas, Damas, son sus partes,
contadas de verbo ad verbum:
esta es la carta que os traigo,
y este el informe que he hecho.
Quererle, es tan cargo de alma,
como lo será de cuerpo.
Partiros, no hareis muy bien;
casaros, no os lo aconsejo;
meteros Monja, es cordura:
apartaros de él, acierto.
Hermosa sois, ya lo admiro:
discreta sois, no lo niego:

y asi estimaos como hermosa;
y pues sois discreta, os ruego,
que antes que os vais á casar,
mireis lo que haceis primero.

Isabel.

¡Buen Informe!

Andrea.

Razonable.

Isabel.

Pero dime, ¿cómo siendo
su criado, hablas tan mal
de las partes de tu dueño?

Andrea

¿Como quien come su pan?....

Cabellera.

¿Yo le como? ni aun le almuerzo.
Sirvo por mi devocion;
que hice un voto muy estrecho,
de servir á un miserable,
y estoyle ahora cumpliendo.

Isabel.

¿Pues os pasais sin comer?

Cabellera.

Sino fuera por don Pedro,
su primo, fuera criado
de vigilia.

Isabel.

¿Y (dinos esto)
don Pedro quien es?

Cabellera.

¿Quién es?
Es el mejor caballero,
mas bizarro y mas galan,
que alabar puede el esceso;
y á no ser pobre, pudiera

competir con los primeros.
Juega la espada y la daga
poco menos que Pacheco
Narvaez, que tiene ajustada
la punta con el objeto.
Si torea, es Cantillana,
es un Lope, si hace versos,
es agradable, cortés,
es entendido, es atento,
es galan sin presuncion,
valiente sin querer serlo,
queriendo serlo, bien quisto,
liberal, tan sin estruendo,
que dá, y no dice que ha dado,
que hay muy pocos que hagan esto.

Andrea.

¿Es posible que tu padre
eligiese aquel sugeto,
pudiéndote dar estotro?

Cabellera.

No me espanto, que en efecto,
éste no tiene un ochavo,
y esotro tiene dinero.

Andrea.

¿Pues que importa que lo tenga,
si lo guarda?

Isabel.

Yo no quiero
sin el gusto la riqueza.
Decidme: y ese don Pedro,
tiene amor?

Cabellera.

Yo no lo sé;
mas trátanle casamiento
con la hermana de don Lucas,

doña Alfonsa de Toledo,
que puede ser melindrosa
entre monjas; y os prometo
que se espanta de una araña,
aunque esté cerca del techo
Vió un raton el otro dia
entrarse en un agujero,
y la dió de corazon
un mal con tan grave aprieto,
que entre siete no pudimos
abrirla siquiera un dedo;
pero son ellos fingidos,
como yo criado vuestro.
El viene ya á recibiros

Isabel.

No vendrá, que vive el cielo,
que hoy ha de saber mi padre....

ESCENA III.

Dichos y don Antonio.

Antonio.

doña Isabel ¿qué es aquesto?

Isabel.

Es que yo no he de casarme,
mándenlo ó no tus preceptos,
con don Lucas.

Antonio.

¿Porqué, hija?

Isabel.

Por que es miserable.

Antonio.

Eso
no te puede á tí estar mal,
siendo su muger, supuesto

que vendrás á ser mas rica,
cuanto el fuere mas estrecho.

Isabel.

Es porfiado.

Antonio.

No porfiar
con él, y te importa menos.

Isabel.

Es necio.

Antonio.

El te querrá bien,
y el amor hace discretos.

Isabel.

Es feo.

Antonio.

Isabel, los hombres,
no importa que sean muy feos.

Andrea.

Señor, es puerco.

Antonio.

Limpiarle.
Sea lo que fuere, en efecto,
yo os he de casar con él.
¿Será mejor un mozuelo
que gaste el dote en tres dias
y que os dé á comer requiebros?
Noramala para vos.
¡Cásoos con un caballero
que tiene seis mil ducados
de renta, y haceis pucheros!
¿Qué carta es esa?

Isabel.

Una carta.
de mi esposo.

Antonio.

¿Y yo, no tengo
carta alguna?

Cabellera.

No señor.
Voy á llamar á don Pedro,
porque hasta daros las cartas
no tuve órden para hacerlo.
Guárdeos el cielo. *Vase.*

ESCENA IV.

Doña Isabel, don Antonio y Andrea.

Antonio.

El os guarde.

Isabel.

Quitadme la vida, cielos. *ap.*

Antonio.

Veamos qué dice la carta.

Isabel.

Dice así.

Antonio.

Ya estoy atento.

Isabel.

Lee. *Hermana, yo tengo seis mil cuarenta y dos ducados de renta de mayorazgo, y me hereda mi primo, si no tengo hijos. Hanme dicho que vos y yo podemos tener los que quisiéremos: venios esta noche á tratar del uno, que tiempo nos queda para los otros. Mi primo vá por vos: poneos una mascarilla para que no os vea, y nó le hableis, que mientras yo viviere no habeis de ser vista ni oida. En las ventas de Torrejoncillo os espero: venios luego, que no están los tiempos para esperar en venta. Dios os guarde y os dé mas hijos que á mí.*

Andrea.

¡ Hay tal bestia !

Isabel.

Dime ahora
bien de aqueste majadero.

Antonio.

Si haré, que no es disparate
el que viene dicho a tiempo.
Don Lucas es hoy marido,
y para empezar á serlo
ha dicho su necedad
como tal; porque en efecto,
no es marido, quien no dice
un disparate primero. (1)
La mascarilla está aquí.

Andrea.

Y está en el zaguan don Pedro.

Antonio.

Pues póntela, antes que suba.

Isabel.

Si esto ha de ser obedezco. (2)

Andrea.

Llamaron.

Isabel.

Llegó mi muerte.

Antonio.

Abre la puerta.

Andrea.

Esto es hecho.

(1) *Dale una mascarilla.*
(2) *Pónese la mascarilla.*

ESCENA V.

Dichos, don Pedro y Cabellera.

Andrea.
Sea usted muy bien venido.
Antonio.
Don Pedro, guárdeos el cielo.
Pedro.
Seais, señor don Antonio,
bien hallado.
Antonio.
¿Venís bueno?
Pedro.
Salud traigo. ¿Y vos?
Antonio.
Sentaos.
Pedro.
Perdonadme, que no puedo;
que me ha ordenado don Lucas
que llegue y no tome asiento,
que os pida su esposa á vos,
y que se la lleve luego.
Isabel.
¡Cielos, qué es esto que miro!
¿Este no es el caballero,
á quien le debí la vida?
¿Andrea?
Andrea.
¿Qué hay? ¿Qué tenemos?
Isabel.
Este es el que te contaba
que tengo amor.
Andrea.
No te entiendo.

¿Este es quien te dió la vida,
como me dijiste?

Isabel.

El mesmo.

Andrea.

¿Y éste, á quien quieres?

Isabel.

Tambien.

Andrea.

Si éste es primo de tu dueño,
¿qué has de hacer?

Isabel.

Morir, Andrea.

Pedro.

Aunque no merezca veros,
si las conjeturas ven,
divina Alfonsa, ya os veo:
mas sois vos, que vuestra fama.
Mal haya el que lisonjero,
yendo á pintaros perfecta,
aun no os retrató en bosquejo.
Hermoso enigma de nieve,
que el rostro habeis encubierto,
para qne no os adivinen,
ni los ojos, ni el ingenio:
Geroglífico difícil,
pues cuando voy á entenderos,
cuanto solicito en voces,
tanto acobardo en silencios.
Permitid vuestra hermosura;
mas no hagais tal, que mas quiero
ver esa pintura en sombras,
que haber de envidiarla en lejos.
Claro cielo, sol y rayo,
que está esta nube tejiendo,

venid á Toledo á ser
el mas adorado objeto,
que supo lograr cupido,
en los brazos de himeneo.
La voz de don Lucas habla
en mi voz: yo soy quien ciego
á ser intérprete vine
de aquel amor estrangero.
Y pues sois rayo, alumbrad
entre sombras y reflejos;
pues sois cielo y sol, usad
de vuestros claros efectos:
geroglífico, esplicaos;
enigma, dad á entenderos;
pues descubriéndoos sereis,
con una causa y á un tiempo
el geroglífico, el rayo,
el sol, la enigma y el cielo.

Andrea.

Discreto parece el primo.

Isabel.

Advertid, señor don Pedro,
que se ha ido vuestra voz
hácia vuestro sentimiento.
Doña Isabel es mi nombre,
no doña Alfonsa, y no quiero,
que á ella la representeis,
y ensayeis en mí el requiebro.
Y aunque el favor me digais
por el que ha de ser mi dueño,
no os estimo la alabanza
que me haceis. Vedme primero,
y creeré vuestras lisonjas,
creyendo que las merezco,
Pero sin verme, alabarme,

es darme á entender con eso,
ó que yo soy presumida
tanto, que pueda creerlo;
ó que don Lucas y vos
teneis un entendimiento.

Pedro.

Pues el sol, aunque se encubra
entre nubes, no por eso
deja de mostrar sus rayos
tan claros, si no serenos.
El íris, ceja del sol,
mas hermoso está y mas bello,
cuando entre negros celages
es círculo de los cielos.
Mas sobresale una estrella
con la sombra; los luceros,
porque esté oscura la noche,
no por eso alumbran menos.
Perfume el clavel del prado
en verse carcel cubierto,
por las quiebras del capillo
dá á leer sus hojas luego.
¿Pues qué importa, que esa nube
agora no deje veros,
si habeis de ser como el íris,
clavel, estrella y lucero?

Antonio.

Doña Isabel, ¿qué esperamos?
A la litera.

Pedro.

Teneos:
que vos no habeis de salir
de Madrid.

Antonio.

¿Por qué, don Pedro

Pedro.

Porque no quiere mi primo.

Antonio.

Pues decidme, ¿cómo puedo
dejar de ir á acompañar
á mi hija? Demas de eso,
que si yo no se la doy,
y lo que ordena obedezco,
¿cómo me podrá dar cuenta,
de lo que yo no le entrego?

Pedro.

Todo eso está prevenido.
Ved ese papel que os dejo,
con que no necesitais,
de partiros.

Antonio.

Ya lo leo.
¿Qué es esto? ¡Papel sellado! (1)

Andrea.

¿Qué será?

Cabellera.

Yo no lo entiendo.

Antonio.

Lee. *Recibi de don Antonio dé Salazar una muger, para que lo sea mia, con sus tachas buenas ó malas, alta de cuerpo, pelimorena y doncella de facciones; y la entregaré tal y tan entera, siempre que me fuere pedida por nulidad ó divorcio. En Toledo á de setiembre de 638 añ os.*

Don Lucas del Cigarral, Toledo.

Isabel.

¿Para mí carta de pago?

---

(1) *Abre un pliego.*

Antonio.

¿Don Pedro, este caballero
piensa, que le doy muger,
ó piensa, que se la vendo?

Cabellera.

Pues yo sé, que va vendida
doña Isabel.

Andrea.

Yo lo creo.

Antonio.

Yo quiero ver á don Lucas
en las ventas. Vamos luego;
ven, Isabel.

Isabel.

A morir,
¡Valedme, piadosos cielos! *ap.*

Pedro.

Aunque esté vuestra pintura
en borron, tiene unos lejos
dentro, que el alma retrata,
que casi son unos mesmos.

Isabel.

¡Quien pudiera descubrirse! *ap.*

Pedro.

¡Quién viera su rostro! *ap.*

Isabel.

¡Cielos, *ap.*
qué nave halló la tormenta
en las bonanzas del puerto!

Antonio.

Ea, Isabel, á la litera.

Andrea.

Vé delante.

Cabellera.

Allá te espero.

Antonio.
Yo lo erré, vamos.
Isabel.
Ya voy.
Antonio.
¿Qué esperais?
Pedro.
Ya os obedezco,
Isabel.
¿Si fuese yo la que quiere?
Pedro.
¿Si este es mi perdido dueño?
Antonio.
Mas si don Lucas es rico,
¿qué importa que sea necio?

ESCENA VI.

Sala en la Venta de Torrejoncillo.

Don Luis y Carranza.

Carranza.
¿No me dirás, don Luis, á donde vamos?
Ya en la ventas estamos
del muy noble señor Torrejoncillo,
ú del otro segundo Peralbillo:
pues aquí la hermandad mesonizante
asaetea á todo caminante.
Don Luis, habla: conmigo te aconseja.
¿No me dirás que tienes?
Luis, paseándose.
Una queja.
Carranza.
¿A qué efecto has salido de la córte?
En estas ventas, di, ¿qué habrá que importe

para tu sentimiento?
Dí, ¿qué tienes, señor?

Luis.

Desvalimiento,

Carranza.

Deja hablar afeitado;
y dime, ¿á qué propósito has llegado
á estas ventas? Rfiéreme en efeto,
¿qué vienes á buscar?

Luis.

Busco mi objeto.

Carranza.

¿Qué objeto? Habladme claro, señor mio.

Luis.

Solicito á mi llama mi alvedrío.

Carranza.

¿No acabaremos, y dirás qué tienes?

Luis.

¿Quieres que te procure á mis desdenes?

Carranza.

A oirlos, en tu pro yo me sentencio.

Luis.

Y en fin, ¿han de salir de mi silencio?

Carranza.

Dilos, señor.

Luis.

Pues á mi voz te pido,
que hagas un agasajo con tu oido.
Carranza amigo, yo me hallé inclinado;
costóme una deidad casi un cuidado;
mentalmente la dije mi deseo:
aspiraba á los lazos de himeneo;
y ella viendo mi amor enternecido,
se dejó tratar mal del Dios Cupido.
Su padre, que colige mi deseo,

en Toledo la llama á nuevo empleo,
y hoy sale de la corte
para lograr indigno otro consorte.
Por aquí ha de venir, y aquí la espero;
convalecer á mi esperanza quiero,
dando al labio mis ímpetus veloces,
á ver que hacen sus ojos con mis voces.
Isabel es el dueño,
vida del alma, y alma de este empeño,
la que con tanto olvido
á un amante ferió por un marido.
Suspiraré, Carranza, vive el cielo,
aunque me cueste todo un desconsuelo;
intimaréla todo mi cuidado,
aunque muera, de haberle declarado;
culparé aquel desden, que el pecho indicia,
aunque destemple airada la caricia.
Mas si los brazos del consorte enlaza,
indignaréme con el amenaza;
mis ansias irritado, airado, fiero,
trasladaré á las iras del acero;
que es descrédito, hallarme yo corrido,
quedándose mi amor tan desvalido.
Esta es la causa, porque desta suerte
yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
de suerte, que corrido, amante y necio
vengo á entrar por las puertas del desprecio;
con vuelo que la luz penetrar osa,
galanteo mi muerte, mariposa;
porque en este desden, que amante estraño,
me suelte mi albedrio el desengaño,
y en este sentimiento
mi eleccion deje libre mi tormento,
y para que Isabel desconocida
logre mi muerte, pues logró su vida.

Carranza.

Oí tu relacion y maravilla.
¿Que con cuatro vocablos de cartilla,
todos impertinentes,
me digas tantas cosas diferentes?

Luis.

Gente cursa el camino. ¿Si ha llegado?

Carranza.

¿Qué es cursa? ¿Este camino está purgado?

Dentro uno.

¡Ah de la venta!

Dentro todos.

¡Hala!

Dentro uno.

Ah seor Ventero
¿hay qué comer?

Dentro dos.

No faltará carnero.

Dentro uno.

¿Es casado vusted?

Dentro dos.

Mas ha de treinta.

Dentro uno.

Segun eso carnero hay en la venta.

Dentro tres.

Huesped, asi su nombre se celebre,
vendame un gato, que parezca liebre.

Dentro todos.

¡Hala!

Dentro uno.

¿Qué hay?

Dentro dos.

Mentecato,
compra al huesped, que es libre, y tira á gato

Carranza.

Una dama y un hombre míro.

Luis.

Quedo.

Espérate, que vienen de Toledo.

Carranza

Nada, pues, te alborote.

Dentro uno.

¿Donde van Dulcinea y don Quijote?

Dentro dos.

¿Donde han de ir? Al Toboso por la cuenta.

Lucas dentro.

Voy al infierno.

Dentro uno.

Eso es á la venta.

Luis dentro.

¡Raro sujeto es este que ha llegado!

Carranza.

Aqueste es un don Lucas, un menguado
de Toledo.

Dentro uno.

Ah seor huesped, si le agrada,
echeme ese fiambre en ensalada.

Dentro dos.

Si va á Madrid la ninfa á estar de asiento,
en la calle del lobo hay aposento.

Dentro tres

Pues á fe que es muger de gran trabajo.

Lucas dentro.

. . . .

que han de entrar en la venta por la posta.

Dentro todos.

Gua, gua.

Dentro uno.

Que la ha tendido don Langosta.

Lucas, dentro.

Mentís, canalla

Carranza.

Ahora ha echado el resto

Lucas dentro.

Apeaos, doña Alfonsa: acabad presto,
porque quiero reñir,

Alfonsa, dentro.

Detente, espera;
que me dará un desmayo que me muera.

Dentro uno.

Doña Melindre, déjele.

Lucas dentro.

¿Qué espero?
matarélos á fe de caballero.

Alfonsa, dentro.

Detente hermano.

Lucas dentro.

Vínome la gana.

ESCENA VII.

Dichos, don Lucas y doña Alfonsa.

Lucas.

Téngame cuenta usted con esta hermana. (1)

Luis.

¿No ve vusted, que es vaya?

Carranza.

Uced se tenga.

Lucas,

Conmigo no ha de haber vaya, ni venga.

(1) *A don Luis.*

Gentecilla...

Dentro todos.

Gua, gua.

Luís

Tened templanza.

Dentro uno.

Envaine vuesarced, señor Carranza.

Lucas

¿A mí Carranza, villanchon malvado?

Carranza. (1)

Yo soy Carranza, y soy muy hombre honrado:
que yo tambien me atufo y me abochorno.

Lucas.

Mientes tú y cinco leguas en contorno.

Carranza. (2)

Saquéla.

Luís.

Téngase, que ya me enfada.

Lucas.

Déjeme darle solo esta estocada.

Luis.

Tened.

Lucas.

Yo he de tirarle este altibajo.

Luis.

No me desperdicieis este agasajo.

Lucas.

No os entiendo.

Alfonsa.

Señor, mira.

Luis.

Repara,

(1) *Empuña la espada Carranza.*
(2) *Sacando la espada.*

que es mi sirviente.

Lucas.

Fuera.

Pedro dentro.

Pára.

Dentro todos.

Para.

Luis.

Una litéra entró y podeis templaros.

Lucas.

Aunque entre un coche, tengo de mataros.

ESCENA VIII.

Dichos, *don Pedro, don Antonio, Cabellera, Andrea, y doña Isabel con mascarilla.*

Pedro.

¿Qué es esto?

Alfonsa

Tente, hermano;

Detente.

Lucas.

No me vayan à la mano.

Antonio.

¿Con quien riñe?

Luis.

Con este mi criado;

Antonio.

¿Con un pobre criado asi indignado?

Don Lucas, débaos yo aquesta templanza.

Lucas.

Yo pensé que reñia con Carranza.

Luis.

Envainad, pues os logro tan templado.

Lucas.

Primero ha de envainar vuestro criado.

Carranza. (1)

La espada desempuño
y obedezco.

Lucas.

Yo envaino la de Ortuño.

Isabel.

¡Andrea, qué mal hombre!

Andrea.

¡Qué hosco y negro!

Lucas.

Por mi cuenta, señor, vos sois mi suegro.

Antonio.

Vuestro padre seré.

Pedro.

Muero abrasado. *ap.*

Alfonsa.

Don Pedro ¿qué será que no me ha hablado?
Mas tambien puede ser que no me vea.

Isabel.

Doña Alfonsa es aquella, amiga Andrea.

Luis.

Esta es doña Isabel.

Carranza.

Callar intenta.

Andrea.

Don Luisillo tambien está en la venta.

Luis.

No puedo resistirme. *ap.*

Isabel

¡Que hasta aqui haya venido á perseguirme!

---

(1) *Envainando.*

Lucas.

¿Y hala visto mi primo?

Antonio.

Ni la ha hablado.

Lucas.

¿Vino siempre cubierta?

Antonio.

Asi ha llegado.

Lucas.

¿Y en fin me quiere bien?

Antonio.

Por vos se muere.

Lucas.

¿Y la puedo decir lo que quisiere?

Antonio.

Sí podeis.

Lucas.

¿Puedo?

Pedro.

¿Si obligarla intenta? *ap.*

Lucas.

Pues así os guarde Dios, que tengais cuenta.
Un amor, que apenas osa
hablaros, dice fiel,
que una de dos, Isabel,
ó sois fea, ó sois hermosa.
Si sois hermosa, se acierta
en cubrir cara tan rara;
que no ha de andar vuestra cara
con la cara descubierta.
Si fea, el taparos sea
diligencia bien lograda;
puesto que estando tapada,
nadie sabrá, si sois fea.
Que todos se han de holgar, digo,

con vos, si hoy hermosa os ven;
mas si os ven fea, tambien
todos se holgarán conmigo.
Pues estaos así por Dios,
aunque os parezca importuno;
que no se ha de holgar ninguno
ni conmigo ni con vos.

Isabel.

¿Qué hombre es este, Andrea?

Andrea.

El peor,
que he visto, señora mia.

Antonio.

¡Qué necedad!

Luis.

Grosería. *ap.*

Lucas.

¿No me hablais?

Isabel.

Digo, señor,
que debo agradecimiento
á ansias y pasiones tales;
pues en vos admiro iguales
el talle y entendimiento.
La fama que vos teneis,
por ser quien sois, os aclama:
pero no dijo la fama
tanto, como mereceis.
Y asi la muerte resisto
tarde; pues quiero decir,
que en viéndoos, pensé morir,
y ya muero, habiéndoos visto.

Lucas.

¡Lindo ingenio!

Antonio.

Así lo crea
vuestra pasion prevenida.

Lucas.

¿Qué decís?

Pedro.

Que es entendida,
y debe de ser muy fea.

Alfonsa.

Haz, que el rostro se descubra,
hermano, si verla intentas.

Lucas.

Dejádmela brujulear,
que pinta bien.

Alfonsa.

¿A qué esperas?

Lucas.

Isabel, hacedme gusto
de descubriros, y sea
la máscara el primer velo
que corrais á la modestia;
que están aquí debatiendo
si sois fea, ó no sois fea:
y si acaso sois hermosa,
no es justicia, que yo tenga
mancilla en el corazon
porque no tengais vergüenza.

Isabel.

Los que son en vos preceptos,
han de ser en mi obediencia.
Yo me descubro. (1)

Lucas.

Llenóme.

---

(1) *Quitase la mascarilla.*

Don Antonio, á fe, de veras,
que haceis escelentes caras.

Antonio.

Era su madre muy bella.

Pedro.

Vive Dios, que es Isabel,
á quien en la rubia arena
de Manzanares un dia
libré de la muerte fiera.

Lucas.

¿Qué os parece la fachada,
primo mio? Hablad.

Pedro.

Que es buena.

Isabel.

Ya me conoció don Pedro,
porque son los ojos lenguas.

Pedro.

¿Y á tí que te ha parecido,
doña Alfonsa?

Alfonsa.

Que es muy fea.

Pedro.

Eres muger, y no quieres,
que alaben otra belleza.

Lucas.

Pensando estoy, qué deciros,
despues que os ví descubierta.
¡Qué no sé lo que me diga!
¿Pedro?

Pedro.

Señor.

Lucas.

Oye, llega,
y dí por la boca verbos,

ó lo que á tí te parezca.
Háblala del mismo modo,
como si yo mismo fuera;
dila aquello que tú sabes,
de luceros y de estrellas,
tierno como el mismo yo,
hasta dejarla muy tierna:
que cubierto yo me atrevo,
á hablar como una manteca;
pero en mi vida he sabido
hablar tierno á descubiertas.

Pedro.

¿Yo he de llegar?

Lucas.

Sí, primillo:
con mi propio poder llegas.

Pedro.

¿Con que alma la he de decir
los requiebros y ternezas,
si es fuerza que haya de hablar
con la tuya?

Lucas.

Con la vuestra.
Señora, allá vá Perico:
no hay sino teneos en buenas,
y advertid, que los requiebros
que os digere, los requiebra
con mi poder: respondedle,
como si á mí propio fuera.
Empezad.

Pedro.

Ya te obedezco. *ap.*

Isabel.

Déme mi dolor paciencia. *ap.*

Andrea.

Lindo empleo hizo Isabel. *ap.*

Pedro.

Amor, alas tienes, vuela. *ap.*
Surgió la nave en el puerto,
halló el piloto la estrella,
dió el arroyo con la rosa,
salió el arco en la tormenta,
gozó el arado la lluvia,
hallaron al sol las nieblas,
rompió el capillo la flor,
encontró el olmo la hiedra,
tórtola halló su consorte,
el nido el ave ligera;
que esto, y haberos hallado,
todo es una cosa mesma.
¡Bien haya ese velo ó nube,
que piadosamente densa,
porque no ofendiese al sol,
detuvo á la luz perpleja!
Yo he visto nacer el dia
con clara luz y serena,
para castigar el prado,
ó ya en sombras, ó ya en nieblas.
Yo he visto influir al sol
serenidades diversas,
para engañar al mar cano
con una y otra tormenta.
Pero engañarme con sombras
y herir con luz, es destreza,
que ha inventado la hermosura,
que es de las almas maestra.
Vos sois mas que aquello mas,
que cupo en toda mi idea,
y aun mas que aquello que miro,

si hay mas en vos, que mas sea.
Que tan iguales se añudan
en vos ingenio y belleza,
vuestro donaire tan uno
se ha unido con la modestia,
que si rendirme no mas
que á la hermosura quisiera,
el ingenio me ha de hacer,
que del ingenio me venza.
Sí; del donaire el recato
es quien igual me sujeta;
porque como estas virtudes
están unidas, es fuerza,
que no os quiera por ninguna,
ó que por todas os quiera.

Lucas.

Aprieta la mano, Pedro,
que eso es poco.

Pedro.

Hermosa hiena,
que halagasteis con voz blanda,
para herir con muerte fiera,
¿cómo, decidme, de ingrata
soberbiamente se precia,
quien me ha pagado una vida
con una muerte sangrienta?
Desde el instante que os ví,
se rindieron mis potencias
de suerte.....

Isabel.

Mirad, señor,
que es grosería muy necia,
que me vendais un desprecio
á la luz de una fineza.
No entra amor tan de repente

por la vista : amor se engendra
del trato , y no he de creer,
que amor que entra con violencia,
deje de ser como el rayo,
luz luego y despues pavesa.

Pedro.

No engendra al amor el trato,
Isabel ; que si eso fuera,
fuera querida tambien,
siendo discreta, una fea.

Isabel.

El trato engendra al amor ;
y para que la esperiencia
lo enseñe, si no hay agrado,
es cierto que no hay belleza.
El agrado es hermosura :
para el agrado es de esencia,
que haya trato : luego el trato
es el que el amor engendra.

Pedro.

Con trato amor, yo confieso,
que es perfecto ; mas se entienda,
qne amor puede haber sin trato.

Isabel.

Pero en fin, amor se acendra
en el trato.

Pedro.

Decis bien.

Isabel.

Pues si es asi, luego es fuerza,
que os quede mas que quererme,
si mas que tratarme os queda.

Lucas.

No me agradan estos tratos.

Pedro.

Concedo esa consecuencia:
mas ya os trata amor si os oye,
ya os quiere amor....

Lucas.

Mucho aprieta.

Isabel.

¿Y me quereis?

Pedro.

Os adoro.
Solo falta que yo vea
vuestro amor.

Isabel.

Diràle el tiempo.

Pedro.

No le deis al tiempo treguas,
teniendo vos vuestro amor.

Isabel.

Pues como á mi esposo, es fuerza
quereros.

Pedro.

Seré dichoso.

Isabel.

Esta mano, que lo es vuestra,
lo dirá.

Lucas.

No es sino mia. (1)
Y es muy grande desvergüenza,
que os tomeis la mano vos,
sin dármela á mi la Iglesia.
Primillo, fondo en cuñado,
idos un poco á la lengua.

---

(1) *Tómala la mano don Lucas.*

Pedro.

Si yo hablaba aqui por vos.

Lucas.

Sois un hablador, y ella
es tambien otra habladora.

Isabel.

Si vos me disteis licencia...

Lucas.

Si, pero sois licenciosa.

Pedro.

Como tú dijiste, que era
poco lo que la decia...

Lucas.

Poco era. ¿Quien os lo niega?
Mas ni tanto ni tampoco.

Alfonsa.

¡Que ella le hablase tan tierna, *ap.*
y que él la adore tan fino!

Lucas.

Doña Alfonsa.

Alfonsa.

? Qué me ordenas?

Lucas.

Llevaos con vos esta mano. (1)

Alfonsa.

Sí haré, y pido que me tengas
por tu amiga y servidora;
y tu enemiga. *ap.*

Lucas.

En Illescas.
me he de casar esta noche.

Alfonsa.

Hasta ir á Toledo, espera;

(1) *Dala la mano de doña Isabel.*

para que don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mia juntas.

Isabel.

Antes quiera amor que muera. *ap.*

Lucas.

Señora mia, no estoy
para esperaros seis leguas.

Luis.

Muerto estoy. A acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda.
Yo soy don Luis de Contreras,
vuestro servidor antiguo.

Lucas.

No os conozco en mi conciencia.

Luis.

Y amigo de vuestro padre.

Lucas.

Sed su amigo norabuena;
pero no habeis de ir conmigo.

Cabellera.

Llega el coche.

Andrea:

La litera.

Luis.

Yo he de ir con vos.

Lucas.

Voto á Dios
que me quede en esta venta.

Luis.

Ya me quedo.

Lucas.

¡Gran favor!

Isabel,

Muerta voy. *ap.*

Cabellera.

¡Hermosa bestia! *ap.*

Alfonsa.

Muriendo de zelos parto. *ap.*

Pedro.

!Que esto mi dolor consienta! *ap.*

Antonio.

¡Qué esto mi prudencia sufra! *ap.*

Isabel.

¡Qué esto influyese mi estrella! *ap.*

Lucas.

Alfonsa, ¿guardas la mano?

Alfonsa.

Si señor.

Lucas.

Pues tened cuenta.
Entre bobos anda el juego.
Pedro, entrad.

Pedro.

Cielos, paciencia. *ap.*

Lucas.

Guardeos Dios, señor don Luis.

Luís.

Allá he de ir, aunque no quiera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

PATIO DEL MESON DE ILLESCAS.

Don Pedro con sombrero, capa y espada; y Cabellera medio desnudo por el patio del Meson.

Cabellera.
¿A dónde vas, señor, de esta manera,
medio desnudo?

Pedro.
Calla, Cabellera.

Cabellera.
A las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo
donde ahora me llevas.

Pedro.
Habla quedo.

Cabellera.
Si hemos de ir fuera, aqui miro cerrada
la puerta principal de la posada.

Pedro.
No ha sido ese mi intento.

Cabellera.
¿Pues á dónde hemos de ir?

Pedro.
A este aposento.

Cabellera.
Don Lucas aqui duerme recojido,
que se oye en todo Illescas el ronquido.
Doña Alfonsa, su hermana,

duerme en otra alcobilla á él cercana.

Pedro.

¿Y el padre de Isabel?

Cabellera.

Duerme á aquel lado,
en aquel aposento.

Pedro.

¿Está cerrado?

Cabellera.

Cerrado está. Dí lo que quieres, ea:

Pedro.

¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?

Cabellera.

En esta sala están.

Pedro.

Vén poco á poco,
que la tengo de hablar.

Cabellera.

Si no estás loco,
que has de perder el seso he imaginado.
?Qué es esto? ¡Tú, señor, enamorado
de una muger, que serlo presto espera
de don Lucas!

Pedro.

Si, amigo Cabellera.

Cabellera.

Tén, señor, mas templanza.
¡Tú faltar de tu primo á la confianza!
¿Cómo? ¡Tú enamorado de repente!

Pedro.

Mas anciano es el mal de mi accidente.
Siglos ha que padezco un mal eterno.

Cabellera.

Yo tuve tu accidente por moderno.
Pero si tiene tanta edad, mas sábio

quiero saber tu pena por tu labio.
Dime tu amor, que ya quiero escucharle.

Pedro.

¿Qué intentas con oirle?

Cabellera.

Disculparle.

Pedro

¿Me ayudarás despues?

Cabellera.

Soy tu criado.

Pedro.

¿Oyenos alguien?

Cabellera.

Todo está cerrado.

Pedro.

¿Tendrás secreto?

Cabellera.

Ser leal intento.

Pedro.

Pues escucha mi amor.

Cabellera.

Ya estoy atento.

Pedro.

Era del claro Julio ardiente dia,
Manzanares al soto presidia,
y en clase, que la arena ha fabricado,
lecciones de cristal dictaba al prado,
cuando, al morir la luz del Sol ardiente,
solicito bañarme en su corriente.
En un caballo sendas examino,
y á la Casa del Campo me destino.
Llego á su verde falda,
elijo fertíl sitio de esmeralda;
del caballo me apeo,
ereo la amenidad, el cristal creo;

y apenas con pereza diligente
la templanza averiguo á la corriente,
cuando alegres tambien como veloces,
á un lado escucho femeniles voces.
Guio á la voz los ojos prevenido,
y solo la logré con el oido.
Piso por las orillas, y tan quedo,
que pensé, que pisaba con el miedo.
Mas la voz me encamina, y mas me llama;
voy apartando la una y otra rama,
y en el tibio cristal de la ribera
á una deidad hallé de esta manera.
Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,
fuera el rostro y en roscas el cabello,
deshonesto el cristal que la gozaba,
de vanidad al soto la enseñaba.
Mas si de amante el soto la queria,
por gozársela el toda, la cubria.
Quisieron mis deseos diligentes
verla por los cristales transparentes,
y al dedicar mis ojos á mi pena,
estaba al movimiento de la arena,
ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
? Quien con esta deidad no ha de estar ciego?
Turbio el cristal estaba,
y cuanto mas la arena le entubiaba,
mejor la ví, que al no ver la corriente,
sola era su deidad lo transparente,
no el rio, que al gozar tanta hermosura,
él es quien se bañaba en su blancura.
Cubria, para ser segundo velo,
túnica de Cambray todo su cielo,
y solo un pie movia el cristal blando;
sin duda imaginó que iba pisando.
Pero cuando, sin verse, se mostraba,

un plumage del agua levantaba,
del curso propio con que se movia:
víale entre el cristal y no le via;
que distinguir no supo mi alvedrio,
ni cuando era su pie ni cuando el rio.
Procuraban ladrones mis enojos
robar sus perfecciones con los ojos,
cuando en pie se levanta, toda hielo,
cubre el cristal lo que descubre el velo;
recátome en las ramas dilatadas,
prevenidas la esperan sus criadas;
dícenla todas que á la orilla pase,
y nada se dejó que yo robase:
y en fin, al recojerla,
tiritando salió perla con perla;
y yo dije abrasado:
¡ó que bien me parece el fuego helado!
Sale á la orilla donde verla creo;
ponénseme delante y no la véo:
enjúgala el halago prevenido
la nieve que ella habia derretido;
cuando un toro con ira y osadia
(que era dia de fiestas este dia)
desciende de Madrid al rio, y luego
mas irritado, si, que no mas ciego;
quiere cruel, impio
de corage beberse todo el rio.
Bebe la blanca nieve,
bebe mas y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
parte á vengar su injuria por el soto:
las cortinas de ramas desabrócha,
sacude con la coz á la garrocha,
y á mi hermosa deidad vencer procura;
que se quiso estrenar en la hermosura.

Huyen, pues, sus criadas con recelo,
y ella se honesta con segundo velo;
que aunque el temor la halló desprevenida,
quiso mas el recato que la vida.
Yo que miro irritarse el toro airado,
de amor y de piedad á un tiempo armado,
indigno la pasion, librarla espero,
y dándole advertencias al acero,
(osadia y pasion á un tiempo junta)
el corazon le paso con la punta,
con tan felice suerte,
que ni un bramido le costó la muerte.
Conoce, que á mi amor debe la vida;
honestamente la hallo agradecida;
menos, viendola mas, mi amor mitigo:
entra dentro del coche y yo la sigo:
cierra luego la noche,
entre otros con lo obscuro pierdo el coche.
Búscala y no la encuentra mi cuidado:
voyme á Toledo, donde enamorado
le dije mis finezas con enojos
á aquel retrato que copie en los ojos.
Quéjome solo al viento,
procúrame mi primo un casamiento;
la ejecucion de sus preceptos huyo;
voy á Madrid á efectuar el suyo;
vuelvo con Isabel... ¡Nunca volviera!
Cubre el rostro Isabel... ¡Nunca le viera¡
pues dice mi esperanza, hoy mas perdida,
que es Isabel á la que di la vida
por valor; y por suerte,
que es Isabel la que me da la muerte.
Y en fin, amante sí y no satisfecho,
de la sombra esta noche me aprovecho;
á vengar con mis voces este agravio,

Salga ēsta calentura por el labio;
sepa Isabel de mi cruel tormento.
Asusten mis suspiros todo el viento;
sean ahora, que Isabel me deja,
intérpretes mis voces de mi queja:
suceda todo un mal á todo un daño;
válgame un riesgo todo un desengaño.
Ahora la he de hablar: verla porfío:
déjame, que use bien de mi alvedrio;
deja que á hablarla llegue,
para que esta tormenta se sosiegue;
déjame que la obligue,
para que este cuidado se mitigue,
y porque al referir pena tan fiera,
mi gloria dure y mi tormento muera.

Cabellera.

Tu relacion he escuchado,
y por Dios que me lastimo,
que se enamore quien tiene
tan lindos cinco sentidos.
¡Tú, señor, enamorado!

Pedro.

Es el sujeto divino.

Cabellera.

Y tú muy lindo sujeto.
Pero puesto que has venido
á hablar con doña Isabel,
llega falso y habla fino.
Pero no andarás muy falso
con don Lucas, que es tu primo;
pues tú la amabas primero,
y él hasta ayer no la ha visto.
Y en llegando á enamorarse
un hombre á todo albedrio,
no hay hermano para hermano;

ni hay amigo para amigo.
Pues si un hermano no vale,
¿cómo ha de valer un primo,
que es parentesco de negros?
Todos están recojidos
los huéspedes del meson,
¿Llamaré?

Pedro.

Llama quedito.

Cabellera.

No sea que el huésped nos sienta,
que es el huésped mas cocido,
que hay en Illescas, y siente
dentro en su casa un mosquito.

Pedro.

Oyes, ¿viste á noche entrar
á un don Luis, que se hizo amigo
de don Lucas?

Cabellera.

Embozado
tras la litéra se vino,
y anoche tomó posada
en el meson.

Pedro.

¿Y has sabido,
á qué viene?

Cabellera.

Galántea
á Isabel, que asi lo dijo
su criado á otro criado,
y aqueste criado mismo
á otro criado despues,
como criado fidedigno,
se lo contó, y él á mí.
Yo ahora á tí te lo aviso;

que no sirve, quien no cuenta
lo que ha visto, y que no ha visto.

Pedro.

Pues con amor y con zelos
á un tiempo me determino
á hablar á Isabel.

Cabellera.

Pues manos
al amor, amo y amigo.
¿Llego?

Pedro.

No llegues: espera;
que están abriendo el postigo
por de dentro.

Cabellera.

Dices bien.

Pedro.

¿Qué será?

Cabellera.

No lo he entendido.

ESCENA II.

Dichos, doña Isabel y Andrea que salen de un aposento.

Isabel.

No me detengas, Andrea.

Andrea.

¿Dónde vas?

Isabel.

A dar suspiros
á los cielos de mis quejas.

Andrea.

Témplate.

Isabel.

No espero alivio.

Andrea.

¿Qué intentas?

Isabel.

Buscar mi padre.

Andrea.

Está ahora recogido.

Isabel.

Ven á despertarle, Andrea;
que no ha de ser dueño mio
don Lucas.

Andrea.

Resuelta estás.

Pedro.

Arrímate.

Cabellera.

Ya me arrimo.

Andrea.

¿Y si no quiere tu padre?

Isabel

No es dueño de mi albedrío.

Andrea.

¿Pues quién ha de ser tu esposo?

Isabel.

Don Pedro ha de serlo mio,
ó ninguno lo ha de ser;
sino es que desconocido,
á Alfonsa quiere.

Pedro.

Pedidme
albricias, alma y sentidos.

Andrea.

Vuélvete á dormir.

Isabel.

No puedo.

Cabellera.

Cenó poco; no me admiro.

Isabel.

¿En qué aposento hallaré
á mi padre?

Andrea.

No le he visto
recoger: yo no lo sé.
En habiendo amanecido,
podrás hablarle.

Isabel.

No alargues
plazos á un dolor prolijo.
Don Pedro ha de ser. (1)

Pedro.

Don Pedro
infelice, dueño mio,
ha de ser, quien os adore
tan amante y tan rendido,
que han de ser alma y potencias
lo menos que os sacrifico.

Isabel.

¿Quién es?

Pedro.

Quien no os ha ganado,
cuando ya os hubo perdido:
el que os ha grangeado á penas,
el que os mereció á suspiros,
el que os solicita á riesgos,
el que os procura á cariños.

(1) *Se encuentra con don Pedro.*

Isabel.

Hablad quedo, y ved que estamos....

Pedro.

Templar la voz no resisto,
que esta es la voz de mi amor,
y está mi amor encendido.

Isabel.

Señor don Pedro, si oisteis
la verdad del dolor mio,
si aun no os ha costado un ruego
la compasion de un cariño,
no os llameis tan infelíz,
como decís, pues no he dicho
acaso, que tengo amor,
y ya vos lo habeis sabido.
Dejad para el desdeñado
la queja: llámese el digno
felíz, é infeliz se llame
el que nunca ha merecido.
Yo sí que soy dedichada;
pues os quiero y lo repito,
y estando vivo el amor,
tengo á los zelos mas vivos.
Ya habreis templado con verme
el mal, de no haberme visto;
este sí es mal, pues que tiene,
viéndoos mas, menos alivio.
Doña Alfonsa ha de ser vuestra;
con que viene á ser preciso,
que no lo pueda yo ser,
ni pueda llamaros mio.
Ella es quien dice, que os quiere;
con que yo naturalizo
á mis bastardos temores,
que son de mis zelos hijos.

Mirad, pues, cual de los dos
el mas infeliz ha sido;
pues vos lograis un amor,
y yo unos zelos concibo.

Pedro.

Yo, Isabel, no tengo zelos;
yo, decís vos, que me libro
de una verdad, que la cubro
con la sombra de un indicio.
¿No es la flor clície don Luis,
que constante á los peligros,
está acechando los rayos
de vuestro Oriente vecino?
¿No viene á amaros, señora?
¿No viene tras vos? ¿No he visto
que os quiere?

Isabel.

¿Y quién es el sol?
No con falsos silogismos
me arguyais, cuando estais vos
respondiéndoos á vos mismo.
Si es la clície flor don Luis,
¿cuándo el sol la clície quiso?
¿Cuando, para desdeñarla,
no es cada rayo un aviso?
Si soy sol, cómo decís,
¿cuándo mis rayos no han sido,
para desdeñarle, ardientes,
y para abrasarse tibios?
¿Qué os daña á vos, que él me quiera,
pues veis que yo no le estimo?
Mucho mas florece el premio
de la competencia al viso.
Al clavel quiere la rosa,
y él está desvanecido,

de ver, que le hayan premiado
en competencias del lirio.
Olmo que abrazó á la biedra,
está mas agradecido
de ver, que siendo él distante,
se olvidase del vecino.
¿Asi qué importa, que amante,
constante, atento y activo
me quiera don Luis á mí,
si con ver un amor mismo
en los dos, con ser á un tiempo
tan constantes como finos,
sois el preferido vos,
y es él el aborrecido?

Pedro.

Luego aunque me quiera á mí
doña Alfonsa, no hay indicio
para zelos.

Isabel.

Si le hay;
porque vos no me habeis dicho
que no la quereis; y yo,
que aborrezco á don Luis, digo.

Pedro.

Pues yo solo os quiero á vos.

Isabel.

Que no me halagueis os pido
con el amor, si despues
me matais con el olvido;
que mucho peor será,
si no le teneis, fingirlo,
que si le teneis, callarle;
pues por mas decente elijo,
que me oculteis vuestra llama
y os halle despues mas fino,

que no hallarme aborrecida,
pensando, que me han querido.

Pedro.

Pulid el bruto diamante
de mi amor, en cuyos visos
hareis claras esperiencias
del fondo del ardor mio.

Isabel.

Pues elíjase un remedio
para evitar los designios
de mi padre.

Andrea.

Cé, señores.

Pedro.

¿Qué es lo que dices?

Andrea.

Que miro,
abrir aquel aposento.

Pedro.

¿Cuyo es?

Andrea.

El de don Luisillo.

Pedro.

¿Dónde irá?

Andrea.

Habrá madrugado,
para tomar el camino
antes que amanezca.

Cabellera.

Es cierto.

Isabel.

Pues señor, yo me retiro,
no me vea.

Pedro.

Bien eliges.

Isabel.

Quédate á Dios, dueño mio.

Pedro.

En fin, ¿me querrás?

Isabel.

Soy tuya.

Pedro.

¿Y don Luis?

Isabel.

Es mi enemigo.

¿Y Alfonsa?

Pedro.

Mátela amor.

Cabellera.

Acabad, cuerpo de Cristo,
que está don Luis en el patio.

Isabel

Pues yo me voy. Ven conmigo. *á Andrea.*

Cabellera.

Señor, entra tú tambien;
porque don Luis ha salido,
y puede verte al pasar
á tu aposento, y colijo
que no puede juzgar bien
de verte á esta hora vestido.

Isabel.

Mirad, don Pedro....

Pedro.

¿Qué importa,
que esté un instante contigo,
en tanto que este don Luis
sale fuera?

Andrea.

Bien ha dicho.
Luz tienes, y eres honrada,

que él te quiere bien he oido,
y los que son mas amantes,
son los menos atrevidos.

Isabel.

Pues cierra.

Andrea.

La puerta cierro.

Pedro.

Tú quédate aquí escondido,
pues no importa que te vea.

Cabellera.

Obedecerte es preciso.

Andrea.

Lo dicho dicho, lacayo. (1)

Cabellera.

Fregona, lo dicho dicho.

ESCENA III.

Don Luis, Cabellera y Carranza.

Carranza.

¿A media noche, señor,
dónde vas?

Luis.

Nada te espante.
Voy á intimar á mi amante
la justicia de mi amor.

Carranza.

No alcanzo tu pensamiento.

Luis.

Huella quedo.

(1) *Entranse los tres en el cuarto de doña Isabel.*

Carranza.

¿ No dirás,
á dónde á estas horas vas?

Luis.

Solicito su aposento.

Carranza.

Ten cordura, ten templanza.
¡ Qué esto un hombre cuerdo intente ¡
¿ Y si don Lucas te siente?

Luis.

No me aconsejes, Carranza.

Carranza.

Durmiendo á todos ahora
con un mismo sueño igualo:
no seas Arias Gonzalo,
si está hecho el meson Zamora.
De verla no es ocasion,
y esta en que la vas á hablar,
solo es hora de buscar
á la moza del meson.

Luis.

A dedicar almas mil,
vengo á la luz por quien veo;
porque nunca yo flaqueo
de ese accidente civil.

Carranza.

Si ello ha de ser, vamos pues:
mitiga tu sentimiento.

Luis.

¿ Sabes cuál es su aposento;
Carranza amigo?

Carranza.

Este es:
Anoche se recogió
en este aposento.

Luis.

Y dí,

¿estás cierto en eso?

Carranza.

Sí. (1)

Luis.

Pues llama. ¿Responden?

Carranza.

No.

Luis.

Otra vez puedes volver
á llamar, por si despierta.

Carranza.

Llamo.

Alfonsa dentro.

¿Quién anda en la puerta?

Luis.

¿Esta no es voz de muger?
¿Quién será?

Carranza.

Isabel seria.

Luis.

¿Si es Andrea?

Carranza.

No señor,
que yo conozco mejor
su voz que la propia mia.

Luis.

Dudoso en la voz estoy.

Carranza.

No es Andrea, Señor.

---

(1) *Llama Carranza á otro aposento que está enfrente del de Isabel.*

Luis.

Pues
si no es Andrea, ella es.

ESCENA IV.

Dichos y Doña Alfonsa medio desnuda.

Alfonsa.

¿Quién llamaba aqui?

Luis.

Yo soy.

Alfonsa.

¿Quien sois?

Carranza.

Abrieron la puerta.

Luis.

Dueño hermoso de mi vida,
quien os procuró dormida
y os ha logrado despierta.
Soy quien con fuego veloz...

Alfonsa.

Que es don Pedro he imaginado. *ap.*
Como habla disimulado,
no le conozco en la voz.

Luis.

Trocar procura en caricias
halagos de un ciego Dios.
Soy el que viene tras vos.

Alfonsa.

Don Pedro es: amor, albricias. *ap.*

Luis.

Soy quien os quiere tan fiel....

Alfonsa.

Pues ¿cómo, si es eso asi,
no me hablasteis cuando os ví?

Luis.

Tiene razon Isabel: *ap.*
No hagais desatenta enojos
las que obré finezas sábio;
pues lo que dictaba el lábio,
representaban los ojos.

Alfonsa.

Perdonad, que rezelé,
(que es desconfiado quien ama)
que mirabais á otra dama.

Luis.

Es verdad que la miré,
pero puesto su arrebol
de esa luz en la presencia,
conocí la diferencia
que hay de la tiniebla al sol.

Alfonsa

Por lisonja tan dichosa
premios mi verdad ofrezca;
mas como yo os lo parezca,
no quiero ser mas hermosa.
Creer quiero lo que decís
y valerme del consuelo.

Cabellera.

Doña Alfonsa, vive el cielo, *ap.*
es la que habla con don Luis.
¡Buena es la conversacion!
Que es este don Luis ignora.
¿Cosa que la diese ahora
algun mal de corazon?

Luis.

Sola una ocasion deseo
en que yo pueda mostrar....

Alfonsa.

Don Lucas ha de estorvar

nuestro amor.

Luis.

Asi lo creo.
Pero podeis estar cierta,
que no ha de lograr su intento;
pues cuando este casamiento...

Lucas dentro.

¡Ola! ¿quien anda en la puerta?

Luis.

¿Quién es?

Alfonsa.

¡Don Lucas! ¿Qué haré?

Cabellera.

Sentido los ha por Dios.

Luis.

¿Don Lucas está con vos?

Alfonsa.

Pues donde quereis que esté.

Luis.

Daré quejas á los cielos.
¿Asi premiasteis mi amor?
¿Cómo....?

Alfonsa.

¿Qué es esto, señor?
¿De don Lucas teneis zelos?

Luis.

Yo he de ver....

Alfonsa.

Tened templanza.

Carranza.

No es tiempo de hacer estremos.
Vente.

Alfonsa.

A Dios: luego hablaremos.

ESCENA V.

Dichos, menos doña Alfonsa,

Luis.

¿Qué es esto, amigo Carranza?

Carranza.

En la ceniza hemos dado
con el amor.

Luis.

Ven tras mí.

Carranza.

¿Sale ya don Lucas?

Luis

Sí.

Carranza.

Por Dios que se ha levantado.

Luis.

Perdí famosa ocasion.

ESCENA VI.

Cabellera.

Pulgas lleva el don Luisillo;
pero no me maravillo,
que hay muchas en el meson.
A dormir de buena gana
me fuera. Señor, no hay gente; (1)
sal presto; pero detente.

---

(1) *Llama á la puerta por donde entró don Pedro.*

ESCENA VII.

Cabellera y don Lucas, que sale medio vestido ridiculamente, con espada y una luz, del aposento de doña Alfonsa.

Lucas.

El diablo está en Cantillana.
¿Quién está aqui? (1)

Cabellera.

Ya me vió.
A mi fortuna maldigo.

Lucas.

Hombre ordinario, ¿qué digo?
¿Quién sois, hombrecillo?

Cabellera.

Yo. (2)

Lucas.

¿Qué es yo? Con eso no salva
una cuchillada fiera;
¿Diga, quién es?

Cabellera.

Cabellera,
al servicio de tu calva.

Lucas.

¿Qué haces aqui?

Cabellera.

¿Qué diré?
Digo.... Estaba... Porque.... Yo...

Lucas.

¿Llamaste á mi puerta?

---

(1) *Ve á Cabellera, y él vuelve la cara.*
(2) *Vuelve la cara Cabellera y quiere irse.*

Cabellera,

No.

Lucas.

¿Pues quien llamó?

Cabellera.

No lo sé.

Lucas.

¿Viste abrir la puerta?

Cabellera.

Si.

Lucas.

¿Y quién era, conociste?

Cabellera.

No, señor.

Lucas.

¿Y á qué saliste?

Cabellera.

Señor, á tu voz salí.

Lucas.

¿Era hombre el que llamába?

Cabellera.

Si, señor.

Lucas.

¿Vístele?

Cabellera.

No.

Lucas.

¿A donde entró?

Cabellera.

Que se yo.

Lucas.

Esto está peor que estaba.
Discurro. ¿No puede ser,
que quien fue con mal intento,
por llamar á mi aposento,

llamase al de mi muger?
¿Y qué el que á llamar se atreve,
luego que abriesen la puerta,
dijese, en viéndola abierta,
acójome aca, que llueve?
Pues si puede ser, yo intento
con gallardas osadias
entrar á hacer de las mias,
y visitar su aposento;
y darle presumo un zas
pe buen modo si le encuentro. (1)

Cabellera

Por Cristo que va allá dentro.
¡Ah señor! ¿á donde vas?

Lucas.

A visitar mi muger.

Cabellera.

¿Cómo lo podré impedir? *ap.*
Mira, que nos hemos de ir,
y que quiere amanecer.

Lucas.

¿Qué importa eso? *Va á la puerta.*

Cabellera.

Allá se arroja. *ap.*
Asi le he de divertir.
Señor, quieresme decir,
¿de qué maestro es mi hoja?
que no hay desde aqui á Sevilla,
quien la sepa conocer. *Saca la espada.*

Lucas.

¿Ahora?

Cabellera.

Ahora la has de ver.

---

(1) *Va á la puerta por donde entró don Pedro.*

Lucas.

De Francisco Ruiz Portilla.

Cabellera.

¡Que ahora no salga el asnazo *ap.*
de don Pedro! Es un espejo
la espada; diz, que es del viejo.

Lucas.

Del mozo es este recazo. (1)
Quádate aquí.

Cabellera.

No remedia *ap.*
nada, y su intento no he visto.
¡Ah! sí: de las que has escrito,
¿quieres leerme una comedia?

Lucas.

¿A media noche?

Cabellera.

Es verano.

Lucas.

¿Pues adonde la oirás?

Cabellera.

En aquel pozo, y serás
poeta Samaritano.
La que se ha de hacer cien dias,
segun dices.

Lucas.

Hela aqui. (2)
Oye un paso que escribí
entre Herodes y Herodias.

Cabellera.

Será famoso.

(1) *Dale la espada, y va á la puerta.*
(2) *Saca una comedia.*

Lucas.

Si á fé..;
Pero ver primero intento,
quien llamaba á mi aposento. (1)

Cabellera.

Señor, yo fuí quien llamé.

Lucas.

Si eras tú, yo me concluyo.
¿Y á qué llamaste, si eras?

Cabellera.

Llamaba, á que me leyeras
algun trabajillo tuyo,
si no dormias acaso.
Don Pedro asi me ha de oir: *ap.*
ahora es tiempo de salir. (2)

Lucas.

¿Quién ha de salir?

Cabellera.

El paso.
Di los versos.

Lucas.

Son valientes.

Cabellera.

Lope es contigo novel.

Lucas.

Sale Herodes, y con él
cuatrocientos inocentes. (3)

Pedro.

Ahora á salir me obligo,
aunque allí está.

---

(1) *Hace que vá al aposento.*
(2) *Dice recio este verso.*
(3) *Asómase Andrea y don Pedro á la puerta.*

Andrea.

¿ Sales ?

Pedro.

Si.

Cabellera.

Vaya, señor.

Lucas.

Dice así....
¿ Quién anda en aquel postigo? (1)

Pedro.

El me vió: cierra la puerta;
cierra. (2)

Andrea.

Nací desdichada.

Lucas.

¿ Conmigo la hacen cerrada ?
Pues yo la he de hacer abierta.

Cabellera.

Vive Dios que no salió. *ap.*

Lucas.

Cabellera.

Cabellera.

El ha de hallarle. *ap.*
¿ Quieres entrar á matarle ?
Responde.

Lucas.

No, sino no.
Llama á la puerta. *llama Cabellera.*

Andrea dentro.

¿ Quién llama ?

Lucas.

¿ Esta es la criada ?

(1) *Vélos don Lucas.*
(2) *Cierran y tórnanse á entrar.*

Cabellera.

Sí.

Lucas.

Ola, criada, abre aquí
al marido de tu ama.

Andrea.

Entrad. *abre.*

Lucas.

Entra tú primero.
Morirá, á fé de cristiano. *saca la espada.*

Cabellera.

Pon la daga en la otra mano,
y dáme ese candelero;
que yo he de morir contigo. (1)

Lucas.

Esa luz puedes llevar.

Cabellera.

Asi lo he de remediar. *ap.*
¿No me sigues?

Lucas.

Ya te sigo.

Cabellera.

Voy enojado.

Lucas.

Voy ciego.

Cabellera.

Adelante, industria mia. *ap.*

Lucas.

¡Adulterio el primer dia!
Entre bobos anda el juego.

---

(1) *Da don Lucas la luz á Cabellera.*

ESCENA VIII.

APOSENTO DE DOÑA ISABEL.

Don Pedro y doña Isabel turbados.

Isabel.
¿Entró don Lucas?
Pedro.
Entró,
desnudo el airado acero.
Isabel.
Detras de aquesta cortina
te esconde.
Pedro.
No me resuelvo.
Diré, que tu esposo soy.
Isabel.
Echasme á perder con eso.
Escóndete, dueño mio.
Pedro.
Advierte.....
Isabel.
Escóndete presto,
que llegan.
Pedro.
No me porfies.
Isabel.
Mira, señor....
Pedro.
Estoy ciego.
Isabel.
Haz esto por mi. ¿Qué dudas?

Pedro.
Isabel, ya te obedezco. (1)

ESCENA IX.

Doña Isabel, don Lucas y Cabellera con el candelero.

Lucas.
Alumbra, mozo.
Cabellera.
Ya alumbro.
Lucas.
¿Quién está en este aposento?
Isabel.
¿Qué es esto, señor don Lucas?
¿Cómo vos tan descompuesto
alterais de mi quietud
el recatado silencio?
Lucas.
¿Qué haceis, Isabel, vestida
á estas horas?
Isabel.
En el lecho
desvelada, y no desnuda
estaba esperando el tiempo
de partir. ¿Y vos airado
y ciego, cómo resuelto
os entrais de esta manera?
Lucas.
¿Y qué hombre estaba aquí dentro?
Isabel.
¿Estais en vos?
Lucas.
Si señora.

(1) *Escóndese detras de una cortina.*

Ya estoy en vuestro aposento,
y le he de ver de pe á pa.
Alumbra, hermano: miremos
detras de aquesta cortina.

Cabellera.

Has dicho muy bien: yo llego..... (1)
¡Jesus!

Lucas.

¿Qué ha sido?

Cabellera.

Caer,
y matar la luz á un tiempo.

Lucas.

Trae otra.

Cabellera.

Tengo quebrado
un pie. Sal, señor.

ESCENA X.

Dichos y don Pedro que sale detras de la cortina con la mano delante.

Pedro.

Yo pruebo
á salir, puesto que ahora
no hay luces.

Lucas.

¡Ah, señor, Nieto!
pues es huesped, traiga luces.
Ponerme á la puerta quiero;
no sea que estando á oscuras,

(1) *Cae en el suelo Cabellera, fingiendo que tropezó y mata la luz.*

se salga el que está acá dentro. (1)

Isabel.

¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer? *ap.*

Lucas.

¿Quién anda aquí?

Pedro.

Vive el cielo, *ap.*
que he topado con don Lucas.

Lucas.

Topé un hombre.

Cabellera.

Peor es esto; *ap.*
porque al salir, es sin duda,
que ha topado con don Pedro.
Quiero decir, que soy yo,
y llegarme. (2)

Lucas.

Diga luego,
quién es.

Cabellera.

Yo, que voy por luces.

Lucas.

Mentís, que es de mejor pelo,
á quien yo tengo

Cabellera.

Señor,
yo soy.

Lucas.

Ahora lo veremos.
Luces. *En voz alta.*

---

(1) *Váse á la puerta, pónese en ella, y al salir don Pedro tropieza con él, y ásele don Lucas.*

(2) *Llégase cara con cara con su amo.*

Dentro el Mesonero.

¿Andan los demonios
en el meson?

Lucas. (1)

Estaos quedo.

ESCENA XI.

Dichos, don Luis y doña Alfonsa con luces.

Alfonsa.

Luz hay aquí.

Luis.

Y aquí hay luz.

Isabel

¡Qué miro! ¡Válgame el cielo! *ap.*

Lucas.

. . . .

¿Pues qué haceis aquí, don Pedro?

Pedro.

Señor, mirar por tu honor,
y mirar por lo que debo;
mirar, que tú eres mi sangre.

Lucas.

Dejad esos miramientos,
y decid, ¿qué haceis aquí?

Luis.

Ea, responded, don Pedro.

Lucas.

¿Quien os mete en eso á vos?
¿Sois mi sombra, caballero?

Luis.

Soy vuestra luz, pues la traigo.

(1) *Hace fuerza don Pedro para soltarse.*

Lucas.

Pues llevaos la luz, os ruego,
que yo no la he menester.
¿A dónde vais?

Luis.

A Toledo.

Lucas.

Pues yo me vuelvo á Madrid
solamente por no veros.

Luis.

Sois ingrato, vive Dios.
Yo me voy. *vase.*

ESCENA XII.

Dichos, menos don Luis.

Lucas.

No soy mas de esto.
Válgate el diablo el don Luis.

Alfonsa.

Don Lucas, decid, ¿qué es esto?

Lucas.

Don Pedro está aquí encerrado.

Alfonsa.

¿Vos le encontrasteis?

Lucas.

Yo mesmo.

Alfonsa.

¿Pues á qué entró?

Lucas.

Que sé yo.

Alfonsa.

¿Quiere á Isabel?

Lucas.

Lo sospecho,

pues yo le he hallado escondido
ahora.

Alfonsa.

¡Válgame el cielo! (1)

Cabellera.

Dióle el mal.

Lucas.

Ténla esa mano,
y tírala bien del dedo
del corazon. ¿No hay quien traiga
manteca?

Isabel.

Sí, yo la tengo.

Lucas.

Pues id. por ella

Isabel.

Yo voy.
Llamaré de allí á don Pedro. *Vase.*

ESCENA XIII.

Dichos, menos doña Isabel.

Cabellera.

¡Qué gran mal! pobre señora.

Lucas.

¿Veis, primo, lo que habeis hecho?
Tenedla esta mano vos,
porque voy á mi aposento
por la uña de la gran bestia.

---

(1) *Finge que la dá el mal de corazon, y cae sobre un taburete.*

ESCENA XIV.

Don Pedro, doña Alfonsa y Cabellera.

Cabellera.
Ponga su uña, que es lo mesmo.
Pedro.
¿Fuese?
Cabellera.
Si.
Pedro.
¿Qué hemos de hacer?
Cabellera
Luego trataremos de eso.
Requiebra á la desmayada,
(si entra don Lucas mas tierno);
porque crea que la quieres,
que esto importa.
Pedro.
Y eso intento.
Cabellera.
El viene ya.
Pedro.
Doña Alfonsa,
mi luz, mi divino cielo,
no le disfraceis turbado,
si he de gozarle sereno.
A vos os quiero, señora,

ESCENA XV.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.
¡Qué es lo que escucho! *ap.*
Pedro.
Creed esto,

que solo á vuestra hermosura
se consagran mis deseos.
El alma sois por quien vivo,
vos sois la luz por quien veo.

Isabel.

Pues traidor, falso, atrevido....
Viven mis ardientes zelos,
dioses que hoy en mi corage
tienen la corona y cetro,
que he de pagarte en venganzas
cuanto cobro en escarmientos.
Don Luis ha de ser mi esposo;
porque aunque yo le aborrezco,
por vengarme de tí solo,
vengarme en mí misma apruebo.
Quedate....

Pedro. (1)

Espera, señora,
y advierte que estos requiebros
los pronuncio con el lábio
y los finjo con el pecho.
Díjelos porque don Lucas
entendiese que la quiero:
no porque á tí no te adoro.
Escúchame.

Isabel.

No te creo;
que no estando aqui él, no vienen
esas disculpas á tiempo.

Caballero.

Si aqueste desmayo fuera
fingido, estábamos buenos. *ap.*

(1) *Deja á la desmayada.*

Pedro.

Señora, solo eres tú
el alma por quien aliento,
la muerte por quien yo vivo
y la vida por quien muero.
Escucha.

Isabel.

No tengo oidos.

Pedro.

Repara bien...

Isabel.

Ya te dejo.

Pedro.

Que solo te adoro á tí,
que á doña Alfonsa aborrezco.

Alfonsa. (1)

Pues, vive el cielo, cruel,
falso, ingrato, lisonjero,
que has de decir de las dos
á cual adoras, supuesto
que á ella le mientes finezas;
y á mí me finges requiebros.

Cabellera.

El desmayo era fingido: *ap.*
todo el infierno anda suelto.

Alfonsa.

Di á quien quieres.

Isabel.

Eso aguardo.

Pedro.

Mirad...,

Alfonsa.

¿En qué estás suspenso?

---

(1) *Levántase del desmayo.*

Isabel.

¿Me quieres?

Pedro.

¿Qué la diré? *ap.*

Alfonsa.

¿Me aborreces?

Pedro.

¡Qué haré, cielos! *ap.*

Isabel.

¡Qué te elevas!

Alfonsa.

¡Qué te turbas!

Isabel.

¿Quién merece tu desprecio?

Alfonsa.

¿Quién es dueño de tu amor?

Pedro.

Si digo.... *ap.*

Cabellera.

Buena la has hecho.

Pedro.

Quien quiero, á la una agravio, *ap.*
si á la otra favorezco.

Alfonsa.

¿Estas eran las finezas
con que anoche en mi aposento
dijiste que me adorabas?

Pedro.

¡Yo en tu aposento! ¿qué es esto?

Isabel.

A Alfonsa quieres, traidor.

Alfonsa.

Doña Isabel es tu dueño.

Isabel.

Hoy has de probar mis iras.

Alfonsa.

Hoy has de ver tu escarmiento.

Pedro.

Doña Alfonsa....

Alfonsa.

No te escucho.

Pedro.

Doña Isabel....

Isabel.

Soy de fuego.

Pedro.

Mirad....

ESCENA XVI.

(Dichos y don Lucas.)

Lucas.

Ya está aqui la uña.

Cabellera.

La bestia ha llegado á tiempo. *ap.*

Lucas.

¿ Estás sosegada ?

Alfonsa.

No.

Lucas.

¿ Pues qué sientes ?

Alfonsa.

Un desprecio.

Lucas.

¿ Qué es esto, Isabel ?

Isabel,

No sé.

Lucas.

Tú, dí tu mal.

Alfonsa.

Soy de hielo

Lucas.

Tú, díme tu pena.

Isabel.

Es grande.

Lucas.

¿No hay remedio?

Isabel

Es sin remedio.

Lucas.

Don Pedro, dime que sientes.

Pedro.

No tiene voz mi tormento.

Lucas.

¿No lo he de saber?

Alfonsa.

Sabráslo.

Lucas.

¿No me lo dirás?

Isabel.

No puedo.

Lucas.

Isabel, á la litéra;
Alfonsa, el coche está puesto;
Pedro, el rucio está ensillado.
En Cabañas nos veremos.

Álfonsa.

Quejas, que muero de amor. *ap.*

Isabel.

Iras, que rabio de zelos. *ap.*

Lucas.

Honra, que andais titubeando. *ap.*

Pedro.

Dudas, que andais discurriendo. *ap.*

Lucas.
Pero yo lo sebré todo;
que entre bobos anda el juego.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Don Antonio y don Lucas.

Lucas dentro.

Ten ese macho, mulero;
que es un poquillo mohino. (1)

Antonio.

¿Dónde fuera del camino
me sacais?

Lucas.

Hablaros quiero.

Antonio.

¿Pues á qué nos apartamos
del camino? ¿Qué quereis?

Lucas.

Suegro, ahora lo vereis.

Antonio.

Ya estamos solos.

Lucas.

Si estamos.
¿Viene el coche?

Antonio.

Se quedó
mas de una legua de aquí.

Lucas.

¿Quereis escucharme?

(1) *Salen los dos.*

Antonio.

Si.

Lucas.

¿Habeis de enojaros?

Antonio.

No.

Lucas.

¿Ois bien?

Antonio.

¿No lo sabeis?

Lucas.

Quiero hablar quedo.

Antonio

Hablad quedo.

Lucas

Ultimadamente ¿ puedo
hablar á vulto?

Antonio.

Podeis.
¿Teneis que hablar mucho?

Lucas.

Mucho.
¿Replicareis cuando yo
estuviere hablando?

Antonio.

No.

Lucas.

Pues escuchad.

Antonio.

Ya os escucho.

Lucas.

Yo soy, señor don Antonio
de Contreras, un hidalgo
bien entendido, asi, asi,
y bien quisto, tanto cuanto.

Soy ligero, luchador,
tiro una barra de á cuatro,
y aunque pese cuatro y libras,
á mas de cuarenta pasos.
Soy diestro como el mas diestro,
esplendidamente largo,
por el principio atrevido,
y valiente por el cabo.
De la escopeta en las suertes
salen mis tiros en blanco,
y puedo tirar con todos
cuantos hay, del Rey abajo.
Canto, bailo y represento,
y si me pongo á caballo,
caigo bien sobre la silla,
y de ella mejor, si caigo.
Si en Zocodover toreo,
me llaman el secretario
de los toros, porque apenas
llegan, cuando los despacho.
Conozco bien de pinturas,
hago comedias á pasto,
y como todos tambien,
llamo á los versos trabajos.
No soy nada caballero
de ciudad; soy cortesano,
y nací bien entendido,
aunque nací mayorazgo.
Pues mi talle nò es muy lerdo;
soy delgado sin ser flaco,
soy muy ancho de cintura,
y de hombros tambien soy ancho.
Los pies asi me los quiero;
piernas asi me las traigo,
con su punta de lo airoso,

y su encaje de estevado.
Yo me alabo: perdonad;
que esto importa para el caso:
y no he de hallar quien me alave
en un campo despoblado.
En fin discreto, valiente,
galan, airoso, bizarro;
diestro, músico, poeta,
ginete, toreador, franco,
y sobre todo teniendo
de renta seis mil ducados,
(que no es muy mala pimienta
para estos veinte guisados)
salgo á que Isabel merezca
estas gracias en sus brazos,
que nunca pensé, por Dios,
venderme yo tan barato;
y hallo, que con vuestra hija
me distes por liebre gato.

Antonio.

Advertid, que sois un necio.

Lucas.

¿No me oireis?

Antonio.

No he de escucharos:
mataros era mas justo.

Lucas.

Señor mio, no lo hagamos
pendencia. Escuchad ahora,
y vamos al cuento.

Antonio.

Vamos.

Lucas.

Lo primero, envié á decir,
que saliese con cuidado

de Madrid, y se pusiese
una máscara al recato;
y ella se puso por una,
media mascarilla; tanto,
que se le vió media cara
desde la nariz abajo
Lo segundo, os supliqué,
que no vinierais, enviando,
de que á Isabel admitia,
un recibo ante escribano;
y os venisteis, no sabiendo,
que yo he de vestirme llano;
pues la tela de muger
no ha menester suegro al canto.
Lo tercero, luego al punto
que me vió, se fue de labios,
y me dijo mil requiebros
por mil rodeos estraños,
y una muger, cuando es propia,
ha de andar camino llano;
que no ha de ser hablador
el amor, que ha de ser casto.
Mas: arguyó con mi primo,
daca el trato, toma el trato:
con que se le echa de ver,
que es tratante, á treinta pasos.
Luego le dijo, y le daba,
sin haberla nunca hablado,
los requiebros en mi nombre,
y en causa propia la mano.
Mas: un don Luis se ha venido,
amante zorrero al lado,
por vuestra señora hija,
muy modesto, aunque muy falso;
y en Illescas esta noche

hallé á mi primo encerrado
en la sala de Isabel,
y hoy, que á examinarle aguardo,
pregunto, qué fue la causa,
de haber anoche violado
el que ella llamaba templo;
y vos nombrabais sagrado:
y díjome, que allí oculto
estuvo, por ver si acaso
don Luis hablarla intentára,
para que su acero airado
feriára á venganzas nobles
aquellos zelos villanos.

Antonio.

¿Y habló con don Luis?

Lucas.

No habló.

Pero es caso temerario,
que haya de andar un marido,
si la ha hablado, ó no la hablado.
¿Por una muger, y propia,
he de andar yo vacilando,
pudiendo por mi persona
tener mugeres á pasto?
Ella, en fin, no es para mí.
Muger que se haya criado
en Toledo, es lo que quiero,
y aunque naciese en mi barrio.
Muger criada en Madrid,
para mi propia, descarto;
que son de reves las uñas,
y las otras son de tajo.
Y en efecto, don Antonio,
solo vengo á suplicaros,
que os volvais con vuestra hija

á vuestra calle de Francos.
No he de casarme con ella,
aunque me hicieran pedazos.
Solos estamos los dos;
nadie nos oye en el campo.
Volveos á Misa Isabel
á Madrid, sin enojaros;
que esto es entre padres y hijos,
que es algo mas que entre hermanos.
Que en llegando las sospechas
á andar tan cerca del casco,
y en siendo los suegros turbios,
han de ser los yernos claros.

Antonio.

Por cierto, señor don Lucas,
que un poco antes de escucharos,
os tuve por majadero;
pero no os tuve por tanto.
¿Sabeis, con quién hablais?

Lucas.

Si.
Dadme mi carta de pago,
y llevaos á vuestra hija.

Antonio.

Con ella habeis de casaros,
ó os tengo de dar la muerte.
¿Qué dirán de mi honra, cuantos
digan, que á casarse vino?

Lucas.

¿Y qué dirán los criados,
que han sabido, que don Luis
la anda siguiendo los pasos?

Antonio.

Don Luis camina á Toledo.

Lucas.

¿Pues cómo va tan despacio,
yendo Isabel en litera,
y él en mula?

Antonio.

¿No está claro,
que es por llevar compañia,
y no ir solo?

Lucas.

Ese es el caso;
que por no ir solo á Toledo,
quiere ir acompañado.

Antonio.

¿No decís, que vuestro primo
se encerró anoche en el cuarto
de mi hija?

Lucas

Así lo digo,
y él así me lo ha contado,
para ver mejor, si hablaba
con él.

Antonio.

Pues desengañaos,
y logre esa diligencia
quietudes á vuestro engaño.
Si no es cómplice en su amor,
¿por qué quereis indignado,
pagarla en viles castigos
cuanto debeis en halagos?
Don Luis está ya en Toledo,
porque ya se ha adelantado;
y yo quedo con la queja,
y vos con el desengaño.
Templaos, don Lucas, prudente;
que vive Dios, que me espanto,

que no tengais entre esotras
la falta de ser confiado.

Lucas.

¿Y cómo? Sí tengo tal;
que no soy tan mentecato,
que no sepa, que merezco
mas que él esto y otro tanto.
Pero díceme mi primo,
que es un poco mas cursado,
que las mugeres escojen
lo peor.

Antonio.

Pues consolaos;
que no teneis mal partido,
si es verdadero el adagio.

Lucas.

Ahora, señor don Antonio,
vuelvo á decir, que estoy llano
á casar con vuestra hija.
Ya yo estoy desengañado.
Pero si acaso don Luis,
amante dos veces zaino,
vuelve á hacerse encontradizo
con nosotros, no me caso.

Antonio.

Pues yo admito ese partido.

Lucas.

Yo vuestro precepto abrazo.

Antonio.

Pues esperemos el coche
en ese camino.

Lucas.

Vamos.
¡Ah! si: don Antonio, aviso,
que si hubiere algun engaño

en el amor de don Luis,
que si él entra por un lado
à medias como sucède,
con otros mas estirados,
me habèis de volvér al punto
cuanto yo hubiere gastado
en mulás, còche, litera,
gasto de càmino y carros:
que no es justicia, ni es bien,
cuando yo me quedo en blanco,
que seamos él y yo,
él del gusto, y yo del gasto.

Antonio.

Dios os haga mas discreto.

Lucas.

No haga mas, que ya ha hecho harto. *vanse.*

Dentro ruido de carruages.

Dentro uno.

Arre, rucia de un puto, arre, beata.

Dentro dos.

Dale, dale, Perico, á la reata.

Dentro uno.

¡Oyga, la parda como se atropella!

Dentro dos.

Arre, mula de aquel hijo de aquella.

Cabellera dentro.

Va una carrera, cocherillo ingrato.

Dentro uno.

¿Qué hace que no se apea y corre un rato?

Cabellera.

¿A dónde va el patan en el matado?

Caminante dentro.

. . . .

Cabellera.

. . . .

. . . .

Caminante dentro.

. . . .

Dentro dos.

. . . .

Otro Caminante dentro.

Por aquí hay un monton.

Cabellera.

¿ Pues qué hay ?

Todos.

Basura.

Cantan dentro.

Mozuelas de la corte ,
todo es caminar ,
unas van á Huete ,
y otras á Alcalá.

Cabellera.

Pára , cochero : el coche se ha volcado.

Dentro uno.

El cibicon del coche se ha quebrado.

Dentro dos.

¿ Pues qué importa ?

Andrea.

¡ Qué lindo desahogo !

Alfonsa.

Sáquenme á mí primero , que me ahogo.

Cabellera.

Páren esa litera.

Cochero.

Pára , pára.

Andrea.

Quebróse la redoma de la cara.

ESCENA II.

Doña Isabel y Andrea.

Isabel.

Volcóse el coche.

Andrea.

En hora mala sea.

Isabel.

Don Pedro saca á doña Alfonsa, Andrea.
¿Qué espero? Ya su amor se ha declarado.

Andrea.

¿Si la dará otro mal como el pasado?

Isabel.

¡Cómo mis iras se hallan mas templadas!

Andrea.

Previniéndola está dos almohadas,
en tanto que aderezan una rueda.

Isabel.

¿Queda mas que saber?

Andrea.

Aun mas te queda.

Isabel.

Ya doña Alfonsa en ellas se ha sentado,

Andrea.

Don Pedro en la litera te ha buscado,
y como no te halla, yo rezelo
que te viene á buscar.

Isabel.

Pues vive el cielo,
que yo no le he de hablar.

ESCENA III.

Dichos, don Pedro y Cabellera.

Pedro.

Oye, detente:
no quieras....

Isabel.

Déjame.

Pedro.

Tan impaciente.
malograr mi verdad.

Isabel.

No hay quien la crea.

Pedro.

Ruégala que me escuche, amiga Andrea.
Abona tú mi fé.

Isabel

Nada te abona.

Cabellera.

Enternécete, dura Faraona.

Pedro.

Iras y pasos deten.

Isabel.

Cruel, diestro engañador,
que amagas con el amor,
para herir con el desdén,
¿quién es tan ingrato, quién?
¿quién fué tan desconocido,
que por haber conseguido
una tan fácil victoria,
resucite una memoria
con la muerte de un olvido?
Y pues tus engaños veo,
delincuente el mas atróz,

¿para qué hiciste á tu voz
cómplice de tu deseo?
Si sabes que no te creo,
si conoces mi razon,
¿porqué quiso tu pasion
(viendo que es mayor agravio)
hacer delincuente al lábio
de lo que erró el corazon?
Y ya que tan falso eras,
y ya que no me querias,
dí ¿para qué me fingias?
¿Pídote yo que me quieras?
Tu amor fingieras, y fueras
poco fino; solo un daño
sintiera mi desengaño;
mas tal mis ansias me ven,
que mucho mas que el desdén,
vengo á sentir el engaño.
No me hables, y mis enojos
menos ayrados verás;
que se irritan mucho mas
mis oidos que mis ojos.
Quiero vencer los despojos
de mi amor, si te oigo, á veces;
y tanto al verte mereces,
que aunque has fingido primero,
solo miro que te quiero,
y no oigo que me aborreces.
Mas vete que he de argüir
cuando me quiera templar,
que á mí no me puede amar
quien á otra sabe fingir.
Ya yo te he llegado á oir
que á tu prima has de querer,
y aquel que llegare á ser

en mi amor el preferido,
aun no ha de decir fingido
que procura otra muger.
A Alfonsa dices que quieres,
á mí dices que me adoras,
por una fingiendo lloras,
y por otra amando mueres.
¿Pues cómo si no prefieres,
tu voluntad declarada,
crerá mi pasion errada,
cuando es la tuya fingida,
que soy yo la preferida,
y es Alfonsa la olvidada?
Pues témplese este accidente;
que no es justicia que acuda
á una tan dificil duda
un amor tan evidente;
porque es mas fácil que intente,
menos ayrado y mas sábio,
siendo tan grande el agravio
á vista de mis enojos,
dar lágrimas á mis ojos
que evidencias á tu lábio.
Quiere, adora á Alfonsa bella,
y sea yo la olvidada;
porque ya estoy bien hallada
con tu olvido y con mi estrella.
Yo soy la infelice, y ella
quien te merece mejor;
y pues tuve yo el error
de haberte querido, es bien
que pague con el desdén
lo que erré con el amor.
Y vete ahora de aquí,
porqué no es justicia, no,

que tenga la culpa yo
y te dé la queja á tí.

Pedro.

Hermosa luz por quien ví,
alma por quien animé,
deidad á quien adoré,
no hagas con ciega venganza,
que pague tu desconfianza
lo que no ha errado mi fé.
Deja esa pasion, que dura
en tus sentidos ínquieta;
y no seas tan discreta
que no creas tu hermosura.
Tú misma á tí te asegura:
imagínate deidad,
y así creerás mi verdad:
usa bien de tus rezelos,
y cria para estos zelos
por hijo á la vanidad.
A Doña Alfonsa prefieres,
bien como al lirio la rosa:
mas qué importa ser hermosa,
si no presumes lo que eres.
Sé como esotras mugeres;
tén contigo mas pasion;
haz de tí satisfacion;
sé divina mas humana;
que á tí para ser mas vana,
te sobra mas perfeccion.

Isabel.

Esa prudente advertencia
con que tu pasion me ayuda,
es buena para la duda,
mas no para la evidencia.
Ella dijo en mi presencia

que tú en su cuarto has estado
anoche: que la has hablado;
¿ pues cômo, si esto es verdad,
con toda mi vanidad
sosegaré mi cuidado?
¿Y cuando eso fuera, di,
dí, cuando con ella estabas,
no te oí decir que amabas
á doña Alfonsa?

Pedro.

Es asi.

Isabel.

¿Tú no lo confiesas?

Pedro.

Sí;
mas finjido mi amor fue.

Isabel.

Y cuando te pregunté,
á cual de las dos querias,
¿ por qué no me respondias?

Pedro.

Oye por qué.

Isabel.

Dí por qué.

Pedro.

Porque es groseria errada,
nunca al labio permitida,
despreciar la aborrecida
en presencia de la amada.
Bástela, verse obligada,
sln que oyese aquel desden;
bástela, quererte bien,
sin que al ver desprecio tal,
la venga á pagar tan mal,
porque me quiso tan bien...

Isabel.

Pues galan no quiero ahora,
que por no dejar corrida
á aquella, de quien se olvida,
no hace un gusto á la que adora.
Vete.

Pedro.

Escúchame, señora.
Que agradezca, no te espante
ver, que me ame tan constante;
pero á ti te he preferido.

Isabel.

Pues si estás agradecido,
cerca estás de ser amante.

Pedro.

Oye, señora, y verás...

Isabel.

No he de oirte.

Pedro.

Aguarda, espera.

Cabellera.

Don Luis abrió la litéra,
y mira si en ella estás.

Pedro.

¿Y ahora tambien dirás,
que no te tiene aficion?

Isabel.

Daré la satisfaccion.

Pedro.

Tampoco te he de creer.

Isabel.

¿Quieres echarme á perder
con los zelos mi razon?
Pues no ha de valerte, no.
Despreciarle pienso aqui.

Pedro.

¿Y yo he de escucharlo?

Isabel.

Sí.

Don Luis. *En voz alta.*

Luis dentrò.

¿Quién me llama?

Isabel.

Yò.

Andrea.

El viene acá: ya te oyó.

Isabel.

Escóndete entre esos ramòs.

Cabellera.

La satisfaccion oigamos.

Isabel.

Yo he de quedar con recelos,
y tú has de quedar sin zelos.

Cabellera.

Ven, señor, que llega.

Pedro.

Vamos. (1)

ESCENA III.

Doña Isabel, Andrea y don Luis; don Pedro y Cabellera escondidos.

Luis.

Al cariño de tu voz
no vengo, divina ingrata,
como otras veces solia,
á consagrar vida y alma.
A ser escarmiento vengo,

(1) *Escóndese.*

de mi amor, á ser venganza
de tu desden, á ser duda
de mis propias esperanzas.
Fiera, al paso que divina,
cruel, al paso que blanda,
que me matas con los zelos,
y con el desden me halagas;
yo soy el que mereció
sacrificarse á tus llamas,
si no ciega mariposa,
atrevida salamandra.
Yo soy aquel que te quiso,
y aquel soy á quien agravias,
el que como el girasol
aspiró á tus luces tardas;
el que anoche en tu aposento
logró, (nunca los lográra)
de tu labio mas favores,
que tú quejas de mis ansias.
Y cuando á tan fino amor,
á tan finjidas palabras
encubridora la noche
secretamente mediaba,
cuando un sí llegó á mi oido,
llegó un premio á mi esperanza:
recójome á mi aposento;
y cuando pensé que estaba
don Lucas dentro del suyo,
que á veces la voz engaña,
oigo en otro cuarto voces,
tomo luz, busco la causa,
y hallo ¡ay Dios! que con don Pedro
tu fé y mi lealtad agravias.
¿Para esto me diste un sí?
¿Para esto, dime, premiabas

un amor que le he sufrido
al riesgo de una esperanza?
No quiero ya tus favores:
logre don Pedro en tus aras
las ofrendas por deseos,
que amante y fino consagra.
Bastan tres años de enigmas;
tres años de dudas bastan;
desengáñenme los ojos,
con ser ellos quien me engañan.
Ya el sí que me diste anoche,
no le estimaré.

Isabel.

Repara,
que yo no te he hablado anoche.
¿Donde, ó cómo?

Luis.

Ya no falta,
sino que tambien me niegues,
que me diste la palabra,
de ser mi esposa. Si piensas
que la he de admitir, te engañas.

Isabel.

¿Yo te hablé anoche?

Luis.

¿Eso niegas?

Isabel.

Mira...

Luis.

¿Mis zelos, qué aguardan?
Solo vengo á despedirme
de mi amor. ¡Quédate falsa!
Tus voces ya no las creo;
tu amor ya me desengaña.
A Madrid vuelvo corrido:

vuelvase el alma á la patria
del desengaño: halle el puerto,
quien navegó en la borrasca.
Razon tengo, ya lo sabes:
zelos tengo, tú los causas;
y si dudosos obligan,
averiguados agravian.

Isabel.

Espera....

Luis.

Vóime.

Pedro.

¡Ah cruel!

Isabel.

Mira.....

Luis.

Déjame, traidora.

ESCENA IV.

Doña Isabel, Andrea, don Pedro y Caballeros.

Pedro.

Pídeme zelos ahora
de doña Alfonsa, Isabel.
Habla ¿Qué te has suspendido?
No finjas leves enojos.
Dí, qué no han visto mis ojos;
dí, que está incapaz mi oido:
resuelto á escucharte estoy
¿Qué puedes ya responder?
¿Con qué has de satisfacer
mis zelos?

Isabel.

Con ser quien soy.

Pedro.

¿Pues cómo puedes negar,
que estuviste (¡gran tormento!)
con don Luis en tu aposento?
Respóndeme.

Isabel.

Con callar.

Pedro.

Isabel ingrata, dí,
(fuego en todas las mugeres)
¿cómo niegas, que le quieres?

Isabel.

Con decir, que te amo á tí.

Pedro.

¿No entró?

Isabel.

A callar me sentencio
un bronce obstinado labras.

Pedro.

No crees tú mis palabras,
¿y he de creer tu silencio?
Fiera homicida del alma,
matar con la voz intentas;
mar, que embozó las tormentas
con la quietud de la calma;
ingrata la mas divina,
divina mas rigorosa,
purpúrea á la vista rosa,
y al tacto cruel espina;
ya no podrá tu rigor
peregrinar esta senda,
ya me he quitado la venda,
y con vista no hay amor.
A dejarte, me sentencia
una verdad tan desnuda;

que al caminar por la duda,
encontré con la evidencia.
Ya no he de ser el que soy,
ya no quiere arrepentido
sufrir á tu voz mi oido:
ya te dejo, ya me voy.

Isabel.

Pues, falso, aleve, infiel,
ingrato, cómo enemigo,
si estuve anoche contigo,
¿cómo pude estar con él?
¿Cuándo habia de hablarle, espero
saber, cuando yo quisiera?
Respóndeme.

Pedro.

¿No pudiera,
haberte hablado primero?

Isabel.

No pudiera: y ese es
el indicio mas impropio.
¿No sabes tú, que tú propio
le viste salir despues
de su aposento?

Pedro.

Es así.

Isabel.

¿Luego el castigo mereces?

Pedro.

¿No pudo salir dos veces?

Isabel.

Sí pudo salir. Mas, dí,
¿cuando estabas escondido,
que yo te amaba, no oiste?

Pedro.

Sí; pero tambien pudiste

haberme ya conocido.

Isabel.

Ya que en esos zelos das,
díme, don Pedro, por Dios,
¿ puedo yo querer á dos ?

Pedro.

A don Luis quieres no mas.

Isabel.

Y si eso pudiera ser,
(que no lo he de consentir)
¿ por qué habia de fingir
contigo ?

Pedro.

Por ser muger.

Isabel.

Tú eres la luz de mi vida ;
solo á tí te adoro yo.

Pedro.

¿ No lo haces de amante ?

Isabel.

No.

Pedro.

¿ Pues de qué ?

Isabel.

De agradecida.
Deja esa duda, señor,
no te cueste un sentimiento ;
que no hay agradecimiento,
adonde no hay fino amor.

Pedro.

Las finezas son agravios.

Isabel.

Mi bien, templa esos ejos,
y satisfagan mis ojos
lo que no aciertan mis labios.

*

Pedro.

No he de creerte, cruel.

Isabel.

Advierte.....

Pedro.

No estoy en mí.

ESCENA V.

Dichos, don Lucas y doña Alfonsa, cada uno por su lado.

Alfonsa.

Don Pedro, ¿qué haceis aquí?

Lucas.

¿Qué es eso, doña Isabel?

Cabellera.

Cayeron en ratonera.

Lucas.

¿Qué era el caso?

Isabel.

Señor, fue.....

Pedro.

Fué, señor..... ¿Qué le diré? *ap.*

Isabel.

Era estar quejosa.

Pedro.

Era,
reñirme ahora tambien,
porque entré con el intento,
que te dige, en su aposento
esta noche.

Lucas.

Hizo muy bien.

Isabel.

Esforcemos la salida. *ap.*

¿Y á vuestro amor corresponde,
que entre otro, que vos, adonde
yo estuviere recogida?

Cabellera.

Ya de este rayo escapamos. *ap.*

Isabel.

¿Vos dudais, siendo quien soy?
Nadie entra, donde yo estoy.

Lucas.

Porque no entre nadie, andamos.

Alfonsa.

¡Que así este engaño creyó! *ap.*
Don Lucas, advierte ahora,
que no entró. ...

Lucas.

Callad, señora:
yo sé si entró, ó si no entró.

Alfonsa.

Que creais, me maravillo,
este enojo que fingió.
El la quiere.

Lucas.

Ya se yo
que la quiere don Luisillo:
mas yo lo sabré atajar.

Alfonsa.

No es sino......

Lucas.

Callad, señora,
que os habeis hecho habladora.

Alfonsa.

Mirad......

Lucas.

No quiero mirar.

Alfonsa.
Advierte, señor, que es él.
Lucas.
Calla, hermana, no me enfades:
háganse estas amistades:
dadle un abrazo, Isabel.
Isabel.
No me lo habeis de mandar,
que ha dudado en mi opinion.
Lucas.
Digo que teneis razon,
pero le habeis de abrazar.
Isabel.
Por vos hago este reparo.
Lucas.
Sois muy honesta, Isabel.
Isabel.
¿Querrá él?
Lucas.
Sí querrá él:
¿no está claro?
Pedro.
No está claro.
Lucas.
¿Cómo no? Viven los cielos.....
Pedro.
Si aun no tengo satisfecha
una evidente sospecha.....
Lucas.
¿Qué sospecha?
Pedro.
De unos zelos.. *ap.*
Alfonsa.
¿No lo has entendido?

Lucas.

No.

¿Pues hay otra causa?

Isabel.

Sí;

que está doña Alfonsa aqui.

Lucas.

¿Y estoy en las Indias yo?
Habeis de darla un abrazo
por mí; acabemos por Dios.

Isabel.

Voy á dársele por vos.

Cabellera.

¡Que te clavas bestionazo! *ap.*

Alfonsa.

¿Siendo ciertos mis recelos,
cómo mis iras reprimo?

Pedro.

Agradécelo á mi primo. (1)

Isabel.

Agradécelo á mis zelos.

Lucas.

Eso me parece bien.

Alfonsa.

Mira, hermano....

Lucas.

Ya es enfado.

¿Está el coche aderezado?

Andrea.

Si, señor.

Lucas.

Isabel, ven.

---

(1) *Abrazanse.*

Alfonsa.
Diréle que me engañó,
luego que salga de aqui.

Lucas.
¿Eres su amiga?

Isabel.
Yo sí.

Lucas.
¿Y tú eres su amigo?

Pedro.
Aun no.

Andrea.
Hazlos amigos. ¿Que esperas?

Lucas.
Vuelvan acá. ¿Donde van?

Cabellera.
Déjalos, que ellos se harán
mas amigos que tú quieras.

ESCENA VI.

SALA EN LA POSADA DE CABAÑAS.

Don Luis y Carranza.

Carranza.
Este es Cabañas, señor.

Luis.
¡Desaliñado lugar!

Carranza.
La primer pulga se dice,
que fue de aqui natural.
Aquí han de parar el coche
y la litéra.

Luis.
Es verdad;

y aqui he de hablar á don Lucas.

Carranza.

Yo pienso que llegan ya:
¿Pero qué intentas decirle,
si le hablas?

Luis.

Tú lo sabrás.

Carranza.

¿Tienes zelos de Isabel?

Luis.

He llegado á imaginar,
que si anoche (como viste)
habló conmigo, será
poner manchas en el sol,
buscarla en su honestidad.
Demas, que aquel aposento
en que la hallamos, está
poco distante del otro:
y se pudo acaso entrar
en el, oyendo la voz
de don Lucas.

Carranza.

Es verdad,
que él la sintió cuando tú
la hablabas.

Luis.

Ténte, que ya
llegan todos á la puente.

Carranza.

¿Qué intentas?

Luis.

Tú has de llamar
á don Lucas y decirle,
que un caballero, que está
por huésped de este aposento,

dice, que le quiere hablar.

Carranza

Voy á hacer lo que me ordenas.

Luis.

Con Silencio.

Carranza.

Asi será. *Vase.*

Luis.

Sepa don Lucas de mi
mi amor: sepa la verdad
de mi dolor; que no es bien,
donde tantas dudas hay,
ocultar el accidente,
pudiendo sanar el mal.

ESCENA VII.

Don Luis y don Lucas.

Lucas.

¿Está un caballero aqui,
que me quiere hablar?

Luis.

Sí está.

Lucas.

¿Vos sois?

Luis.

Si, señor don Lucas.

Lucas.

¿Todavia caminais?
¿Vais en mula, ó en camello?
porque desde ayer acá,
cuando os presumo delante,
os vengo á encontrar atras.
¿Qué me queris, caballero,
que un punto no me dejais?

Luis.

Quiero hablaros.

Lucas.

Yo no quiero,
que me hableis.

Luis.

Esperad,
que os importa á vos.

Lucas.

¿A mí
me importa? Pues perdonad;
que con importarme á mí
tanto, no os quiero escuchar

Luis.

¿Y si toca á vuestro honor?

Lucas.

A mi honor no toca tal;
que yo sé mas de mi honra
que vos, ni que cuantos hay.

Luis.

¿Dos palabras no me oireis?

Lucas.

¿Dos palabras?

Luis

Dos no mas.

Lucas.

Como no me digais tres,
lo admito.

Luis.

Pues dos serán.

Lucas.

Decidlas.

Luis.

Doña Isabel
me quiere á mí solo.

Lucas.

Zas.

Mas habeis dicho de mil
en dos palabras no mas.
Pero ya que se ha soltado
tan grande punto al hablar,
deshaced toda la media,
y hablad mas ; ¿ pero qué mas ?

Luis.

Señor, yo miré á Isabel.

Lucas.

Bien pudierais escusar
haberla mirado.

Luis.

El sol,
cuando con luz celestial
sale al oriente divino
dorando la tierra y mar,
alumbra la mas distante
flor, que en capillo sagáz
de la violencia del cierzo
guarda las hojas de azár.

Lucas.

No os andeis conmigo en flores,
señor don Luis, acabad.

Luis.

Digo que adoré sus rayos
con amor tan pertináz....

Lucas.

¡Pertináz! ¿don Luis, quereis
que me vaya ahora á echar
en el pozo de Cabañas,
que en esa plázuela está?

Luis.

Quísome Isabel; que yo
lo conocí en un mirar,
tan al descuido, que era
cuidado de mi verdad;
que quien los ojos no entiende....

Lucas.

Oculista ó Barrabás,
que de Isabel en los ojos
hallasteis la enfermedad,
decidme, ¿cómo os premió?
que aquesto es lo principal,
y no me hableis tan pulido.

Luis.

Premióme con no me hablar.
Pero en Illescas anoche
con ardiente actividad
. . . .
salió á hablarme hasta el zaguan,
y en él me esplicó la enigma
de toda su voluntad.
Dice que ha de ser mi esposa,
y que violentada vá
á daros la mano á vos.
Pues si eso fuese verdad,
¿pòrqué dos almas quereis
de un mismo cuerpo apartàr?
Yo os tengo por entendido,
y os quiero pedir....

Lucas.

Callad,
que para esta y para estotra
que me la habeis de pagar.

Dentro Doña Alfonsa.

¿Está mi hermano aquí dentro?

Lucas.

A esta alcoba os retirad,
que quiero hablar á mi hermana.

Luis.

¿Decidme, en qué estado está
mi libertad y mi vida?

Lucas.

Idos, que harto tiempo hay
para hablar de vuestra vida
y de vuestra libertad.

ESCENA VIII.

Don Lucas, Doña Alfonsa y Don Luis escondido.

Alfonsa.

¿Hermano?

Lucas.

¿Qué hay, doña Alfonsa?

Alfonsa.

Yo vengo á hablaros.

Lucas.

¡Hay tal!
¡Qué de ellos hablarme quieren!
Mas si yo los dejo hablar,
hacen muy bien en hablarme,
y hago en oirlos muy mal.

Alfonsa.

¿Estamos solos?

Lucas

Sí, hermana.

Alfonsa.

Dí, señor ¿té enojarás
de mis voces?

Lucas.

Qué sé yo.

Alfonsa.
Sabes, señor....
Lucas.
No sé tal.
Alfonsa.
Que soy muger....
Lucas.
No lo sé.
Alfonsa.
Yo, señor....
Lucas.
Acaba ya.
Este don Luis y esta hermana
qienso que me han de acabar.
Alfonsa.
Tengo amor....
Lucas.
Tén norabuena.
Alfonsa.
A don Pedro.
Lucas.
Bien está.
Alfonsa.
Pero él no me quiere á mí;
porque amante desleal,
á doña Isabel procura
contra mi fé y tu amistad.
Lucas.
Digo que no he de creerlo.
Alfonsa.
Ya sabes que me dá un mal
de corazon....
Lucas.
Sí señora.

Alfonsa.

Y tambien te acordarás
que en Illescas me dió anoche
un mal de estos.

Lucas.

¿Pues qué hay?

Alfonsa.

Sabrás que el mal fue fingido.

Lucas

¿Y ahora quien te creerá,
si te dá el mal verdadero?

Alfonsa.

Importó disimular;
porque don Pedro, traidor,
juzgando que era verdad,
dijo á Isabel mil ternezas:
yo entonces quise estorvar
su amor con mi indignacion;
y tan adelante está
su amor que aun en tu presencia
la requebró.

Lucas.

Bueno está.

Alfonsa.

Anoche estuve con ella
en su aposento; y pues ya
llegan mis zelos á ser
declarados, tú podrás
tomar venganza en los dos.
Solicita, pues, vengar
esta traicion, que te ha hecho,
contra la fidelidad,
don Pedro.

Lucas.

¡Buena la hice!

¿Mas quién puede examinar
si quiere á don Luis, ó á Pedro?
Pero á entrambos los querrá;
porque la tal Isabel,
tiene gran falicidad.
Mas de lo que estoy corrido,
mas que de todo mi mal,
es, que riñendo por zelos,
los hiciese yo abrazar.
Pero á cual de los dos quiere;
ahora he de averiguar;
y si es don Pedro su amante,
por vida de esta, y no mas,
que he de tomar tal venganza,
y he de hacer castigo tal,
que dure toda la vida,
aunque vivan mas que Adan:
que darles muerte á los dos,
es venganza venial.

Alfonsa.

¿Pues qué intentas?

Lucas en voz alta.

Don Antonio.

Alfonsa.

Sentado está en el zaguan.

Lucas en voz alta.

Don Pedro.

Alfonsa.

Ya entra don Pedro.

Lucas en voz alta.

Doña Isabel.

Alfonsa.

Allí está.

ESCENA IX.

Dichos, don Antonio, doña Isabel, don Pedro, Andrea y Cabellera.

Antonio.
¿Qué me mandais?

Isabel.
¿Qué me quieres?

Pedro.
¿Qué me ordenas?

Lucas.
Esperad.
Cabellera, entra acá dentro.

Cabellera.
Como ordenas, entro ya.

Lucas.
Cierra la puerta.

Cabellera.
Ya cierro.

Lucas.
Dame la llave.

Cabellera.
Tomad.

Lucas.
Don Luis, salid.

Luis. (1)
Ya yo salgo.

Isabel.
Dí, ¿qué intentas?

Antonio.
¿Qué será?

Pedro.
¿A qué me llamas?

(1) *Saliendo de la alcoba.*

Luis.

¿ Qué es esto ?

Alfonsa.

¿ Qué pretendes ?

Lucas.

Escuchad.
El señor don Luis, que veis,
me ha contado, que es galan,
de doña Isabel ; y dice,
que con ella ha de casar ;
porque ella le dió palabra
en Illescas, y.....

Cabellera.

No hay tal ;
que yo en Illescas anoche
le ví, á una puerta llamar,
y con doña Alfonsa habló
por Isabel. ¿ No es verdad,
que tú la sentiste anoche ?
¿ Tú no saliste, á buscar
un hombre con luz y espada ?
Pues él fue.

Luis.

¿ Quién negará,
que tú saliste, y que yo
me escondí ? Pero juzgar,
que yo hablé con Isabel,
no con Alfonsa ....

Alfonsa.

Aguardad :
yo fuí la que allí os hablé ;
pero yo os llegaba á hablar,
pensando, que era don Pedro.

Pedro.

Amor, albricias me dad. *ap.*

Isabel.

¿Lo entendiste?

Pedro.

Sí, Isabel.

Lucas.

Esto está, como ha de estar:
ya está este galan á un lado:
con esto me dejará.
Pues vamos al caso ahora,
porque hay mas que averiguar.
Doña Alfonsa me ha contado,
que traidor y desleal
quereis á Isabel.

Pedro.

Señor.....

Lucas.

Decidme, en esto lo que hay.
Vos me digisteis anoche,
que entrasteis solo á cuidar
por mi honor en su aposento;
conque colegido está,
que de la parte de afuera
lo pudiérades mirar.
Mas: os ha escuchado Alfonsa
ternísimo requebrar,
y satisfacerla amante.

Antonio.

Don Lucas, no lo creais.

Lucas

Yo creeré lo que quisiere;
dejadme ahora, y callad.
Mas: os hablasteis muy tiernos
en Torrejoncillo. Mas:
cuando el coche se quebró
(esto no podeis negar)

tuvisteis un quebradero
de cabeza.

Cabellera.

¡Hay tal pesar! *ap.*

Lucas

Mas: al llegar á Cabañas
(esto fue sin mas, ni mas)
la sacasteis en los brazos
de la litera al zaguan.
Mas: desde ayer á estas horas
os miran de par á par,
cantando á un coro los dos
el tono del ay, ay, ay.
Mas: aquí os hicisteis señas,
mas: no lo podeis negar;
pues muchos mases son estos,
digan luego el otro mas.

Isabel.

Padre y señor....

Antonio.

¿Qué respondes?

Isabel.

Don Pedro....

Antonio.

Remisa estás.

Isabel.

Es el que me dió la vida
en el rio.

Pedro.

Y el que ya
no puede ahora negarte
una antigua voluntad.
Antes que tú la quisieras
la adoré: no es desleal
quien no puede reprimir

un amor tan eficaz?

Lucas.

Calla, primillo, que vive...;
Pero no quiero jurar:
que he de vengarme de ti.

Pedro.

Estrena el cuchillo ya
en mi garganta.

Lucas.

Eso no:
yo no os tengo de matar:
eso es lo que vos quereis.

Pedro.

¿Pues qué intentas?

Andrea.

¿Qué querrá?
Entre bobos anda el juego.

Antonio.

¿Qué haces?

Lucas.

Ahora lo verás.
Vos sois, don Pedro, muy pobre;
y á no ser porque en mí hallais
el arrimo de pariente,
perecierais.

Pedro.

Es verdad.

Lucas.

Doña Isabel es muy pobre;
por ser hermosa no mas,
yo me casaba con ella;
pero no tiene un real
de dote.

Antonio.

Por eso es

virtuosa y principal.

Lucas.

Pues dadla la mano al punto;
que en esto me he de vengar:
ella muy pobre, vos pobre
no tendreis hora de paz.
El amor se acaba luego,
nunca la necesidad;
hoy con el pan de la boda
no buscareis otro pan.
De mí os vengais esta noche,
y mañana, á mas tardar,
cuando almorceis un requiebro,
y en la mesa, en vez de pan,
pongais una fé al comer,
y una constancia al cenar;
y pongais en vez de gala
un buen amor de Milan,
una tela de *mi vida*,
aforrada en *me querrás*:
echareis de ver los dos,
cual se ha vengado de cual.

Pedro.

Señor....

Lucas.

Ello has de casarte.

Cabellera.

Cruel castigo le das.

Lucas.

Entre bobos anda el juego.
Presto me lo pagarán,
y sabrán presto lo que es
sin olla una voluntad.

Pedro.

Hacerme de rogar quiero: *ap.*

Señor:...

Cabellera.

La mano la dá;
no se arrepienta.

Pedro.

Esta es
mi mano. *Danse las manos.*

Isabel.

El alma será,
quien solo ajuste este lazo.

Lucas.

Don Luis, si os quereis casar,
mi hermana está aqui de nones,
y hareis los dos lindo par.

Luis.

En Toledo nos veremos.

Lucas.

Iréme de él, si allá vais.

Cabellera.

Y don Francisco de Rojas
á tan gran comunidad
pide el perdon, con que siempre
le favoreceis y honrais.

Entre bobos anda el juego.

Es muy nueva é ingeniosa la idea de establecer una accion dramática de modo que se desenvuelva progresivamente, y concluya en el discurso de un viage de pocas leguas. Parece que don Francisco de Rojas, al concebir el plan de esta comedia, se propuso directamente justificar con un ejemplo práctico el abandodo de la unidad de lugar, que habian violado todos sus predecesores, procurando convertir este defecto en una belleza. No trataremos de persuadir esta congetura, ni de probar por consiguiente su designio; pero aseguráremos por lo menos que hizo mas verosimil aquella falta, fundando en ella la accion de esta comedia, y aumentando la ilusion con el interés del asunto y la novedad de las situaciones. El espectador toma parte desde las primeras escenas en los amores de doña Isabel y don Pedro, se mezcla por decirlo asi con los interlocutores, se pone con ellos en camino, llega á la venta de Torrejoncillo con don Luis, vé en Illescas todas las situaciones cómicas del segundo acto, cuyas escenas estan llenas de gracia y movimiento; se apea con los caminantes en el campo de Cabañas, y presencia en la posada de este pueblo el desenlace de la fábula, casi sin advertir que le ha conducido mentalmente el poeta en poco mas de dos horas á una distancia de nueve leguas del sitio que ocupa en el teatro. No solo produce este efecto en la representacion, sino tambien en la simple lectura, en donde no se hallan los auxilios de la ilusion teatral; y si Rojas hubiera dispuesto su fábula de forma que se hallasen colocadas las mutaciones de escena al principio de cada acto, su triunfo seria completo en esta

parte, y nada hubiera dejado que hacer á los refundidores que pueden emplearse con gusto en este trabajo.

Ademas del mérito de la originalidad que hemos indicado, tiene el de los caractéres, que son variados y estan bien sostenidos. El personage de don Lucas tiene gracia y novedad. Cabellera pinta su figura y carácter en la escena segunda.

Don Lucas del Cigarral,
cuyo apellido moderno
no es por su casa, que es
por un cigarral que ha hecho;
es un caballero flaco,
demasiado macilento,
muy cortísimo de talle
y larguísimo de cuerpo:
las manos de hombre ordinario,
los pies un poquillo luengos,
muy bajos de empeine y anchos,
con sus juanetos y pedros;
zambo un poco, calvo un poco,
dos pocos verdimoreno,
tres pocos desaliñado
y cuarenta muchos puerco &c.

El de don Luis, en que pinta Rojas un amante importuno y afectado, está bien descrito en la escena primera por Andrea y doña Isabel.

Andrea.

Pero ese chisgaravís,
ese tu fino don Luis,
galan de tapa de espejo;
ese que habla á borbotones,
de su prosa satisfecho;

que en una horma le han hecho
vocablos, talle y acciones,
¿ qué es lo que de tí ha intentado ?

Isabel.

Ese hombre me ha de matar.
Ha dado en no me dejar
en casa, calle ni prado
con una asistencia rara.
Si á la Iglesia voy, allí
oye misa junto á mi;
si pára el coche, él se pára;
si voy á andar, yo no sé
como allí se me aparece;
si voy en silla parece
mi gentil hombre de á pie.
Y en efecto, el tal señor,
que mi libertad apura,
visto es muy mala figura,
pero escuchado es peor. &c.

El estilo es generalmente gracioso, aunque algunas veces degenera en bufon y chocarrero. La versificacion es buena, pero conceptuosa en demasía cuando el poeta trata de espresar la pasion del amor. Véanse los diálogos entre don Pedro y doña Isabel.

Del mismo gusto son los versos largos en donde refiere don Pedro á Cabellera la historia de sus amores y pinta á doña Isabel cuando la vió bañándose en el río. Casi la misma descripcion se halla en don Juan de Jauregui al principio de la silva titulada *Acaecimiento amoroso*: pero de otro mérito en el estilo y la versificacion. No podemos negarnos al gusto de copiarla, aunque parezca ageno de nuestro propósito, para amenizar á lo menos el fin de nuestro examen.

En la espesura de un alegre soto,
que el Betis baña, y de su fertil curso
cobran verdór los sauces acopados;
donde el ocioso juvenil concurso,
la soledad siguiendo y lo remoto,
logra de amor los hurtos recatados,
aqui prestar alivio á mis cuidados
pensé yo triste un dia,
porque la Ninfa mia
vi que emboscada, y de recelo agena,
ya el cinto desceñido,
sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
manifestando al cielo
de su desnuda forma la belleza;
luego á las puras ondas con presteza
la vi correr dó el cuesno delicado
sintió del agua de repente el yelo,
y suspendió su brio;
viéndose en la carrera salteado
con líquidos aljófares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
cubriendo de los húmedos cristales
toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
sola mostraba de su rostro bello,
tal con ligeros saltos paseaba
la orilla, y en sus frescos arenales
sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo en tan alegre vista embebecido,
y en los tejidos ramos escondido,
al cielo con el alma agradecia
mi desigual ventura,
y el recatado labio no movia. &c.

DON DIEGO DE NOCHE.

PERSONAS.

El Príncipe de Aragon.
El Conde de Urgel.
Leonora su hermana.
Don Fernando.
Don Carlos su hijo.
Lucinda su hermana.
Don Bernardo.
Don Diego de Mendoza.
Lope, su criado.

Febo. . . .
Ramiro. . .
Celio. . . . } criados.
Liseo. . . .
Lucrecio . .

Flora, criada.

La escena es en Zaragoza.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Calle.

El Conde y don Bernardo.

Bernardo.
Cuando hay segura amistad
justamente se confia.
Conde.
Con este engaño querría
conquistar la voluntad.
Bernardo.
Si sabes la que te tiene
el Príncipe de Aragon,
vanos los engaños son.
Conde.
Aumentarla me conviene,
y si ambicion te parece
querer agora aumentalla,
por lo menos conservalla,
justa disculpa merece.
No da al capitan la gloria,
don Bernardo, el conquistar,
sino es saber conservar
la gloria de la victoria.
Quiéreme el Príncipe bien;
pero con esta ocasion
conservaré la opinion,
y la esperanza tambien.
De la industria no te espantes,

que el amor donde hay poder,
como el mar, suele tener
sus crecientes y menguantes.
El quiere perdidamente
á Lucinda de Aragon;
no es casamiento, aunque son
deudos; porque no es decente
que dentro del reino case,
que en lo demas le igualára:
ella, que en su honor repara,
de que se hiele, ó se abrase,
tiene muy poco cuidado,
y así el Príncipe zeloso,
ronda esta calle animoso,
de que ha de hallar confiado
la causa porque la deja.

Bernardo.

¿Y hay causa?

Conde.

De ageno amor
ninguna, solo su honor
este desden le aconseja.
Con esto, tengo pensado
fingir que hay causa, por quien
le deja, y hacer tambien
que fueses tú disfrazado
quien le salga á acuchillar
con dos criados leales;
pues que tú los tendrás tales
que esto les puedas fiar.
Yo, que escondido estaré,
saldré á ponerme á su lado,
huireis todos con cuidado,
de que el Príncipe me dé
por autor de aquella hazaña,

y por cuya valentía
en la confianza mia,
pues en esto á nadie engaña,
ponga su amor y secreto,
y llegue yo á tal lugar,
que venga Aragon á estar
á mis intentos sujeto;
que el que tuviere con él,
ese tendrás tú conmigo.

Bernardo.

Tú sabes que soy tu amigo,
y que te he sido fiel.
De tu intento, Conde, estoy
advertido á dos criados
tengo leales y honrados,
de quien deudo, y dueño soy,
á quien daré de esto parte.

Conde.

Pues parte y diles mi intento,
y como es mi pensamiento,
Bernardo, alcanzar por arte
lo que niega la fortuna.

Bernardo.

¿A qué hora viene aquí?

Conde.

El suele decirme á mí
que entre las doce y la una.

Bernardo.

Yo voy.

Conde.

El cielo te guie.

Bernardo.

Tu dicha el cielo previene.

Conde.

¡Dichoso el hombre que tiene

un hombre de quien se fie.!

ESCENA II.

El Conde, el Príncipe y Celio.

Príncipe.

Vete, Celio, que se enoja,
Lucinda, de que á su puerta
venga con gente.

Celio.

Ella acierta;
porque lo que mas despoja
á una dama de su fama,
es publicar sus amores
el galan.

Príncipe.

Pocos favores
publicaré de mi dama.

Celio.

No estaré lejos de aqui,
por si llama Vuestra Alteza.

ESCENA III.

Dichos, menos Celio.

Príncipe.

Desdén con tanta belleza,
¿qué quieres hacer de mí?
¡Ay ventanas! cuando os veis
del sol, puertas de zafiros,
si de mil dulces suspiros
las rejas enterneceis,
¿por qué no decís que veis
mis ojos hechos aurora?
pues ella por verle llora,

y ellos al contrario; al cielo
hasta que rompiendo el velo,
los pies de la noche dora.
Huya de mi sol Lucinda
esta noche artificial,
que la noche natural
no quiero que se le rinda;
que su luz hermosa y linda
no saldrá, si coronado
de luz, sale el sol prestado
al cielo desde sus ojos,
donde yace por despojos
la noche de mi cuidado.
¿De qué me sirve el poder,
si no puedo lo que quiero,
y en lo que quiero, no espero
que pueda mas de querer?
Mas si querer es hacer
lo mas que puede el valor,
yo quiero que tu rigor
pueda en mí lo que quisiere;
pues harto puede, quien quiere
sufrir cuanto puede amor.

Conde.

Notables quejas, suaves *ap.*
suspiros; lástima es ver
que tenga amor tal poder
hasta en los hombres mas graves:
Lucinda sale, yo quiero
esconderme hasta que venga
don Bernardo, porque tenga
principio el favor que espero:
que al ingenio muchas veces
se ha rendido la fortuna.

Principe.
Los marcos dan luz alguna;
¡ay dulce sol, si amaneces!

ESCENA IV.

El Principe y Lucinda.

Lucinda.
¿Es vuestra Alteza?
Principe.
Yo soy,
y no me llames así,
que ya no hay Alteza en mí,
despues que á tus pies estoy.
Lucinda.
¿Quién viene con vos?
Principe.
Señora,
el elemento del fuego,
un niño, un gigante, un ciego,
un Argos que vela agora;
una salamandra ardiente,
un áspid entre las flores,
que es sobre varias colores,
Camaleon transparente.
Un Fenix que muere y nace
de sí mismo; una Sirena,
que canta y mata; una pena,
que atormenta y satisface;
un animoso temor;
pero puesto que os asombre,
si quereis saber su nombre,
sabed que se llama amor.
Lucinda.
Bien pareceis, gran señor,

pues aunque os tengo avisado,
venís tan acompañado.

Principe.

Pues con todo cuanto os digo,
vengo tan solo, que sigo
la sombra de mi cuidado;
que de mi amor los efectos
son interior compañia,
aunque á tenerla de dia
los Reyes estan sujetos.

Lucinda.

¿Pues es de dia?

Principe.

En secretos
rayos del sol para mí,
que en vuestros ojos le ví.

Lucinda.

¿En fin, estais solo?

Principe.

Amor
está conmigo.

Lucinda.

Mi honor
me obliga que os hable asi.

ESCENA V.

Dichos, don Diego, y Lope de camino.

Diego.

Las postas fue muy bien hecho
que á la puerta se quedasen.

Lope.

Sí, pero no que llegasen
á las horas que sospecho.

Diego.

¿En qué lo ves?

Lope.

En no ver
tienda abierta en Zaragoza,
meson de huésped, ni moza.

Diego.

No sé qué habemos de hacer,
que no me está bien llegar
con alboroto.

Lope.

No siento
lo que es el alojamiento;
pero quisiera alojar
la panza si hubiera donde.

Diego.

Eso es imposible ya.

Lope.

La noche ¿qué no podrá?
Todo lo encierra y lo esconde.

Diego.

Llaman ausencia del dia
á la noche.

Lope.

Bien dijeron,
pues sus sombras se atrevieron
á la falta que él hacia.

Diego.

El silencio y soledad
de la noche son efectos.

Lope.

Pasteleros recoletos
son los de aquesta ciudad;
sustento tan socorrido
no se habia de esconder

hasta el alba.

Diego.

Si comer
quieres de lo que he traido,
Lope, aquí en la faltriquera,
eso puedo darte.

Lope.

¿Y es?

Diego.

Confites

Lope.

No me los dés:
pesar de un pie de ternera
con un ajo castellano.
¿Yo confites? ¿soy ardilla?

Diego

Mira que son de Castilla.

Lope.

¡O confitero inhumano!
Cómalos un gran señor
despues de treinta capones,
por quitar imperfecciones
al gusto con limpio olor.

Diego.

Lo dulce es muy alabado.

Lope.

Pues que lo coma el Sofí;
un capitan conocí
que no recibió soldado
que supiese que en su vida
comió confites.

Diego.

¿Porqué?

Lope.

Porque se sabe que fué

Lope.

Picar
con el diablo. ¿ Soy jalea ?
¿ soy pastel ? ¿ soy manjar blanco ?
¿ soy pierna de pobre ?

Diego.

Advierte,
que anda gente.

Lope.

De esa suerte
la de me fecit arranco.

Lucinda.

Gente suena, y no es razon
que sepan con quién hablais.

Principe.

¿ Zelos del temor me dais ?

Lucinda.

No hay burlas con la opinion.

ESCENA VII.

Dichos, menos Lducina.

Febo.

Gente he sentido: sin duda
es el Conde.

Bernardo.

Meter mano. (1)

Principe.

No me recelaba en vano:
si aquí el valor no me ayuda,
traidores me han de acabar,
que son traidores los zelos.

---

(1) *Pónense máscaras.*

Bernardo.

Matarle, llegad

Diego.

¡Ay cielos!

Principe

Nadie se dejó matar.

Diego.

Y mas teniendo á su lado
un hombre de bien.

Lope.

Y aun dos.

Febo.

De veras riñen, por Dios.

Bernardo.

El Conde nos ha engañado. (1)

ESCENA VIII.

El Principe, don Diego, Lope y el Conde.

Conde.

¿Qué es esto? ¡Sin que yo venido hubiere
al Príncipe acomete don Bernardo!

Principe.

Dejadlos, caballero, que me importa
no ser en esta calle conocido.

Conde.

Gente sin duda, el Príncipe ha traido.

Diego.

Haré lo que mandais, pues ya sospecho,
que de alguna persona el honor causa
que no acabeis la comenzada empresa.

Conde.

Erré el suceso; ¡Oh industria, cuantas veces

(1) *Huyen los tres del Principe y de don Diego.*

resnltas en mas daño de tu dueño!
Volverme quiero, que será mi muerte
si me reconociesen en la calle.

ESCENA IX.

Dichos, menos el Conde.

Principe.

A lo que muestra el hábito y el talle,
pareceis forastero, caballero.

Diego.

En este punto llego á Zaragoza,
y fue dicha llegar en este punto,
porque sin duda os matan, si no llego.

Principe.

Téngolo por sin duda, que soy hombre
que sin resolucion tan atrevida
no vinieran con máscaras de zelos:
yo sirvo en esta calle á cierta dama,
que su desden encubre con su fama;
no corresponde á mis obligaciones
que dice que no quiere en opiniones
su honor; y para mí miente, pues veo
que el dueño, como veis, de su deseo,
viene á matarme, siendo yo; ¿qué dudo
de hablar con vos, á quien la vida debo?
siendo el Príncipe yo.

Diego.

Dábame el alma
mil señas del valor de Vuestra Alteza,
que las tinieblas de la oscura noche
querian encubrir á mi ignorancia.
Dadme esos pies mil veces.

Principe.

Con los brazos

honrar es justo los valientes vuestros.
Ya que sabeis quien soy, y que os prometo
no ser ingrato á beneficio tanto,
decidme vos quien sois.

Diego.

Si Vuestra Alteza
la palabra me dá de no decirlo,
hasta que estén mis cosas en estado
que pueden dar la cara descubierta,
sabrá quien soy, y mis desdichas.

Principe.

Digo
que con la obligacion de vuestro amigo,
si la de ser quien soy no basta, juro
de tener en secreto vuestro nombre.

Diego.

Pues en tan justa confianza, oidme.

Principe.

Imitaré la noche en el silencio.

Lope.

Y yo entre tanto en este humbral tendido
quiero probar que un hombre que ha corrido
la posta, y llega el parche desollado
puede dormirse sin haber cenado.

Diego.

Heróico Príncipe, en quien
el alto cielo atesora
las grandezas y virtudes,
que un real sugeto adornan,
vos, que habeis de dar mas nombre
y escelencia mas famosa
á la casa de Aragon,
que sus insignes victorias,
sabed que para serviros
soy don Diego de Mendoza,

deudo de familia ilustre,
de la banda verde y roja.
De la montaña á Castilla
vine con edad tan poca,
que fuí menino del Rey
que hoy con su llave me honra.
Fue mi egercicio la caza,
gran tiempo, y en las frondosas
selvas, mi vida mas libre
que el viento rey de las ondas.
Allí las aves andaban
de mis tiros temerosas,
y las fieras de mis armas
trepando las altas rocas.
En la orilla del Pisuerga
pasaba las tristes horas
de los juveniles dias,
que la mejor sangre gozan.
Otras veces á la espada
negra, acompañada ó sola,
enseñaba el fuerte brazo,
que tanto al que es noble importa.
Vineme á hacer tan robusto,
que no volviera pelota
que yo sacára, Roldan;
asi volaba furiosa.
Pues en las cañas, la mia
de manera el aire azota,
que la tuvieran por ave
las celestes claraboyas.
En la arrugada cerviz
de los toros de Zamora,
vió Valladolid mil veces
cuchilladas tan airosas,
que las arenas sangrientas

alcanzaron con la boca,
como otras veces la yerva
del Duero en la verde alfombra.
No sabia en este tiempo
si amor era pena ó gloria,
si era alegria ó tristeza,
si era descanso ó congoja,
si era voluntad ó fuerza,
si era antídoto ó ponzoña,
si era enemigo ó amigo,
si era fábula ó historia.
Pero por tomar venganza,
si de los libres la toma,
previno el arco, imitando
la que á ninguno perdona.
Nació un Príncipe en Castilla,
en cuyas fiestas dichosas,
una sortija mantuvo
el claro Marques de Astorga.
Salí galan de encarnado,
con mil armiños por orla,
todo el campo del vestido
narcisos de plata bordan.
Blanco un hermoso caballo,
que de la clin á la cola,
pienso que estuvo del arte
naturaleza envidiosa.
Llamábase pensamiento,
nombre que su intento abona,
porque en la color y el vuelo,
pensó que era garza hermosa.
Dábanle mayor belleza,
aunque era estremo de todas,
guarniciones encarnadas,
llenas de perlas y aljofar.

Llevé en un dorado carro,
con una palma y corona,
á la libertad triunfando
del amor, las flechas rotas.
Atados iban los zelos
con la ausencia peligrosa,
el desprecio y el desden
con grillos y con esposas.
Gánele al mantenedor,
por mejor lanza una joya;
díla á una dama del Rey,
de la casa de Cardona;
agradecióme otro dia
el servicio, y de una y otra
palabra, fue amor pasando
su venganza rigorosa.
Tracé escribirla un papel,
no porque el amor le nota;
mas por parecer discreto,
que hay arrogancias en prosa.
Respondióme, y fue creciendo
la amistad, hasta que toda
el alma, hasta allí cobarde,
en el mar de amor se engolfa.
Apenas vine á quererla,
cuando de ella se enamora
Nuño de Zúñiga, un hombre
de grande y gentil persona,
Trece del órden ilustre
de la insigne espada roja,
hombre estudioso en la guerra,
Pirro en Grecia, Héctor en Troya.
Los zelos que llevé á todos,
el amor desaprisionan
tanto, que estuve á sus pies;

asi se truecan las cosas.
Cayósele del marfil
de la mano, á esta señora,
en un jardin cierto dia
un guante, cogiendo rosas.
Corrimos juntos, yo, y Nuño
á alzarle; su furia loca
fue tal, que me derribó
sobre una fuente, que agora
no mormurára de mí,
como á ver el campo corra,
á donde sus vidrios puros
trocó por sangrientas olas.
El Rey volvió la cabeza,
la risa le fué forzosa,
los deudos se alborotaron;
solo amor no se alborota.
Fuíme, y escribile á Nuño,
que le espero á las diez horas
en el Prado de la Santa,
que á serlo á tantas provoca.
Vino Nuño, y vino solo,
y apenas miró mi sombra,
cuando sacando la espada,
la capa en el brazo dobla.
Contarte aquesta pendencia,
era aguardar, que la aurora
se hallase donde te cubres
de la noche perezosa.
Basta saber que á los brazos
llegamos, porque socorra
mi honor, derribando á Nuño,
caida tan afrentosa.
Maté á Nuño con la daga,
por donde faltó una cota

que traia, y con mis zelos
murió tambien mi deshonra.
Por tomar mi capa entonces,
tomé la suya; responda
por mi turbacion el caso,
donde mas ánimo sobra.
Fuíme á la cena del Rey,
por disimular, mas vióla
con la cruz dos ó tres veces:
yo, por ver que mira y nota,
bajo los ojos y veo
la capa de Nuño, y gotas
de sangre por muchas partes;
y allí la cruz, de la forma
que en las esquinas la ponen
para trágica memoria,
en letras que de ella informan,
«aqui mataron un hombre»;
que era probanza notoria.
Viendo la inquietud del Rey,
con turbacion vergonzosa,
cubrí la cruz á las achas,
que ya alumbraban todas;
y antes que el Rey se acostase,
camino de Zaragoza
tomé lo posta, que salva,
mejor que el ruego, la posta.
Llegué donde tengo á dicha
que aun mismo tiempo conozcas,
mi historia de mis palabras,
y mi valor, de mis obras.

Príncipe.

Don Diego, no pudiera encarecerte,
sino pensára ser agradecido,
el gusto que me ha dado conocerte,

y el ver que á nuestro reino hayas venido;
mi obligacion de esta verdad te advierte
y el ser quien soy, y así te ruego, y pido,
vengas conmigo, que es gastar razones
principios de negar obligaciones.
Dos hijos tendrá el Rey, y yo un hermano.

Diego.

Señor, perdonareis mi atrevimiento,
que aquí no he de ser visto de hombre humano,
porque me importa cierto pensamiento.

Principe.

¿Qué dices?

Diego.

Que me deis, señor, la mano,
porque en amaneciendo, daré al viento
velas en postas, por el mar airado
de mi temor, que corre mas sagrado;
que aunque es verdad de vos seguro fuera,
no quiero que los deudos, grandes todos,
de Nuño, busquen la ocasion primera
para matarme con injustos modos.
Es la venganza bárbara tan fiera,
que los ejemplos griegos, persas, godos,
romanos, y españoles, con mil voces
muestran al que agravió casos atroces.
Yo me quiero partir á Barcelona,
y de allí á Italia, con licencia vuestra.

Principe.

¿Pues para estar secreto, no me abona,
sino el poder, la diligencia nuestra?
Para solo esconderse tu persona
de la venganza en invenciones diestra
¿no tendrá Zaragoza mil sagrados?
¿no hay guardas, no hay defensas, no hay soldados?

Diego.

No niego que pudieras defenderme;
pero para mejor asegurarme,
me importa de las lenguas esconderme,
que pueden con las plumas declararme;
si me has de hacer merced, si quieres verme,
déjame á mí de mi temor guardarme;
que en Zaragoza viviré escondido
sin ser de ningun hombre conocido.

Príncipe.

¿Pues cómo te veré, si ya obligado,
tu amigo soy?

Diego.

En este mismo puesto,
todas las noches.

Príncipe.

Quedo confiado,
que tu palabra cumplirás en esto.

Diego.

Seguro puedes ir.

Príncipe.

Llama al criado.

Diego.

¿Lope? ¿Ah Lope?

Lope.

¿Qué necio tan molesto
despierta á los cristianos á esta hora?

Diego.

Mira que sale ya la blanca aurora.

Lope.

¡Oh pesia á los poetas, que inventaron
aurora ó calabaza! ¿No pudieran
pasarse sin su aljofar?

Diego.

Mira, loco,

que está su Alteza aquí.

Lope.

Perdona al sueño,

que suele ser de los sentidos dueño.

Principe.

Venga conmigo Lope, porque quiero
que no le falte en Aragon dinero.

Diego.

Los dos hasta la puerta de palacio
iremos siempre que á esta calle vengas;
pero pasar de allí, no lo permitas.

Principe.

No sé que pensamientos solicitas.

Lope.

Déjame á mí tomar, si tú no quieres.

Diego.

Deja, Lope, el tomar á las mugeres.

Lope.

Bien dices, tomaré por tu consejo,
pues la necesidad está escusada;
con ser muger buscona y pedigüeña,
que espuso en escribir, y en pedir dueña.

ESCENA X.

SALA EN CASA DEL CONDE.

Doña Leonora y don Bernardo.

Leonora.

Esta noche no ha venido
el Conde mi hermano.

Bernardo

Ha dado

en zeloso y desvelado
de cierto desden perdido.

Leonora.
No me puedo persuadir
que mi hermano quiera bien.
Bernardo.
Yo lo pensaba tambien;
mas no puedo atribuir
su inquietud, sino es á amor.
Leonora.
El del Príncipe será.
Bernardo.
Ese bien pagado está
de su privanza y favor.
Leonora.
¿Y vos, soisle muy fiel?
Bernardo.
No sé. Leonora, por Dios,
querria privar con vos,
ya que no privo con él.
Leonora.
Yo estimo, como es razon,
los amigos de mi hermano.
Bernardo.
No lo dire yo, que en vano
tuve un tiempo esa opinion.
Leonora.
El viene.

ESCENA XI.

Dichos, y el Conde.

Conde.
Agora diré
que amanece, pues aquí
hallo á Leonora.

Bernardo.

¿Y de mí,
que es lo que diré?

Conde.

No sé,
mientras que no os hablo aparte;
pues ya debeis de saber,
que para echarme á perder,
vos solo fuérades parte.

Bernardo.

¿Si ví por la esquina gente,
que habia de imaginar?

Conde

¿Si yo no os llegaba á hablar,
no fue cosa impertinente,
arrojaros de aquel modo?

Bernardo.

Ya es hecho; ¿qué se perdió?
demas, que imagino yo
que fue prevenido todo,
y que el Príncipe tenia
criados, y tan honrados,
que han herido á mis criados;
pues uno entre ellos venia,
qué desde que yo nací
no he visto mejor espada.

Conde.

En la ocasion mas honrada
crédito y honor perdí.
Volvamos á hablar, Bernardo,
á Leonora, que no es bien
que nos entienda, pues quien
anoche fue tan gallardo
supo gozar la ocasion.
¿Pues, Leonora, qué has pensado

de verme tan desvelado?

Leonora.

Que agenos cuidados son;
y si vá á decir verdad,
menos dentro te querria,
que el descanso no se fia
tal vez de la magestad.

Conde.

Yo sirvo, y debo servir
con lealtad.

ESCENA XII.

Dichos y Liseo.

Liseo.

Aquí ha llegado
un hombre harto bien tratado,
y que acaba de venir
de Castilla.

Conde.

¿Qué me quiere?

Liseo.

Darte una carta

Conde.

Entre pues.

ESCENA XIII.

Dichos, Don Diego y Lope.

Diego.

Dadme, señor, vuestros pies.

Lope.

Aquí será bien que espere.

Diego.

Del Almirante, señor,
es esta carta.

Conde.

¡Mostrad.

Diego.

Yo he venido á esta ciudad
en fé de vuestro favor:
déme vuestra señoría
los pies.

Conde.

No esteis de ese modo.

Lope.

¡O qué bien que se hace todo *ap.*
lo que la fortuna guia!

Conde.

Lee. *A Don Juan de Guzman, mi camarero, por no casarse desigualmente, le fué forzoso dejar á Castilla. Pidióme esta carta con deseos de servir á vuesñoria, á quien suplico honre en su casa con el oficio que fuere servido, pagándole á él esta voluntad, y á mi la confianza con que se lo suplica.*

¿Sois vos don Juan de Guzman?

Diego.

Si señor.

Conde.

Aquí tendreis
mi casa, que mereceis
mayores cosas, don Juan,
por vuestra misma persona,
sin otro ageno favor.

Diego

No en balde, invicto Señor,
por luz de aquesta corona
allá os publica la fama.
Ni quiero yo mas honor
que servir tan gran Señor.

Conde.
Ola, al mayordomo llama,
y haz que le den aposento
conforme á su calidad.
Diego.
Señor, á tanta humildad,
vos le dais merecimiento.
Conde.
Hermana, yo voy á ver
si el Príncipe se levanta.
Diego.
No podré yo merced tanta
en mi vida agradecer,
ni á mi fortuna, ni á vos.

ESCENA XIV.

Dichos menos el Conde y don Bernardo.

Lope.
¿Hizo la carta fingida
efecto?
Diego.
De nuestra vida
está el remedio en los dos.
Leonora.
¿Don Juan?
Diego.
¿Señora?
Leonora.
Escuchad.
¿En la corte habeis vivido?
Diego.
Allí, señora he servido
la flor de mi verde edad,
aunque sirviendo se goza

lo poco que ya sabeis.

Leonora.

¿Quién duda que conoceis
á don Diego de Mendoza,
un caballero sobrino
del duque del Infantado?

Diego.

Confieso que me he turbado. *ap.*

Leonora.

¿Qué estais pensando?

Diego.

Imagino
la causa porque quereis
saber de ese caballero.

Leonora.

Hay aqui cierto escudero,
que vos no le conoceis,
que en Castilla le servia:
este en cualquiera ocasion
habla con tanta pasion
de su talle y valentía,
que al principio me cansaba,
y despues me aficionó.

Diego.

¿Y está aquí?

Leonora.

Ya se partió
á una aldea donde estaba
por dueño de una heredad
que mi hermàno tiene allí.

Diego.

¿Oyes esto?

Lope.

Señor, si.

Leonora.

Quiero saber si es verdad
lo que cuenta de don Diego
este escudero.

Diego.

Señora,
á quien preguntais agora
está de su amor tan ciego,
que os dirá cosas estrañas;
pero para que creais
que á todos cuantos hablais
os alaban sus hazañas,
llamad ese criado mio,
hombre del vulgo, y vereis
las cosas que del sabeis.

Leonora.

Aunque de vos las confio,
holgaré de hablar con él
para tener mas testigos.

Diego.

¿ Nuño ?

Lope.

¿ Señor ?

Diego.

Mi señora
te quiere hablar.

Lope.

Ya subimos
desde el caballo al estrado.

Leonora.

¿ Nuño ?

Lope.

¿ Señora ? ¿ Qué Obispo *ap.*
me confirmó ? ¿ No era yo
Lope no há un hora ?

Leonora.

He querido
preguntarte, si es verdad
por mil cosas que me han dicho,
si don Diego de Mendoza....

Lope.

¿Qué es esto?

Leonora.

Advierte: ¿el sobrino
del Duque del Infantado,
es el mas galan que ha visto
Castilla, y el mas valiente
caballero que ha tenido
Granada, y el mas amado
de las damas?

Lope.

En mil siglos
no ha visto el tiempo algun hombre
de mas partes; si Narciso,
como las fábulas dicen,
se enamoró de sí mismo,
y en el cristal de tus ojos
se viera don Diego, digo,
que fuera verdad y historia;
no porque don Diego es lindo,
mas porque del pie al cabello
naturaleza le hizo
hombre sin defecto alguno;
solo dicen que era tibio,
mugeres que despreciaba.
Esto no puedo decillo,
porque casos semejantes,
no son como otros delitos,
que aqui verán las puñadas.

Leonora.

No eres necio.

Lope.

Ha dias que sirvo
con hambre y necesidad.

Leonora.

¿Don Juan tu amo, no es rico
conforme á su calidad,
y á las prendas de su oficio?

Lope.

No señora.

Leonora.

¿Pues por qué,
siendo tú ingenioso y vivo,
no le buscas?

Lope.

Ya se ofrecen
algunos mancebos ricos;
pero mas quiero á don Juan
pobre con tan buen juicio;
que sufrir un ignorante.
Oye un cuento... ¿Mas qué digo?
ya se acabaron los cuentos,
que como algunos divinos,
de oir estudios agenos,
estan cansados y ahitos,
no quieren cuentos; ya dicen
que les den concetos vivos,
y pásensele por alto
tantos sutílmente escritos;
que he visto yo cierta pluma
borrar lo que está bien dicho,
temiendo que no ha de ser
de estos sabios entendido.
Verdad es que lo son muchos

que escuchan agradecidos,
que como sabios entienden,
perdonan como benignos,
defienden como hombres nobles,
favorecen como amigos,
disculpan como quien pueden
errar; que todos nacimos
hombres, y no siempre el hombre
es tan Fenix en su oficio
que no pueda errar en algo;
pues aun en el cielo empíreo
hubo yerros en criaturas,
que Dios tan hermosas hizo,
hasta que los confirmó
en gracia que no tuvimos,
confirmada, los que andamos
en el cielo peregrinos.
Volviendo, en fin, á don Diego
de Mendoza, de él te afirmo
que no ha nacido en Castilla
caballero tan bien quisto.
Don Diego no es de los hombres,
que hablando con artificio,
á quien los escuchan matan
con vocablos esquisitos.
Tiene un claro entendimiento,
fundado, libre, distinto
del vulgo, con que á quien habla
agrada en términos lisos.
Las galas se aprenden de él,
no impropias, porque vestido
con igualdad, deja al cuerpo
lugar al honor y al brio.
Tiene en la guerra y la paz,
señora, tal ejercicio,

que con las armas es Marte,
y con las galas Narciso.
Puesto á caballo, parece
de los que un tiempo los Indios
pensaron que eran un cuerpo;
asi van los dos unidos.
Dirás que el caballo tiene
brazos de hombre, y por lo mismo
que el hombre pies de caballo,
que no son cuerpos distintos.
Y asi entiende el animal
quien vá en el; que piensa altivo,
que ya es hombre y no caballo
y ser de un parto nacidos.
¿No has oido que en el cielo
hay una figura, ó signo,
que se llama Sagitario?
pues es su retrato al vivo.
¡Ay del toro que probar
su espada atrevida quiso!
la cerviz con cuera de ante,
es como armarse de vidrio.
¿Pero para qué te canso
con rudo ingenio atrevido
á las partes de don Diego?
Forme tu ingenio divino
un hombre en su entendimiento
á prueba de los sentidos,
que ese es don Diego, y quien es
de tales pinceles digno.

Leonbra.

Mas ciegos estais los dos
de la aficion de don Diego,
que quien yo dije. Amor ciego, *ap.*
¿cómo sois monstruo y sois Dios?

¿Que pueda tanto la fama
de un hombre, y la inclinacion
de las estrellas, que son
la mayor fuerza en quien ama?
¿Que quiera lo que no ví,
y que le pinte de modo,
que le mire el alma todo
y esté retratado en mí?
¿A quién habrá sucedido
cosa mas noble y estraña,
la imaginacion engaña,
al amor, y él al sentido.
Con esto tengo á ventura,
que sirva al Conde don Juan,
que él y Nuño me dirán
esto que el alma procura.
Con ellos descansaré
de este pensamiento loco.

Diego.

¿Lope? *ap.*

Lope.

¿Señor?

Diego.

Yo sé poco,
ó aquí hay amor.

Lope.

Y yo sé
que la fama bachillera,
que es como los habladores,
que hacen las cosas mayores;
te ha pintado de manera,
que aquesta muger te adora.

Diego.

¡Por cuán estraño camino
trae á un hombre su destino,

como á mí me trajo ahora!

Lope.

¿Qué piensas hacer en esto?

Diego.

Lo que quisieren los hados,
que no quieren ser osados
en lo que tienen dispuesto.
Ya que vivo en Aragon,
y con el Conde de Urgel,
haré sagrado con él
á tanta persecucion;
y con Leonora su hermana,
de doña Ana á la belleza.

Lope.

¿No hizo naturaleza
mas belleza que en doña Ana?
¿qué falta á doña Leonor?

Diego.

Tienes razon; mas si aquí
soy su criado, ¿de mí
como ha de entender mi amor?

Lope.

El tiempo te ha de enseñar
el modo que hás de entender.

Diego.

Pues si el tiempo lo ha de hacer,
demos al tiempo lugar.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Si acaso
puede tu conocimiento,
buscando alguna ocasion,

escribir á este don Diego:
¿no veria yo siquiera
carta y letra suya?

Diego.

Tengo
con él tan grande amistad,
que voy á escribirle luego;
porque al despedirme de él
me dijo: «En llegando, os ruego
«que me escribais á Castilla
«vuestra salud y sucesos.»

Leonora.

Para mas seguridad,
haz que lleve Nuño el pliego,
que yo le daré en que vaya
con regalo y con dineros.

Lope.

¿Qué te dice? *ap.*

Diego.

¿Quieres tú
que vaya á escribir?

Leonora.

Deseo....
si te digo la verdad...
que los dos...

Diego.

Prosigue.

Leonora.

Temo....

Diego.

Caballero honrado soy.

Leonora.

Pues porque eres caballero
te digo, que si por tí
comunicarnos podemos,

don Diego y yo, serás tú
mi secretario, y mi pecho,
y el dueño de cuanto soy.

Diego.

Tú, señora, eres mi dueño.

Leonora.

Vé á escribir.

Diego.

Voy,

ESCENA XIV.

Leonora y Lope.

Leonora.

Nuño, escucha.
¿No irás, por servirme en esto,
con diligencia á Castilla?

Lope.

Señora, iré tan ligero,
que parezca que es pesado,
si corre á mi lado el viento.
Demas, de que ir á Castilla,
es de mi gusto; el provecho
de servirte estimo en tanto,
que á ser cometa me atrevo,
que encendida en Aragon
llegue á Castilla tan presto,
que apenas los que caminen
vean por el aire el fuego.

Leonora.

¡Ay qué olvido!

Lope.

¿Cómo olvido?

Leonora.

¿No fuera bien que primero

le preguntára á don Juan,
si está casado don Diego?

Lope.

¿Pues eso no lo sé yo?

Leonora.

¿Cómo?

Lope.

En cierto casamiento
ha tenido diferencias
con algunos caballeros,
y aun creo que á uno hirió.

Leonora.

¿Luego no se hizo?

Lope.

Pienso
que por zelos lo ha dejado.

Leonora.

¡Ay, Nuño amigo, si hay zelos
no puede ser sino amor!

Lope.

Yo pienso que eran conciertos,
porque nunca oí decir
que amase á nadie don Diego.

Leonora.

¿Por qué?

Lope.

Porque fue de todas
tan amado, que sospecho
que traia en la eleccion
confuso el entendimiento.

Leonera.

¿Engáñasme?

Lope.

No por Dios.

ESCENA XV.

Dichos y don Diego.

Diego.

Ya escribí.

Leonora.

Lee.

Diego.

Ya leo.

Hoy he llegado á Aragon,
y hoy, señor don Diego, escribo;
que para serviros vivo
en tanta persecucion.
La carta del Almirante,
ha sido tan efectiva,
que me holgaré que le escriba
otra al Conde semejante,
en justo agradecimiento,
porque ya en su casa estoy,
donde por estremo estoy
honrado, alegre y contento.
Háceme merced su hermana,
la mas hermosa señora,
que vé el sol en cuanto dora,
y mas divina que humana.
Por fama, os hace favor,
que tiene de vuestros hechos;
que vos, en remotos pechos
alcanzais prendas de amor.
Escribidla, que me importa
que me ayude y favorezca,
porque con ella merezca
favor mi ventura corta.
Que por dicha me darán

mas bien los reinos estraños;
Dios os guarde muchos años.
De Zaragoza, don Juan

Leonora.

Ella está á mi gusto, y tanto,
que como discreto has hecho
un traslado de mi pecho.
Nuño, ya te he dicho cuanto
me importa la brevedad:
cierra tú, y él se aperciba.

Diego.

Yo haré que don Diego escriba.

Leonora.

Si es ciega la voluntad,
bien se ha probado en mi amor,
pues quiero lo que no veo.

ESCENA XVI.

Don Diego y Lope.

Diego.

¿Qué te parece?

Lope.

Que creo,
que es tu remedio, señor.

Diego.

Tú estarás en mi aposento,
solo de noche saldrás.

Lope.

¿En fin, tú responderás?

Diego.

Responder tambien intento,
hasta ver en lo que pára.

Lope.

¿Y si te obliga á escribir

que vengas aquí?

Diego.

Venir.

Lope.

En lo que dices repara.

Diego.

¿No hay noche?

Lope.

A su negro coche
nombre de capa le dan.

Diego.

Seré de dia don Juan;
seré don Diego, de noche.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LUCINDA.

El Príncipe y Lucinda.

Lucinda.
¿Cómo se entró Vuestra Alteza?
Príncipe.
Como no hay puerta al poder.
Lucinda.
¿Violencia se puede hacer
al honor y á la nobleza?
Príncipe.
Lucinda, menos airada,
no te olvides de quien soy.
Lucinda.
No haré, señor; pero estoy
mas á mí misma obligada.
Si yo supiera el criado
que esta noche se atrevió
á meterle aquí. . . .
Príncipe.
Y si yo
fuera de tu amor pagado,
no hicieras los desatinos
que ves: tú la culpa tienes
que yo intente á tus desdenes
mil maneras de caminos.
La noche me favorece,
y tú, que eres sol y dia,

me matas, Lucinda mia.

Lucinda.

Siempre, señor, que anochece
está temblando mi honor
de vuestro grande poder.

Príncipe.

¿Qué daño te puede hacer
mezclado con tanto amor?
Ocho dias hay y aun mas,
que no he llegado á tus rejas;
¿pues dime, de qué te quejas,
si de mi poder lo estás?
Sabe Dios como he pasado
estos dias que te digo,
sino es amor buen testigo
de mi zeloso cuidado.
Por ti me quieren matar;
quien te sirve á amor te mueve,
que quien á su Rey se atreve,
mucho te debe de amar.
Perdónole, porque creas
lo que me debes.

Lucinda.

Señor,
trata mejor de mi honor
si hacerme merced deseas,
que quien no te quiere á ti,
¿á quien tendrá voluntad?

Principe.

Si me dices la verdad,
cesará mi amor en mí,
por vida del Rey mi padre,
de casarte con él luego.

Lucinda.

Señor......

Principe.

Haz lo que te ruego,
que no hay medio que me cuadre
como saber que á otro quieres:
de todo le doy perdon.

Lucinda.

¡Oh cuanto en crédito son
desdichadas las mugeres!
Por vida de Vuestra Alteza,
que no me he visto en mi vida
de otra persona querida.

Principe.

¿Pues por qué tanta aspereza?

Lucinda.

Ya he dicho que por temor;
que si vá á decir verdad,
le he tenido voluntad
(1) desde que me tuvo amor.

Principe.

¿Qué escucho? ¿Eres tú, señora,
quien eso dice? ¿Soy yo
quien esto á tu boca oyó?

Fernando dentro.

¿Gente en mi casa á tal hora?
Criados, salir, matadle.

Lucinda.

Mi padre y su gente.

Criados.

Muera.

ESCENA II.

El Principe, don Fernando con una alabarda, y tres criados con las espadas desnudas; y por otra parte don Diego con Lope.

Diego.

No pienso esperar afuera
que no dan voces de valde.
Defendeos, señor, que aquí
está don Diego.

Lope.

Y su sombra.

Fernando.

Matadle si no se nombra.

Principe.

No hay nombre, desdicha si. (1)

ESCENA III.

Don Fernando, Criados y Lope.

Criado.

¡Bravo valor!

Fernando.

Los que entraron
le han dado la vida.

Criado.

Tente.

Fernando.

¿Que esto en mi casa se intente?

Lope.

En buen puerto me dejaron.

---

(1) *Acuchillanle, y al entrarse cogen por detras á Lope.*

Criado 2.
Suelta la espada.
Lope.
Eso no.
¿Hay aquí algun caballero?
porque rendirla no quiero
á menos noble que yo.
Fernando.
Dámela á mí.
Lope.
¿Pues quién eres?
Fernando.
Don Fernando de Aragon.
¿Estos quién son?
Lope.
¿Los que son
saber de mi lengua quieres?
Haz cuenta que del tirano
de Sicilia los tormentos,
los Perilos y Agrigentos,
los de Tiberio romano,
los caballos diomedeos
y las penas infernales,
das á mis brazos leales;
que no podrán tus deseos
sàber quien son, ni acabar
que á vuestra fuerza me rinda.
Fernando.
Yo lo sabré de Lucinda;
y mientras la voy á hablar,
atadle muy bien, que yo
sabré si podrá el castigo.
Lope.
Que será imposible os digo,
porque sabed que me dió

su dureza, la montaña
donde nací. *Atánle.*

ESCENA IV.

Dichos menos don Fernando.

Criado 2.

Tú dirás
mas que sabes. *Vase.*

Lope.

No sé mas
de que fué desdicha estraña
el caer en vuestras manos.

Criado 1

El queda atado muy bien. *Vase.*

Lope.

Cuantos tormentos me den
han de ser remedios vanos.
Solo estoy, y en fin sujeto,
y atado, á cualquier traicion;
¿qué he de hacer? ¡Brava ocasion
para decir un soneto!
Pero no, que enfadan ya
á la gente discreteca:
¿pues qué haré de esta manera?

ESCENA V.

Lope y Flora.

Flora.

Atado dicen que está
uno de aquellos traidores.

Lope.

¡Ah señora! ¡Ah Reyna mia!
Oye.

Flora.

¿Quién es?

Lope.

Quien venia
por sombra de estos amores;
cogiéronme, y hanme atado.

Flora.

Pésame, que á mi señora
tambien la maltrata agora
sin razon su padre airado.
Ten fuerte, y no digas que es
el Príncipe.

Lope.

¿Luego sabes
quien es?

Flora.

Y cosas mas graves.

Lope.

Pues ruégote que me dés
libertad.

Flora.

Será mi muerte.

Lope.

¿Pues cómo se ha de saber?

Flora.

¿Quién eres?

Lope.

¿Quién puede ser
quien viene de aquesta suerte
con un Príncipe?

Flora.

Es verdad,
que el Príncipe no trajera
á su lado, quien no fuera
persona de calidad.

Lope.

Llega y huéleme.

Flora.

No hueles
muy bien.

Lope.

Es ventoso el miedo;
pero asegurarte puedo
muy bien, si de mí te dueles,
que me casaré contigo.

Flora.

¿Qué me dices?

Lope.

¿No es mejor
que morir?

Flora.

¿Habla el temor?

Lope.

Lo mismo que dices digo;
pero yo lo juro así,
y así lo prometo al cielo.

Flora.

Que me has de engañar rezelo,
sino hay calidad en mí;
aunque te juro que soy
hidalga, y sobre un hidalgo
todo viene bién.

Lope.

Si salgo
de este peligro en que estoy,
y aqueste rigor amaina,
seré tuyo.

Flora.

Ya te creo;
¿tu nombre?

Lope.

El Conde de Argeo.

Flora.

¿Adonde cae?

Lope.

Junto á Hanáina.

Flora.

Yo te desato.

Lope.

Harás bien. *Desátale.*

Flora.

Ya lo estás.

Lope.

¿Podré salir?

Flora.

Conmigo puedes venir,
que yo te abriré tambien.

Lope.

De hoy mas quiero que te nombres
mi muger.

Flora.

Mi esposo eres.

Lope.

Siempre han sido las mugeres
el amparo de los hombres.
De ellas en efecto nacen,
¿pues quién las puede argüir,
pues por solo por parir
hacen todo lo que hacen.

ESCENA VI.

Decoracion de calle.

El Principe y don Diego.

Principe.

Si de Alejandro la alta Monarquía

heredase don Diego y te la diese,
alguna parte de la deuda mia
es imposible que pagar pudiese;
pues cuando el beneficio de este dia
en la balanza del amor pusiese,
con tus hechos de gloria y fama llenos
no dudo que pesase el mundo menos.
¿Adónde estabas tan á punto cuando
en un peligro tal pudiste verme?
Pues sin duda su gente y don Fernando
me pudieran matar sin conocerme.
¿Mas qué te está mi dicha preguntando,
ni para qué dilato el ofrecerme
mil veces por tu esclavo?

Diego.

Señor mio,
de quien mi vida y mi remedio fio,
Las noches que has faltado de esta puerta
yo he sido centinela en sus umbrales,
donde apenas he visto reja abierta,
ni de sospecha de otro amor señales.
Mi buena suerte aquesta noche acierta
á verte entrar, y con rezelos tales
púseme cerca y á las voces llego.

Principe.

Dame esos brazos otra vez, don Diego,
Y hazme tan grande bien que no dilates
mas tu presencia al dia en que te vea,
pues ya no es tiempo que esconderte trates,
lo que mi justa obligacion desea.

Diego.

Aunque con tantas fuerzas me combates,
y ya mi amor en tí la suya emplea,
lo ha de ser que te niegue lo que pides,
porque mi bien y mi remedio impides.

Perdona, gran señor, y ten paciencia
hasta que de Castilla tenga aviso.

Principe.

Siente, don Diego, amor tu resistencia,
y estoy entre mil cosas indeciso.

Diego.

Yo voy haciendo cierta diligencia
en la desdicha que ponerme quiso
mi fortuna cruel; si presto viene,
verás con luz quien ya por sol te tiene.

Principe.

¿Pues dónde estás de dia?

Diego.

En una casa
de posadas estoy, hasta que Febo
en nubes de oro al occidente pasa,
bordando las de allá resplandor nuevo.

Principe.

¿Tienes regalo?

Diego.

Y no de mano escasa,
que tanto al dueño de la casa debo.

Principe.

Envidio su ventura.

Diego.

Y yo envidiára
la mia, si este bien en otro hallára.

Principe.

Quiero darte una joya que traia
para Lucinda, aunque es pequeño el precio,
que veinte mil escudos este dia
pienso que son de tu valor desprecio.

Diego.

Fuera no la tomar descortesía;
y en opinion de un Rey quedar por necio.

*

Beso tus pies mil veces.

Príncipe.

Si quisieras
diverso premio de mi amor tuvieras.
¿Qué miras? ¿En qué estás tan divertido?

Diego.

Lope, Señor, es un leal criado,
en la montaña donde yo nacido,
y ver que no salió me dá cuidado.

Príncipe.

A desdicha tendré si le han herido,
y mayor si quien soy ha declarado.

Diego.

De eso estoy yo seguro, aunque le hicieran
pedazos á tormentos que le dieran;
Y asi, Señor, suplico á Vuestra Alteza
me dé licencia que á buscarle vaya,
que fuera ingratitud á mi nobleza,
aunque mil suertes de peligros haya.

Príncipe.

Es justa obligacion y gentileza,
mas ya que mi secreto está en la playa,
será volverle al golfo en que se anegue.

Diego.

Un hombre viene aquí.

Príncipe.

Si es solo llegue.

ESCENA VII.

Dichos y Lope.

Lope.

Famosamente escapé,
por manos de Flora hermosa,
de la prision rigorosa

donde ser muerto pensé.
Con el Príncipe se iria
don Diego. Gente hay aquí,
esta noche anda tras mí
suelta la desdicha mia.
Ellos son dos; si me muestro
cobarde, me han de matar,
ahora bien, quiero trazar
esta pendencia á lo diestro;
pero valga industria aquí,
que fue siempre lo mejor
Estos llegan con rigor
metiendo mano hácia mí:
El tirar la capa pruebo
con la izquierda: aquel que encapo,
como los ojos le tapo,
de una estocada le llavo.
¿Pues cuerpo á cuerpo el que queda,
quién me le puede quitar?
¡Ah digalgos! ¿podré pasar?
Olor hay y cruje á seda.
Consolado estoy; no es gente
de rapis, rapis: ¿que digo?
¿pasaré?

Príncipe.

¿Quién es?

Lope.

Amigo,
y si quisiere pariente.

Diego.

Pase ó no pase.

Lope.

Mal año:
¿pase ó no pase? ¿Qué haré?
si me dejan, pasaré

sin hacerles mal ni daño;
y sino....

Principe.

¿Qué habeis de hacer?

Lope.

¿Qué tengo de hacer? volverme.

Diego.

¿Es Lope?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Hacerme
no pudo mayor placer
y lisonja la fortuna.
Mira que está aquí su Alteza.

Lope.

A los pies de tu grandeza,
que ya de esta noche es luna,
esta Lope de Vivar.

Principe.

¡Ay Lope, qué ha sucedido?

Lope.

A la cama de su olvido
se quiere entrar á acostar
la noche, porque el mongil
de bayeta dobla ya,
y coronando se vá
Moncayo de oro y marfil.
Por el camino diré
la ventura que he tenido,
que he estado preso.

Principe.

No ha sido
tu dicha; la mia fue.
Vamos, don Diego.

Diego.

Señor,
la vida es poco ofrecerte.

Lope.

Tragada tuve la muerte,
mas nunca tuve temor.

Principe.

Lope, en aqueste bolsillo
llevas doscientos doblones.

Lope.

Ríndante varias naciones
tanto metal amarillo,
que puedas, Señor, dorar
los muros á Zaragoza.

Diego.

Lope, quien tal dueño goza,
¿que tiene que desear?

Lope.

Verte en descanso no mas.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DEL CONDE

El Conde y Leonora.

Conde.

Declarado se ha conmigo,
don Bernardo, de este modo.

Leonora.

No es de discretos que todo
lo sepa el mayor amigo;
algo se ha de reservar.

Conde.

Fue forzoso descubrille
mi pecho, para pedille

que me quisiere ayudar.

Leonora.

Nunca con arte pretendas
del Príncipe la amistad,
ni la propia voluntad
con industria impropia ofendas.
Si tienes estrella, basta
para merecer su amor;
que es adúltero el valor
cuando la amistad no es casta.

Conde.

Ya te he dicho que me fue
forzoso, y que ya está hecho.

Leonora.

Que te ha de dañar sospecho
si despreciado se vé.

Conde.

¿Luego no te casarás
con don Bernardo?

Leonora.

¿Eso dices?

Conde.

Pues cuenta por infelices
mis pretensiones de hoy mas.

Leonora.

Con mejores pensamientos
pensé que vueseñoría
habia nacido.

Conde.

Tenia
tus altos merecimientos,
Leonora, para un Señor
de Castilla, como sabes;
pero en negocios tan graves
está temblando el honor.

Sin esto, no se ha sabido
quien es el que defendió
al Príncipe, que llegó
acaso, ó él lo ha fingido,
pues no habrá, pues no hay ninguno
á quien haga mas merced.

Leonora.

Todos los hombres creed
esto, sin que falte alguno;
os perdeis por presuncion
pues piensa el mas ignorante,
que no tiene semejante
su ingenio y su discreccion.

Conde.

Si yo tomára consejo,
no hiciera tal disparate;
mas del remedio se trate.

Leonora.

Oye el que te aconsejo:
¿el Príncipe está celoso?

Conde.

Notablemente.

Leonora.

Pues dí
qué es don Bernardo el que allí
le desvela codicioso
de casarse con Lucinda

Conde.

Yo lo habia imaginado;
pero púsome en cuidado
que á tal agravio me rinda.

Leonora.

¿El, en esa confianza,
no me pide por muger?
luego remedio ha de haber

á su perdida esperanza.

Conde.

¿Pues cómo el Príncipe puede
creer que la sirve?

Leonora.

Escucha,
que si la sospecha es mucha
á toda lealtad escede.
Dí á don Bernardo que importa
que de noche dé á entender
que viene á hablarla, y á ver
si el Príncipe se reporta
en este amor con los zelos;
y que finja que está hablando
por las rejas.

Conde.

Voy pensando
que no han formado los cielos
mas ingenioso animal
que la muger.

Leonora.

Eso es cierto.

Conde.

Hoy al Príncipe le advierto.

Leonora.

Zelos es pasion mortal,
daráte crédito luego.

Conde.

Este don Juan mi criado,
me parece hidalgo honrado
¿podréme de este fiar?

Leonora.

Podráslo mejor de mí;
que de don Bernardo aquí
ya no te puedes fiar,

pues negado el casamiento
es amigo sospechoso.

Conde.

Voy contento, aunque dudoso,
pues no es justo lo que intento.

ESCENA IX.

Leonora y don Diego.

Diego.

Porque no me viese el Conde,
estuve esperando afuera.
Nuño llegó de Castilla
con cartas y buenas nuevas.

Leonora.

¿ Está ahí ?

Diego.

Señora, sí.

Leonora.

Pues entre, ¿ qué aguardas ?

Diego.

Entra,
Nuño, que ya mi señora
te dá licencia.

ESCENA X.

Dichos y Lope con botas y fieltro.

Lope.

Con ella,
la baraja de este pliego
se jugará con licencia.

Leonora.

¿ Nuño ?

Lope.

Gallarda señora,
la tierra en que pones, besa,
la suela del blanco pie,
y plugiera á Dios que fuera
de media vara.

Leonora.

¿A qué efecto?

Lope.

Porque mi boca pudiera
por mostrar mas humildad,
besar gran cerco de tierra.

Leonora.

¿Qué hay de Castilla?

Lope.

Qué están
buenos sus Reyes, y buena
su familia, que ya sabes
. . . .
tambien está con salud
y abundancia de Almatea
. . . .
su ejército, y sus banderas.
Hallé á don Diego en Toledo
porque vino con la Reyna,
que me dicen que traia
en el Sagrario novenas.
Olguéme, porque en efecto
no pasé las altas peñas
del nevado Guadarrama.
Leyó tu carta y en ella
el capítulo mil veces
en que dices que celebra
mi señora sus hazañas,
su talle y su gentileza.

Preguntóme, como mozo,
algunas impertinencias
acerca de tu pasion,
que yo apostaré que piensa
que estás de él enamorada.

Leonora.

No se engaña, y yo quisiera
que aunque mintieras, de mí
le dieras mejores señas:
¿pero qué te preguntó?

Lope.

Si eras, señora, discreta:
esto lo primero fue.

Leonora.

¿Qué digiste?

Lope.

Que lo eras
como un ángel, y añadí
lo mismo de tu belleza:
Preguntóme si eras blanca,
ó picabas en morena:
qué pelo, y si rizo, ó llano,
si eras zarca ú ojinegra.
Qué boca, que proporcion
de nariz, si era aguileña,
ó si acaso á Roma iba
por dispensacion de necia.
Qué disposicion de cuerpo,
qué brio, qué gentileza;
yo pensé que te queria,
aunque por sutíl te tengas,
para fuelle ó abanico;
porque con notable fuerza
me preguntó si tenias
buen aire; y dige, ¿qué señas

te puedo dar de su aire,
si nunca fui detras de ella?
Finalmente, él te trató....

Diego.

El se burla. *ap.*

Lope.

Como á yègua;
pues preguntó por tus dientes,
que es amor tal vez albeitar.
Yo le dige, de la boca
son las señales mas ciertas
dos cortinas de coral
para dos hilos de perlas.
Ténle por necio, ó por sabio
lo que tú quisieres sea,
atienta aquese bolsíllo:
todo es oremus: cincuenta
doblones de á cuatro tiene:
esto me dió por las nuevas.

Leonora.

¿Hay tan bizarro español?
Abre la carta.

Diego.

Oye atenta,
que no la he querído abrir
sin que primero la veas:
De vuestras persecuciones
por todo estremo me pesa,
don Juan, aunque con el mismo
de veros libre me alegra.
Que el Conde de Urgel os haga
tal merced, no es casa nueva
al gran valor dé su casa,
de ilustrísima ascendencia.
Fuera de que vos, por vos,

mereceis que os favorezca;
pero dejando aparte esto
me pareció cosa nueva,
que esa señora, su hermana,
quiera honrar con su grandeza
mis humildades: decidle
que sus pies mil veces besa
don Diego, y que desde hoy
quiere que su dueño sea;
y que en su nombre un torneo
aqui en Toledo sustenta
de hoy en un mes, y promete
que las joyas, si le premian,
ha de enviarle á Aragon,
si le permite licencia.
Querriaos hablar mas claro,
dádmela vos, que me atreva,
pues Nuño es hombre seguro,
aunque algunos no lo crean.
Ya sabeis mi calidad,
y que mejor me estuviera
esa dama en Aragon,
que en Castilla la Condesa.
Solicitad ese amor,
que el que por fama comienza,
suele acabar con las obras;
que si Leonor persevera,
yo iré á verla disfrazado,
pues de noche podré verla.
Por vida vuestra, don Juan,
que la estimo como vuestra,
que me enviéis su retrato,
porque de Nuño las señas,
como conozco su humor,
nunca las tuve por ciertas.

Dios os guarde muchos años,
don Diego Mendoza.

Leonora.

Espera,
quiero ver la firma.

Diego.

Toma.

Lope.

Vive el cielo que la besa. *ap.*

Diego.

¡Que aquesto pueda la fama! *ap.*

Lope.

Mejor dirás las estrellas,
que bien se vé que este amor
de su influencia se engendra.

Diego.

¿Qué quieres que le responda?

Leonora.

Estoy por decir que venga;
mas parece libertad.

Diego.

No puede ser que lo sea
sino escribo lo que dices;
y pues á este punto llegas,
dame, señora, un retrato,
que puede ser que le tengas,
para que á don Diego envie.

Leonor.

Como don Diego no sepa
que yo le envio, si haré;
pero con esta advertencia:
que él me ha de enviar el suyo,
mientras no viene.

Diego.

Que sea,

pues, en razon.

Leonora.

Voy por él.

Diego.

Pues son las cartas tan ciertas
por el correo, señora,
y don Diego está bien cerca,
no es menester enviar
á Nuño.

Leonora.

Como tú quieras;
que donde me pierdo tanto,
no importa que ellas se pierdan.

ESCENA XI.

Dichos, menos Leonora.

Lope.

¿Qué intentas con esas cosas?

Diego.

¿Qué quieres, Lope, que intente?

Lope.

Que la sangre es escelente
y las partes son hermosas,
nadie lo puede negar;
pero en aqueste contrato
hallo un engaño.

Diego.

No es trato
que á nadie pueda engañar.

Lope.

Si tu retrato le envias,
¿no ha de conocerte luego,
y saber que eres don Diego?

Diego.

Poco de mi ingenio fias:
poner otro.

Lope.

Es mas error;
que si es hermoso, y no es
como el que espera, despues
llamaráse á engaño amor:
pues si es feo, aquel deseo
conque te quiere por fama
ha de cesar; que quien ama
nunca le imagina feo.
Pues si no es feo, ni hermoso,
y ama en él lo que desea,
¿cómo, despues que te vea
su pensamiento amoroso,
hallará satisfaccion
en cosas que es diferente,
y que no le represente
la misma imaginacion?
Yo no soy de parecer
que ese retrato le envies,
ni que tantas cosas fies
de un ingenio de muger,
que por instantes se muda.

Diego.

¿Pues qué te parece á tí?

Lope.

Que digas que viene aquí,
conque saldrás de esta duda.

Diego.

¿Cómo la tengo de hablar?

Lope.

De noche, por estas rejas.

Diego.

Lo que importa me aconsejas.

Lope.

Eso no se puede errar;
el hablarla te asegura
del pretendido favor;
hablando se aumenta amor.

Diego.

Ya le ha puesto su hermosura
en mis imaginaciones,
y el de Castilla se pasa.

Lope.

Como eso la ausencia abrasa,
si en sus remedios te pones.

Diego.

El mio he puesto en su mano.

Lope.

Vencerá, por su interés,
un amor aragonés
á un agravio castellano.

ESCENA XII.

Sala en casa de Lucinda.

Don Fernando, Lucinda y Carlos.

Lucinda.

No hay que atormentarme mas;
yo he dicho verdad en todo.

Fernando.

Hablándome de ese modo,
mayor sospecha me dás.

Carlos.

Dime á mí, como á tu hermano,
quién es ese caballero,
que yo quitarte no quiero

tu gusto.

Lucinda.

Cánsaste en vano.

Carlos

¿El Príncipe en nuestra casa?
No, Lucinda, tú has querido
disimular.

Lucinda.

Esto ha sido,
Carlos, todo lo que pasa,
y que él es el que pretende
vuestro deshonor, que yo
no le quiero.

Fernando.

¿Cómo no,
si entrar en mi casa emprende?

Lucinda.

Culpa tus malos criados,
que por interés le dieron
lugar.

Fernando.

¿Qué ellos le trageron?

Lucinda

Sí, que los ruegos dorados
alcanzan todo imposible.

Fernando.

No me ha de quedar ninguno
en casa.

Carlos.

En tiempo oportuno,
que esta es ocasion terrible,
podrás despedirlos de ella;
que no es bien dar á entender
al Príncipe, que á saber
llegas lo que intenta en ella,

que si él está enamorado
le ocasionas, te prometo,
á que te pierda el respeto.

Lucinda.

Dios sabe que no le he dado
causa ni ocasion jamas;
si en haberme defendido
con desden y con olvido,
no ha sido ofenderle mas.

Carlos

Puesto, señor, que eres viejo,
y que es madre de la ciencia
la edad, y de la esperiencia
es hijo el cuerdo consejo,
yo quiero dártele á tí
en aquesta confusion.

Fernando.

Bien podrás, que mi razon
con el temor falta en mí;
pero ya sé que dirás
que case á Lucinda luego.

Carlos.

Eso te suplico y ruego;
pero hay otra cosa mas,
que si Lucinda se casa
en Aragon, será cosa
á tu honor mas peligrosa
si el mismo desden le abrasa;
porque luego ha de querer,
ó matar á su marido,
ó entrar en su casa.

Fernando.

Ha sido
justo temor del poder,
que mal podré resistilla

de su tirana aficion;

Carlos.

Saquémosla de Aragon
y casémosla en Castilla.

Fernando.

Bien dices; ¿ pero con quién?

Carlos.

Habrá tantos, que el que mas
te agrade, escoger podrás.

Fernando.

Carlos, tú dices muy bien.

Carlos.

Aquí ha llegado la fama
de un don Diego de Mendoza,
que sin verle Zaragoza,
le estima, celebra y ama.
Si quieres que yo le escriba,
haráse, saldrás de pena,
y llevéla norabuena,
para que en castilla viva.
Que despues que con la ausencia
se olvide de esta aficion,
podrá volver á Aragon.

Fernando.

No pudiera mi esperiencia
hallar consejo mas sabio:
¿ es grande la calidad
de don Diego, en igualdad
de nuestra sangre?

Carlos.

Es agravio
tratar de un hombre, sobrino
del Duque del Infantado.

Fernando.

Escríbele, y concertado,

póngase luego en camino.

ESCENA XIII.

Dichos, menos don Fernando.

Lucinda.
¿Qué habeis hablado de mí?
Carlos.
Que ya te habemos casado.
Lucinda.
¿Casado?
Carlos.
¿No fue acertado?
Lucinda.
Estoy por decir que sí:
lo breve me maravilla.
Carlos.
Pues no ha sido en Aragon,
que por quitar la ocasion
te casamos en Castilla.
Lucinda.
¿En Castilla?
Carlos.
Vendrá luego
quien esta ventura goza.
Lucinda.
¿Quién?
Carlos.
Don Diego de Mendoza.
Lucinda.
Por fama estimo á don Diego;
¡ay si fuese tán dichosa!
Carlos.
No dudes que lo serás;
porque hallar don Diego mas,

parece imposible cosa.

Lucinda.

Las damas de Zaragoza,
solo tratan de don Diego.

Carlos.

Al poder de amor tan ciego,
la defensa de un Mendoza.

ESCENA XIV.

Salon de Palacio.

El Principe y el Conde.

Principe.

Yo os digo que no sé quien me ha librado,
Conde, si lo supiera lo dijera.

Conde.

Envidio, gran señor, quien os ha dado
la vida, pero ser quien fue quisiera.

Principe.

Yo tengo para mí que fue soldado.

Conde.

¿Y no supo quien érades?

Principe.

Pudiera
venirme daño.

Conde.

Cosa en vos estraña,
dejar sin premio tan heróica hazaña.

Principe.

No le dejé sin él, aunque fue poco;
una joya le dí, que la traia
para Lucinda.

Conde.

Cada vez que toco

en la dicha, el valor, la valentia
de ese soldado, estoy de zelos loco.

Principe.

Mayores los padezco noche y dia
de este dichoso á quien Lucinda quiere;
que un grande amor de un gran desden infiere.

Conde.

Si me diese palabra Vuestra Alteza
de no matar al hombre ni avisalle,
yo le diría quien es, que en su grandeza
ni cabe el ofendelle ni matalle.

Principe.

¿Tú lo sabes?

Conde.

Mirando tu tristeza,
de aquestas noches en rondar su calle.

Principe.

¿Quién es?

Conde.

Jura primero.

Principe.

Por Dios juro.....

Conde.

Basta, Señor, con esto estoy seguro.
Lucinda quiere á don Bernardo.

Principe.

¡Ay cielos!
que quise conocelle en la persona
cuando me acuchilló.

Conde.

Si hay cuerdos zelos,
aqui, Señor, tu entendimiento abona.

Principe.

Por tí los callaré; pero tendrelos
con mas razon, en ver que se apasiona

de un hombre desigual.

Conde.

Igual ha sido
mas que el alto galan, el vil marido.
Tú no te has de casar: Lucinda estima
un noble caballero para dueño.

Principe.

Ríndese amor, y su desden me anima;
toda esta noche, Conde, pierdo el sueño.

Conde.

Mucho el ver tu tristeza me lastima.

Principe.

Ya menor parte del dolor enseño.

Conde.

Aquesta noche quiero acompañarte.

Principe.

Ninguna cosa á mi remedio es parte.
Vete en buen hora, acuéstate y sosiega.

Conde.

Señor....

Principe.

No has de ir: y ya que sin enojos
muestra su oscuridad la noche ciega,
yo voy á ver la luz de mis enojos.

Conde.

No quiero replicarte.

Principe.

Si me niega
que mis suspiros vayan por despojos
á enternecer sus rejas, yo soy muerto.

Conde.

Perdido voy, ninguna cosa acierto. *ap.*

ESCENA XV.

DECORACION DE CALLE.

Don Diego y Lope.

Diego.
¿Serán las diez?
Lope.
Si serán.
Diego.
¿Entiendes de astrologia?
Lope.
Conozco que espira el dia
al salir el jubricán,
y que vuelve á amanecer
si veo al alba reir.
Diego.
Eso se puede decir,
eso se puede creer;
aunque en materia del cielo
es ciencia infalible, Lope.
Lope.
No sé mas de que al galope
va la luna envuelta en yelo,
y que el carro y las cabrillas
salen á tiempos del año
altas ó bajas.
Diego.
¡Qué engaño
reducir las maravillas
de aquel Soberano autor
á dos dedos de papel!
Lope.
¿Vendrá el Príncipe?

Diego.

Sin él
vive amor.

Lope.

Terrible amor. (1)

Diego.

El silencio se alborota.

Lope.

Mancebos son del lugar.

Diego.

Algun cómo quieren dar. (2)

Lope.

Que temeraria friota.

Diego.

Música suena.

Lope.

Ella, el cómo
de la noche efectos son.

Diego.

Solo temo en Aragon
estas píldoras de plomo

Lope.

¿Eso no está ya peor
en Castilla?

Diego.

En siendo tarde
todo cristiano se guarde.

Lope.

Tarda Alfonso.

Diego.

¡Gran rumor!

---

(1) *Grita dentro.*
(2) *Tocan una guitarra.*

Lope.

Es que dan grita á una vieja

. . . .

. . . .

Diego.

Pues dí, ¿que les aconseja?
que las puertas le derriban
y las ventanas tambien,

Lope.

Que á ninguno quieran bien,
y que de todos reciban.

ESCENA XVI.

Dichos y el Principe.

Principe.

Si no me ha engañado el talle,
aqui estan mis dos secretos
amigos.

Diego.

¿Quién es?

Principe.

Yo soy.

Diego.

¡O mi Señor!

Principe.

¡O don Diego!

Lope.

Aqui está, Príncipe invicto,
de aquesta noche el silencio,
de aqueste cuerpo la sombra,
de este Tobias el perro,
y la tierra de sus pies.

Principe.

¡O Lope! ¿pues qué hay de nuevo?

Lope.

Lo mismo que en el principio
del mundo, algo mas ó menos,
digo del diluvio acá,
en que los hombres hicieron
casas, defensas y ofensas,
naves, repúblicas, reinos;
hay muchas mugeres.

Principe.

¿Muchas?

Lope.

Son tantas, que te prometo
que si estimarse supieran
los hombres de aqueste tiempo,
que anduvieran á rogarlos
y que les dieran dineros.
Hay amigos y enemigos,
y todos son de provecho;
que el enemigo os reprime
para que seais mas bueno,
y el amigo os hace bien.

Principe.

¿Y qué hay mas?

Lope.

Hay muchos pleitos
que son sustento del mundo,
porque ya se funda en ellos.
No me mires ni me aguardes,
que no he de hablar, te prometo,
en mi vida una palabra,
que soy desdichado en esto.
Como esto es imitacion
de las costumbres del pueblo,
tal vez la lengua ó la pluma
dicen lo que no quisieron.

La lengua como está en agua
tiene el movimiento presto,
la pluma como está en tinta
deslízase por momentos.

Principe.

¿Don Diego?

Diego.

¿Señor?

Principe.

Yo estoy
muerto de zelos.

Diego.

Los zelos
son máscara del amor,
que se disfraza con ellos.

Principe.

Está bien dicho; he sabido
la causa.

Diego.

¿Y quién es el dueño?

Principe.

Don Bernardo, en Aragon
un principal caballero.

Diego.

¿Quiérele Lucinda?

Principe.

Y tanto,
que ha tenido atrevimiento
para matarme.

Diego.

Ya sé
lo demas de este suceso.

Principe.

Querria certificarme:
llega á las rejas diciendo

que eres don Bernardo.

Diego.

Voy.

Príncipe.

Llama con la espada y quedo.

Diego.

¡Ah de arriba!

ESCENA XVII.

Dichos y Lucinda á la ventana.

Lucinda.

¿Quién es?

Diego.

Yo:

¿no me conoces?

Príncipe.

Guardemos

tú y yo la calle.

Lucinda.

¿Quién es?

Diego.

¿Otra vez?

Lucinda.

Y aun otras ciento.

Diego.

Mira que soy don Bernardo.

Lucinda.

Pues don Bernardo ¿á qué efecto?
¿no sabe el Príncipe ya
que no lo son los terceros?

Príncipe.

Del Príncipe no lo soy;
porque fuera desconcierto
siendo yo de tí querido.

Lucinda.

¿Cómo es eso? ¿yo te quiero?

Diego.

Solo estoy; mira, señora,
que tus disfavores siento.

Lucinda.

¿Qué disfavores, Bernardo?
¿cuando, cómo, y en qué tiempo
te he favorecido yo?

Diego.

¿Oyes esto?

Principe.

Estoy suspenso
de tan grande novedad.

Diego.

Yo, señora, te pretendo
para muger; aunque sé
que por amor te merezco.

Lucinda.

Bernardo, aunque yo debiera
mostrar agradecimientos
á tu amor, era imposible;
demas, que no te le tengo.

Diego.

¿No lo escuchas?

Principe.

Bien lo escucho.

Diego.

Agora creo mis zelos,
y que quieres bien á Alfonso.

Lucinda.

Que es engaño te prometo,
y que como ya casada,
ninguna cosa deseo.

Diego.

¿Casada?

Lucinda.

Casada estoy;
que mi padre, conociendo
que el Príncipe estaba ya
á su deshonor resuelto,
en Castilla me ha casado.

Diego.

¿En Castilla?

Lucinda.

Ya el correo
lleva cartas á mi esposo,
á sus amigos y deudos.

Diego.

¿Puedo yo saber con quien?
pues bien sabes que te debo
el parabien.

Lucinda.

¿Porqué no?

Diego.

¿Oyès esto?

Principe.

Estoy muriendo.

Lucinda.

Ha concertado mi padre
hacer éste casamiento
con don Diego de Mendoza,
un notable caballero,
cuya fama es imposible,
de sus valerosos hechos,
que no te haya dado aviso.

Diego.

¿Con don Diego?

Lucinda.

Con don Diego,
y perdona si me voy,
porque ni puedo ni quiero,
siendo ya muger casada,
oir requiebros agenos.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos Lucinda.

Diego.

Cerró y fuese.

Principe.

Y yo cerrara
tambien la puerta al deseo,
si no supiera que estaba
en Zaragoza don Diego.
¿Cómo ha hecho don Fernando
este casamiento?

Diego.

Creo
que mi nombre le ha obligado.

Principe.

¿Hay mas estraño suceso?

Diego.

Menester es prevenir
el ir á la corte el pliego,
porque si llega á la corte
se sabrá todo el secreto.

Principe.

Yo enviaré con diligencia
tras él, y tú podrás luego
responder á don Fernando
que aceptas el casamiento,
y vendrás á Zaragoza

para tratar el concierto.
Mas que secreto ha de ser,
y asi podrás de secreto
hablar denoche á Fernando,
como que vienes á esto
desde Castilla.

Diego.

¿Y si llegan
á querer él y sus deudos
que dé la mano á Lucinda?

Principe

Descubrirasles que has muerto
á don Nuño, y que hasta tanto
que el Rey, airado en estremo,
te perdone, no es posible;
porque conforme al derecho
te ha secuestrado tus tierras.

Diego.

Es la traza de tu ingénio;
pero advierte que abre el dia
la hermosa llave del cielo
por el candado del alba.

Principe.

Pues vámonos.

Lope.

¿Qué es aquesto?

Diego.

Fábricas de la fortuna,
edificios de los zelos,
desatinos del amor,
y de mi desdicha enredos.
Y que ahora mas que nunca
con razon llamarme puedo,
no don Diego de Mendoza,
como mis padres y abuelos,

sino don Diego de noche.

Lope.

Oye á propósito un cuento;
pero ya no me acordaba:
yo te le diré allá dentro.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Conde.

Doña Leonora, Don Diego y Lope.

Leonora.
Vuelve á decirme, don Juan,
que vino anoche don Diego.

Diego.
Vino, y vino á verme luego.

Leonora.
No tiene el mundo galan
que sepa obligar asi.

Diego.
Débale notable amor; *ap.*
que nadie sabe mejor
que yo lo que pasa en mí.
De burlas quise querer,
y ya tan de veras quiero,
que si dejo de ver muero,
y vivo si llego á ver.

Leonora.
Si solo viene por mí,
bastaba esta obligacion
para ponerme aficion.

Diego.
¿Pues él á qué viene aquí?
Pregunta á Nuño qué dice.

Lope.
¿Qué me puedes preguntar,
si á cuanto puedes dudar

la verdad te contradice?
Mil cosas me ha preguntado,
todas señales de amor,
porque la fama es pintor,
y lisongero estremado.
No hay Apeles ni Timantes....
¿Qué es Timantes? ¿Qué es Apeles?
que con mejores pinceles
pinte hermosuras de amantes.

Leonora.

Más enamora la fama
muchas veces que la vista.

Lope.

Como no hay quien la resista,
hácese mayor la llama.
Una vez me enamoré
por fama, de una fregona
que despues en su persona
todo al contrario lo hallé.
Cabellejos enzarzados,
moreno picante en rojo,
á lo socarron el ojo,
cabos negros y rasgados.
Los dientes de porcelana,
cosa que hasta aqueste dia
no la topó la poesía;
labios ribetes de grana.
Garganta, manos y pechos,
de plato de Talavera,
cinta estrecha, ancha cadera,
pequeños pies y bien hechos.
Fuila á ver para creello
á un arroyo, que valdío,
pretende en corte ser rio,
y nunca sale con ello;

y halléla con cabellera
de furia, y llena de usagre
la cara como de almagre,
la boça como ternera.
Luego cada injusto pie
era una lengua de vaca,
la voz como una carraca
con que atronado quedé.

Leonora.

¿Qué hiciste?

Lope.

La Cruz, diciendo:
tentacion de san Anton,
¿qué me quieres?

Leonora.

La opinion
de don Diego, es grande.

Lope.

Entiendo
que la fama no le iguala.

Leonora.

¿Cómo será?

Lope.

Mira atenta
á don Juan, y luego haz cuenta
que ves su donaire y gala.

Leonora.

Buen talle tiene don Juan.

Lope.

¿No mas de bueno? Pues luego
que conozcas á don Diego
dirás que no es mal galan.
El está en una posada
desde anoche, y esta quiere
verte.

Leonora.

Quien por verle muere,
ya tiene el alma turbada.

Lope.

Dijo á don Juan, que venia
á traerte su retrato.

Leonora.

Dí que venga con recato,
que hay una zelosa espía.

Lope.

Bien hizo en traerte el vivo.

Leonora.

Bien, pues lisonja no habrá
de pincel y pluma.

Lope.

Está
lleno de gusto escesivo
de que esta noche ha de verte.

Leonora.

¿Don Juan?

Diego.

¿Señora?

Leonora.

Ya estoy
bien informada.

Diego.

Y yo voy,
como debo, á obedecerte.

Leonora.

¡Que venga hasta Zaragoza
solo á verme!

Diego.

Ya sospecho
que es hora;

Leonora.

Como lo ha hecho
justamente el nombre goza
del mas galan castellano.

Diego.

A la puerta del vergel
vendré, señora, con él.

Leonora.

Fuera pensamiento vano
querer pagarte, don Juan,
tan grandes obligaciones
solamente con razones.

Diego.

Pagadas, señora, están.
Vete, y á la puerta espera,
pues que tanto os favorece
la oscura noche.

Leonora.

Parece
que de la celeste esfera
las estrellas ha borrado:
á ver á don Diego voy.

ESCENA II.

Dichos, menos Leonora.

Diego.

¡En qué laberinto estoy
de confusion y cuidado!
Querido soy, sin quererme,
buscado soy, sin buscarme,
á hablarme van sin hablarme,
porque me han de ver sin verme.
Ayúdeme la fortuna.

Lope.

El que nació sin memoria,
¿para qué nació?

Diego.

Si historia,
si ejemplo, si fama alguna
te ha dicho que puede haber
memoria y entendimiento
será un milagro, un portento,
que singular quiso hacer
naturaleza estudiosa.

Lope.

Engáñaste.

Diego.

No querría.

Lope.

Pues á la sabiduría
llamaron hija famosa
de la memoria y del uso:
el que estudia sin memoria
¿para qué estudia?

Diego.

Es victoria
de amor, el traer confuso
y ciego el entendimiento.
La memoria natural
me faltó; la artificial
se llevó mi pensamiento.

Lope.

¿Escribes á don Fernando
que esta noche llegarás
á Zaragoza, y estás
desatinos concertando?
Tiberio mandó matar
la emperatriz su muger,

matáronla, y á comer
la mandó luego llamar.
Si tú te olvidas así,
alaba los que no tienen
memoria.

Diego.

Si ejemplos vienen
en mi favor, oye.

Lope.

Dí.

Diego.

¿Tiene la naturaleza
entendimiento?

Lope.

Divino.

Diego.

¿Pues por qué piensas que vino
á ser de tanta grandeza
aquel milagro de hacer
tantos rostros diferentes?

Lope.

Por mostrar las escelentes
obras de su gran poder.

Diego.

Porque no tiene memoria,
que si memoria tuviera,
hoy el mismo rostro hiciera
que hizo ayer.

Lope.

Niegas la gloria
que de aquella variedad,
con esta loca agudeza,
le resulta.

Diego.

Así es verdad,

confieso á naturaleza
por instrumento divino
del gran poder de su autor.

Lope.

¿Cómo no finges, señor,
que has llegado de camino?

Diego.

Si finjiré, mas primero
será por ver á Leonor
que me espera y tiene amor
y por engañarla muero;
que te aseguro que ya
sin seso por ella estoy.

Lope.

Ya ni consejos te doy,
ni tu entendimiento está
para consejo ninguno;
mas si ella te conociese,
¿qué has de hacer?

Diego.

Cuando eso fuese,
¿faltará remedio alguno?
ó el último que ha de ser
declararme por quien soy;
á verla en efecto voy,
que tiempo habrá para ver
á Lucinda.

Lope.

¿De ese modo
con dos te querrás casar?

Diego.

No hay servir como callar
que el callar acierta en todo.

ESCENA III.

Decoracion de Calle.

Don Bernardo en hábito de noche.

Noche, á quien solo ha pagado
tributo amor en el suelo,
porque está tu negro velo
á su remedio obligado;
manto de estrellas bordado,
encubridor de secretos;
noche en quien tales efectos
para alabarte se hallan,
que en tí, porque todos callan,
todos parecen discretos;
en tí todos los mortales
hallan descanso y favor,
solo con zelos amor
no goza remedios tales.
De tus luces celestiales
huye la pena zelosa;
tu oscuridad temerosa,
amor con zelos desea,
porque cuando estás mas fea,
le pareces mas hermosa.
Por la puerta de esta huerta
vengo á hablar una criada,
que á su señora olvidada,
á mi remedio despierta.
¡O tú, que de aquesta puerta
eres llave celestial,
ven á remediar mi mal!
Gente siento. ¿Gente aquí?
mas ya amor me advierte asi,

que estoy de zelos mortal.

ESCENA IV.

Don Bernardo, don Diego, con plumas y capa de color y Lope disfrazado.

Lope.

Llega con tiento, y disfraza
la voz, señor, cuanto puedas.

Diego.

Ulises me rinda parias,
si salgo con esta empresa.

Lope.

Téngola por mas hazaña
que del astuto se cuenta,
que por los muros de Troya
metió las armas de Grecia.
Tú propio te has de finjir
á tí mismo.

Diego.

No pudiera
sin confianza de amor:
asi engaña, y asi ciega.
Espérame, Lope, aquí,
que ya han abierto la puerta.

Lope.

Vayan contigo, señor,
cuantos planetas y estrellas
son de amor primeras causas,
y de su efecto influencias.

ESCENA V.

Dichos y doña Leonora á la puerta.

Leonora.

¿Es don Diego?

Diego.

El mismo soy.

Leonora.

Vos seais en horabuena
venido á esta vuestra casa.

Diego.

Quien á tanta gloria llega,
no os espanteis que turbado,
no sepa daros respuesta.

Leonora.

¿Venis con salud?

Diego.

Aquí,
cuando sin ella viniera,
hallára salud y vida;
dadme de la vuestra nuevas.

Leonora.

No sé que diga de mí,
si ya he dicho que soy vuestra,
fiadá en vuestro valor;
que no es justo que os parezca
liviandad amor tañ grande.

Diego.

Lo que los hados conciertan,
como á fuerza superior,
no resiste humana fuerza.

Leonora.

¡Ay, quien os pudiera ver!

Diego.

Dentro de dos dias llega

mi gente, y públicamente
saldré á que todos me vean,
y os vendré á besar las manos.
Agora, en primeras pruebas
de mi amor, aquesta joya
tomad, y ojalá que fuera
un reino cada diamante.

Leonora.

Será un mundo, siendo vuestra;
y perdonad, que la pago
con esta sortija.

Diego.

En ella
dais principio á mi deseo,
y á mi ventura firmeza;
pues la fe del matrimonio
se significa con ella.

Leonora.

En esa fé quiere amor
que á veros y hablaros venga.
¿Adonde queda don Juan?

Diego

Allí aguardándome queda.

Leonora.

Llamadle...

Diego.

Voy.

Leonora.

¡Qué ventura!
¡qué lindo talle y presencia!
¡O, oscura noche, si acaso
fueras mas clara, y tuvieras
luna!

Diego.

¿Lope?

Lope.

¿Señor?

Diego.

Creo
que no hay fábula que tenga
tal engaño.

Lope.

¿Al fin, la hablaste?

Diego.

¿No te dije que amor ciega?
Por don Diego me ha tenido.

Lope.

Aun es la verdad mas cierta.

Diego.

La joya que me dió Alonso,
le dí.

Lope.

Bien creerá con ella
que eres tú, porque valia
veinte mil escudos. ¿Y ella,
qué te dió?

Diego.

Aquesta sortija.

Lope.

Dichosamente comienza.

Diego.

Hay un peligro.

Lope.

¿De qué?

Diego.

Quiere hablar á don Juan.

Lope.

Llega,
y díla que eres don Juan.

Diego.

No sé, por Dios, si me atreva.

Lope.

Disfraza un poco la voz,
y conmigo, señor, trueca
esas plumas y esa capa.

Diego.

Bien has dicho: toma.

Lope.

Muestra. (1)

Diego.

Voy.

Lope.

Favorézcate amor.

Diego.

Temeroso voy.

Lope.

No temas.

Diego.

¿Cómo no?

Lope.

Yo lo diré:
¿no hace el amor que parezca
una muger fea, hermosa,
y la que es necia discreta?

Diego.

Claro está.

Lope.

¿Pues porqué dudas
que don Diego y don Juan seas,
á los ojos de muger
que está de tu amor tan ciega?

---

(1) *Truecan capas y sombreros.*

Diego.

Yo llego.

Leonora.

¿Es don Juan?

Diego.

Yo soy.

¿Viste á don Diego?

Leonora.

Quisiera

que el alba le hallára aquí.

Diego,

¿No tiene buena presencia?

Leonora.

Linda en estremo. ¿Qué dice

de mí?

Diego.

Que cosa mas bella,

con lo poco que te ha visto,

no ha hecho naturaleza;

mas dice que está corrido.

Leonora.

¿Don Diego, de qué?

Diego.

No creas

que á no turbarse de verte,

tan corto te pareciera.

Leonora

¿Y yo no estuve perdida,

don Juan, atajada y necia?

Diego.

Gente siento.

Leonora.

A Dios. *Vase.*

Diego.

A Dios.

¿Lope, qué es eso?

Lope.

Que entiendas,
que haces falta á don Fernando.

Diego.

Pues camina donde veas,
que no igualan las antiguas
á las historias modernas.

ESCENA VI.

Don Bernardo.

Amor, ¿no fue cobardía
no acometer estos hombres;
pues solo en saber sus nombres
todo mi bien consistia?
¿Hay sucesos mas estraños?
¡Ah zelos! cesasteis hoy.
En busca del Conde voy,
sepa su daño y mi daño.

ESCENA VII.

Don Bernardo y el Conde.

Conde.

¿Quién vá?

Bernardo.

¿Es el Conde?

Conde.

¿Pues quien
tuviera aqueste cuidado?

Bernardo

Si antes hubieras llegado,
se te lográra mas bien.
A Leonor habla en secreto
un caballero.

Conde.

¿A Leonor?

Bernardo.

¿Piensas tú que es el honor
todas las veces discreto?

Conde.

¿Hombre tiene Zaragoza
que intente oculto servilla?

Bernardo.

Zaragoza no, Castilla.

Conde.

¿Quién?

Bernardo.

Don Diego de Mendoza.

Conde.

¿Don Diego aquí?

Bernardo.

Yo le ví;
y con él un caballero,
que él llamaba Lope.

Conde.

Hoy quiero
que mi honor se vengue en mí.
No quedará en Zaragoza
casa, jardin, plaza ó calle
donde no vaya á matalle.

Bernardo.

La fama de este Mendoza,
es como la de Amadís;
vendrá á Aragon á probar
aventuras, por ganar
fama.

Conde.

Honor, si esto sufrís
no digais que habeis nacido

en la casa generosa
del Conde de Urgel

Bernardo.

No hay cosa
que pueda haberte ofendido
como aqueste atrevimiento.

Conde.

Siendo don Juan mi criado
castellano, he sospechado
que sabrá su pensamiento.

Bernardo.

Bien dices: habla á don Juan.

Conde.

Vamos.

Bernardo.

El te dirá de él.

Conde.

¿Mendoza, al Conde de Urgel
aquí discreto y galan?
El parentesco os permito,
pero como no os caseis,
á Castilla volvereis;
pero será por escrito.

ESCENA VIII.

Sala en casa de don Fernando.

Don Fernando, Carlos y Lucinda.

Fernando.

Tarda don Diego, y ya la noche pasa.

Carlos.

Esta escribió, señor, que llegaria.

Lucinda.

Como es tan tarde no hallará la casa.

Carlos.

No le aguardar ha sido culpa mia.

Lucinda.

Si amor es fuego, y desde cerca abrasa,
¿porqué lo que formó la fantasía
tan lejos hace en mí tales efectos?
Mas siendo Dios amor, tendrá secretos.
¡Que esto pueda la fama! estraña cosa:
¿mas qué mucho, si engendra mas deseo?

ESCENA IX.

Dichos, Flora, y poco despues don Diego y Lope con las espadas desnudas.

Flora.

Aguardando, señora, cuidadosa,
dos mil espadas en la calle veo.

Carlos.

¿Espadas?

Fernando.

¿Donde vas?

Lucinda.

¡Qué rigorosa
fortuna!

Flora.

¿Cómo?

Lucinda.

Mis sospechas creo.

Carlos.

Un hombre viene aqui.

Lope.

Bien se ha fingido.

Fernando.

¿Quién es?

Diego.
Don Diego soy.

Fernando.
Bien seais venido.

Diego.
No sé si he venido bien,
pues apenas á la puerta
de vuestra casa llegué
preguntando si lo era,
cuando cuatro hombres me dicen,
todos de buenas presencias, =
¿es don Diego de Mendoza?
Yo, presumiendo que fueran
criados vuestros: respondo =
don Diego soy, = pero apenas
esta palabra pronuncio,
cuando los cuatro me cercan,
con las desnudas espadas,
y una voz diciendo = *muera.*
Yo, que venia de paz,
y no imaginando guerra,
puse con armas doradas
el valor á la defensa.
Ayudóme este criado:
sospecho que heridos quedan,
que tal vez contra la injuria
prevalece la inocencia.
Solamente oi decir =
retírese Vuestra Alteza, =
en quien conocí quien es
á quien de mi bien le pesa.
Y si es así, mal hicistes
en mandarme que viniera
á tratar mi muerte aquí;
aunque pienso que es pequeña

una herida, que en un brazo
me dió el que de todos era
mas alto. Esto ha sido así,
para que el caso se entienda,
y me perdoneis, señores,
si por las causas propuestas,
no llego como era justo.

Fernando.

Bien conocereis la pena,
señor don Diego, que todos
recibimos de la vuestra,
pues aun no ha dado lugar
que nuestros brazos nos dieran
los indicios de las almas
con que os reciben en ellas.
Carlos de Aragon, mi hijo,
no entendió, que haber pudiera
tal atrevimiento en hombre
de oscura, ó clara nobleza.
No salió, para que fuese
vuestra venida secreta,
á recibiros.

Carlos.

Dios sabe,
don Diego, lo que me pesa:
y á no habernos dicho vos
que entre los de esta pendencia
oisteis que dijo el uno
retirese Vuestra Alteza,
no quedára sin castigo;
mas ya sabeis cuanto deba
en la dignidad real
respetarse la grandeza.
Yo no os niego que he tenido
ocasiones de sospecha;

pero no para entender
que á vuestra vida se atrevan.
Conoced á vuestra esposa,
que con tal nombre os espera
si lo estorba el mundo.

Diego.

Agora
que á veros mis ojos llegan,
si fueran dos mil heridas
dichoso nombre les diera.
Dadme, señora, perdon
que por tan rara belleza,
justo fue que hubiese envidia,
que no hay bien sin competencia.

Lucinda.

Cuando ya no fuera gusto
de mis padres, que tuviera
dueño en vos, este peligro
que toma el alma á su cuenta
justamente me obligára
á tanto amor y firmeza,
que las altezas del mundo
menos poderosas fueran,
que con las rocas del mar
los vientos que en vano suenan.
No es tiempo de deteneros,
aunque decis que es pequeña
la herida; Carlos, haced......

Diego.

Señora, ninguno venga,
que mas importa el secreto,
que mi vida, y pues tan cerca
me dice aqueste criado
que es práctico en esta tierra,
que está la casa del Conde

de Urgel, curaréme en ella,
porque don Juan de Guzman,
que está allí por encomienda
del Almirante, entretanto
que en Castilla se conciertan
ciertas desgracias que tuvo,
tan grande amistad profesa
conmigo, que nuestros pechos
una alma sola gobierna.
Y asi os suplico que todos
me deis perdon y licencia,
que me vá faltando sangre.

Fernando.

Esa licencia se os niega:
esta casa es vuestra ya.

Carlos.

Don Diego, aunque no lo fuera,
¿cuál hombre os dejára ir?

Lucinda.

Señor, no hagais tal afrenta
á mi padre, y á mi hermano.

Diego.

Mis señores, esto es fuerza,
y yo sé que os está bien.

Fernando.

Pues siendo fuerza que sea,
ola, traed en que vaya.

Diego.

Eso no, mirad que os queda
tiempo en que hacerme merced;
y que es bien qué no se entienda
que estoy herido, y que estoy
en Zaragoza.

Carlos.

Conceda

vuestra crueldad á lo menos
que os acompañe; que es mengua
de un caballero, que vais
solo.

Diego.

En llegando á la puerta,
os habeis de volver.

Carlos.

Digo
que me volveré.

Lope.

No creas
que has de salir bien de tantos
desatinos y quimeras.

Diego.

Si el Príncipe me lo manda,
¿no quieres que le obedezca?

Lope.

Parecen estos sucesos
de Penelópe la tela,
que cuanto trazas de dia
de noche lo desconciertas.

ESCENA X.

Lucinda, don Fernando y Flora.

Lucinda.

¡Qué gallardo caballero!

Fernando.

Basta, que el Príncipe intenta
que no te cases.

Lucinda.

No hará,
si das á su padre cuenta.

Fernando.

Solo don Diego tan bien

de esta pendencia saliera. *Vase.*

Lucinda.

¿Flora?

Flora.

¿Señora?

Lucinda.

Mi amor
al de Angélica la bella
se parece.

Flora.

¿Cómo así?

Lucinda.

Su herida el alma me lleva.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DEL CONDE.

El Conde y Doña Leonora.

Leonora.

Injustamente me ofendes;
reporta, Conde, el furor,
si estimar tu honor pretendes.

Conde

No cumples bien con mi honor,
si con tu amor te defiendes.
Tú con intento liviano
tienes, Leonor, aunque en vano,
de secreto en Zaragoza
á don Diego de Mendoza,
el soberbio castellano.
Tú denoche por la huerta
estás hablando con él,
y él sus amores concierta.

Puerta del Conde de Urgel,
es de este reino la puerta.
Si te ha ganado, Aragon
es de Castilla.

Leonora.

No son
dignas palabras de tí:
advièrte, Conde, que en mí
vive mas clára opinion;
que esté en la ciudad don Diego,
ó el soberbio ó el galán,
hoy lo supe, no lo niego;
porque don Juan de Guzman
vino á decírmelo luego.
Y si denoche le vió
don Bernardo, no fui yo
con quien don Diego hablaria,
porque con don Juan seria,
á quien por dicha buscó.
Porque segun entendí
fueron en Castilla amigos....
pero don Juan viene aqui.

ESCENA XII.

Dichos y Don Diego.

Diego.
Cercado estoy de enemigos.
Conde.
Sospechoso estoy de tí.
Diego.
¿De mí, señor, á qué efecto?
Conde.
¿Tú sabes que en Zaragoza
don Diego está de secreto?

Diego.

¿Qué don Diego?

Conde.

El de Mendoza,
galan, valiente y discreto:
¿y me lo encubres á mí?

Diego.

Señor, nunca yo entendí
que eso te importara.

Conde.

¿No,
si ayer con mi hermana habló?

Leonora

El Conde lo entiende así,
porque dice don Bernardo
que nos vió juntos.

Diego.

Señor,
si satisfacerte aguardo
verás que á tu claro honor
debido respeto guardo.
Don Diego viene á Aragon
á casarse de secreto
con Lucinda, y la ocasion
es el Príncipe.

Conde.

En efecto,
zelos de Bernardo son.

Diego.

Bien claro se echa de ver.

Conde.

¿Cómo, que intenta Fernando
casar á Lucinda?

Diego.

Ayer

lo estaban los dos tratando,
y hoy ha de ser su muger.

Conde.

No será, porque la adora
el Príncipe, y voy agora
á que lo remedie luego.

ESCENA XIII.

Leonora y Don Diego.

Leonora.

¿Eso dices de don Diego?

Diego.

Esto es engaño, señora,
que si esto no le dijera,
por ventura le buscara
y mayor mal sucediera.

Leonora.

He reparado en tu cara
y en tu voz....

Diego.

¿Pues qué te altera?

Leonora.

No he visto cosa en mi vida
como los dos parecida.

Diego.

Somoslo en rostro y acciones,
de suerte que de opiniones
era la nuestra ofendida;
porque su padre, y el mio,
no ganaba en esto honor.

Leonora.

No era mucho desvario
igualarte á su valor.

Diego.

El tiene mas gracia y brio
y mejor entendimiento:
hoy nos verás juntos.

Leonora.

Ya
puse en él mi pensamiento.

Diego.

Muy bien empleado está.

Leonora.

Sí, don Juan, no me arrepiento.
¿Adónde agora quedo?

Diego.

Al campo salir queria.

Leonora.

¿Dice que le agrado yo?

Diego.

Todo y en todo.

Leonora.

Seria
por cumplimiento.

Diego.

Eso no,
que fuera tener por necio
un hombre de aquel valor.

Leonora.

Si el me aprecia en lo que precio
su amor, el me tendrá amor.

Diego.

Don Diego hiciera desprecio
del sol y de las estrellas,
del alba, de las mas bellas
flores que la vista admiran;
de los diamantes que tiran
de nuestros ojos centellas,

de la sangre que colora
la púrpura emperadora,
del oro que el fuego acendra,
y de las perlas que engendra
en nacar la blanca aurora;
del cristal y del marfil,
si de ese talle gentil
no admirara la belleza
de quien la naturaleza
rompió la estampa sutil.

Leonora.

Parece que te ha prestado
su ingénio.

Diego.

Y su amor tambien:
de él lo que digo traslado,
si no lo traslado bien
queda su autor escusado.

ESCENA XIV.

Dichos y Lucrecio.

Lucrecio.

Lucinda ha venido á verte.

Leonora.

¿Quién?

Lucrecio.

Lucinda de Aragon.

Leonora.

Pésame, que me divierte
de aquesta conversacion.

Diego.

Yo me voy.

Leonora.

Don Juan, advierte

que hoy quiero ver á don Diego.

Diego.

Tu intento le aviso luego.

ESCENA XV.

Doña Leonora Lucinda y Flora.

Lucinda.

¿Señora mia?

Leonora.

¿Lucinda?

Lucinda.

Fortuna la rueda os rinda,
amor el arco y el fuego.

Leonora.

Eso á vos será mejor,
que sois fortuna compuesta
del arco y flechas de amor.
¿Qué buena venida es esta?
¡Tanta gala! ¡Tal favor!

Lucinda.

Vengo á veros, y tambien
á que me deis parabien,
Leonor, de que estoy casada.

Leonora.

¿Casada?

Lucinda.

Y bien empleada.

Leonora.

Vos lo mereceis. ¿Con quién?

Lucinda.

No es persona de Aragon,
aunque para esta ocasion
llegó anoche á Zaragoza.

Leonora.

¿Quién?

Lucinda.

Don Diego de Mendoza.

Leonora.

¿Cómo? ¡Estraña confusion!

Lucinda.

¿No habeis oido decir
á don Diego el Castellano?

Leonora.

Mil cosas oigo fingir,
y asi de que todo es vano,
Lucinda, os quiero advertir,
porque pienso que es casado,
y casado en Aragon.

Lucinda.

Yo sé que os han engañado;
cosas del Príncipe son,
zeloso y desesperado.

Leonora.

¿Pues habeislo visto vos?

Lucinda.

Anoche hablamos los dos,
y fé y palabra nos dimos.

Leonora.

¿Anoche?

Lucinda.

Anoche estuvimos
juntos en mi casa.

Leonora.

¡Ay Dios! *ap.*

Lucinda.

Parece que os pesa de esto.

Leonora.

¿No me ha de pesar que os dé

su fé y palabra tan presto,
quien dió su palabra y fé
en otra parte?

Lucinda.

¿Qué es esto?
¿Su fé y su palabra ha dado
en otra parte?

Leonora.

Yo soy
testigo que os ha engañado.

Lucinda.

Yo sé que casada estoy,
y está el concierto firmado;
que mal lo pueden fingir
mi padre y Carlos mi hermano.

Leonora.

No me puedo persuadir
que es don Diego el Castellano.

Lucinda.

Todo lo quiero hoy decir
para que os desengañeis:
en vuestra casa está herido,
yo sé que no lo sabeis.

Leonora.

¿Herido?

Lucinda.

Aquí le ha escondido
un criado que teneis,
que es castellano tambien.

Leonora.

¿Quién es?

Lucinda.

Don Juan de Guzman

Leonora.

Vos dais las señas muy bien;

mis esperanzas os dan,
como es justo, el parabien;
aunque dijera mejor *ap.*
mis desdichas. ¡O traidor!
Si á casarte habias venido
con Lucinda ¿qué ha servido
burlar mi amor y mi honor?
Mi amor porque dió en quererte
sin verte, y mi honor por verte
en tanta opinion de España;
mas era tan vil hazaña
poderosa á aborrecerte.
¿Mas porqué mis quejas van
á tí, cruel, dirijidas?
sino al infame don Juan
que aunque tuviera mil vidas,
no le valiera el Guzman.

Lucinda.

Dado me has sospecha justa,
mirando tu sentimiento.

Leonora.

Lucinda, ya es cosa injusta
encubrir mi pensamiento,
perdona si te disgusta.
Anoche me dió don Diego,
ese cruel castellano,
fe de esposo.

Lucinda.

¿Cómo?

Leonora.

A ruego
de don Juan, le dí la mano,
asegurándome luego
con una joya que tiene
una ele de diamantes,

en que mas engaño viene
por las letras semejantes
que nuestro nombre contiene;
que en fin, Lucinda y Leonor
comienzan de una manera.

Lucinda.

¿Don Diego á tí?

Leonora.

Si el honor
de por medio no estuviera,
poco importára el amor,
yo le supiera vencer;
pero ya no puede ser,
en mi justicia confio;
ú don Diego será mio,
ú Aragon se ha de perder.

Lucinda.

¿Serán menos principales
mis parientes, que lo son
los tuyos?

Leonora.

En casos tales
no será igual la razon
si son los deudos iguales.

Lucinda.

Siempre fuiste mas altiva
que pide tu calidad.

Leonora.

Si en sangre Real estriva,
no tengas por novedad
que como he nacido viva.

Lucinda.

Yo soy Aragon.

Leonora.

Yo soy

Navarra.

Lucinda.

Ya estás muy necia.

Leonora.

Contigo, Lucinda, estoy,
que á quien á mí me desprecia,
esta respuesta le doy.

ESCENA XVI.

Dichos, el Principe, el Conde y don Bernardo.

Principe.

¿Qué es esto?

Leonora.

Sino viniera
Vuestra Alteza, y yo supiera
que amor Lucinda le debe,
á lo que agora se atreve,
yo sé que no se atreviera.

Principe.

¿Pues donde hay tanta amistad,
de enojos hubo ocasion?

Conde.

¿Leonora, que novedad
es esta?

Leonora.

Desdichas son
que ofenden tu calidad.

Conde.

¿Eso como puede ser?

Principe.

Conde, si es pleito, estas damas
su juez me pueden haçer.

Leonora.

¿Como has de juzgar si amas

y mas con tanto poder?
Pero ya aborrecer debes
pues Lucinda está casada.

Principe.

A eso vengo, que me han dicho
que está tu esposo en tu casa.

Lucinda.

Señor, mis padres y hermano
casarme en Castilla tratan
con don Diego de Mendoza,
que vos conoceis por fama.
Vino á Aragon de secreto,
lo demas que en esto pasa
bien lo sabeis; si á mi puerta
os lo ha contado su espada.
Aquí está don Diego herido.

Principe.

Lucinda, en eso te engañas,
que no solo te he servido
con la cortesía y gala
digna de tu calidad,
y á tus defensas honradas
he dado la estimacion
que piden prendas tan altas.
Si tus padres te han casado
con don Diego, y tú le amas,
hoy conocerás quien soy
y él será tuyo.

Leonora.

Las armas
profesas mas que las letras.
¿Ves como el amor te engaña,
y que no puede ninguno
juzgar en su misma causa?
¿Sin oir las partes juzgas?

Principe.

¿Si Lucinda está casada,
qué tienes tú que alegar?

Leonora.

Que cuanto Lucinda trata
es decir, por engañarte,
que con don Diego se casa,
que don Diego es mi marido.

Principe.

¿Qué dices?

Conde.

¿Qué es esto hermana?

Bernardo.

No me engañaron los zelos,
aunque zelos siempre engañan.

Leonora.

Que por órden de don Juan,
por sus conciertos y cartas,
me he casado con don Diego.

Bernardo.

Yo ví que los dos hablaban
anoche por el jardin.

Lucinda.

Toda la probanza es falsa,
que anoche el mismo don Diego
me dió la mano en mi casa.

Leonora.

No puede ser, porque á mí
me dió anoche la palabra,
y esta joya en prendas.

Principe.

Muestra.

¿Hay confusion mas estraña?
Esta ele de diamantes,
se labró para una ingrata

por mi orden.

Leonora.

¿Luego es vuestra?

Principe.

La noche que la llevaba,
á un castellano la dí.

Leonora.

¿Vos, porqué?

Principe.

Porque su espada
dos veces me dió la vida.

Conde.

¿Luego el dueño de esta hazaña,
fue don Diego de Mendoza?

Principe.

Sí, pues él la dió á tu hermana.

ESCENA XVII.

Dichos y Carlos.

Carlos

¿Está aquí su Alteza?

Principe.

Carlos,
¿qué quieres?

Carlos.

Darte esta carta
del Príncipe de Castilla.

Principe.

Muestra.

Carlos.

Lucinda, ¿aquí estabas?

Principe.

Lee. *Mientras solicito con el Rey mi señor perdone á don Diego de Mendoza la muerte de don Nuño,*

suplico á Vuestra Alteza le favorezca y ampare en Aragon, que el amor que le tengo......

No hay para que proseguir,
si aquí don Diego se halla
y yo le debo la vida,
las cartas son escusadas.
Siempre le he visto de noche
á la traza de estas damas,
y tan á oscuras, que apenas
daré señas de su cara.
¿Quién es aqueste don Juan
que sabe de él?

Conde.

En mi casa
le entretengo, porque asi
el Almirante lo manda.

Príncipe.

Id por él que él sabrá de él.

Conde.

Yo voy.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos el Conde.

Príncipe.

Pero si se casa
con Lucinda y con Leonor,
mal cumplirá su palabra.

Lucinda.

La que me ha dado, yo sé
que la cumplirá.

Leonora.

Tú engañas
tu esperanza con tu amor.

Lucinda.

Mas que amor, tengo esperanza.

ESCENA XIX.

Dichos, el Conde, don Diego y Lope.

Conde.

Llega, don Juan, que su Alteza
te quere ver.

Diego.

Hoy levantas
á tu sol la humildad mia.

Lope.

Hoy temo alguna desgracia. *ap.*

Principe.

¿Eres don Juan de Guzman?

Diego.

Sí Señor.

Principe.

¡Presencia honrada! *ap.*
¿Donde está don Diego?

Lope.

Agora *ap.*
dá por el suelo la traza.

Diego.

En mi aposento le tengo
mientras estas cosas andan
tan confusas.

Principe.

Hame escrito
en su favor una carta
el Príncipe de Castilla,
mientras con su padre trata
el perdon de cierta muerte;
que le entretenga me manda.

No sé que entretenimiento
conforme á su sangre clara,
y á deberle yo la vida,
pueda darle; sino basta
Almirante de Aragon.

Diego.

Señor, por mercedes tantas
vuestros pies beso en su nombre.

Principe.

Don Juan, á don Diego llama
que quiero casarle yo.

Diego.

Tan cerca, Señor, se halla,
que quiero darle el recado.
Don Diego, por una carta
del Príncipe de Castilla,
y porque con vuestra espada
librasteis al de Aragon,
que en tanto peligro estaba,
sabed que os hace Almirante;
id presto á darle las gracias,
y dadme albricias á mí,
albricias de buena gana,
porque sé que de tu bien
la misma parte me alcanza.

Principe.

¿Con quién hablas,

Diego.

Yo, señor,
vuestro recado le daba
á don Diego.

Principe.

¿Pues aquí
lo que has de decirle ensayas?

Diego.

No Señor, que á mí me digo
las venturas que me aguardan;
porque soy don Diego yo;
y el que por mercedes tantas,
besa vuestros pies mil veces.

Principe.

Igualmente tus hazañas
con tus industrias compiten;
á mis brazos te levanta
del suelo, que á mi cabeza
por laurel que le adornára
hubiera dicho mejor.

Diego.

Tu hechura, Señor, ensalzas.

Lope.

¿Y yo podré ya dejar
de ser Nuño ó calabaza,
y volverme á Lope?

Principe.

Lope,
yo te confirmo en mi gracia.
Lucinda, para que veas
que tiene Alejandro España,
y que mi amor no pretende
de tus desdenes venganza,
don Diego será tu esposo.

Diego.

Señor, perdona y repara
que no he de tener muger,
aunque con tantas ventajas,
donde tú has puesto los ojos.
De tu amor fue aquella traza,
con que fingí que venia,
y por no darle palabra,

fingí la herida tambien.
Dásela al Conde, y iguala
tal valor y tal grandeza;
porque yo he dado á su hermana
fé y palabra de ser suyo.

Principe.

Quien asi te desengaña
y te aconseja, Lucinda,
tu honor estima y alaba.

Lucinda.

Ya que no soy su muger,
de don Diego soy cuñada,
y le doy la mano al Conde.

Leonora.

Yo á don Diego con el alma.

Lope.

Quedo, que le falta á Flora
cierta cosa.

Flora.

¿Qué me falta?

Lope.

¿Conoces al Conde?

Flora.

¿A quién?

Lope.

Al Conde de Argeo y Humaina

Flora.

¿Eres tú?

Lope.

Toca esos huesos.

Diego.

Don Diego de noche acaba;
si es buena, tendrálas buenas;
si es mala, tendrálas malas.

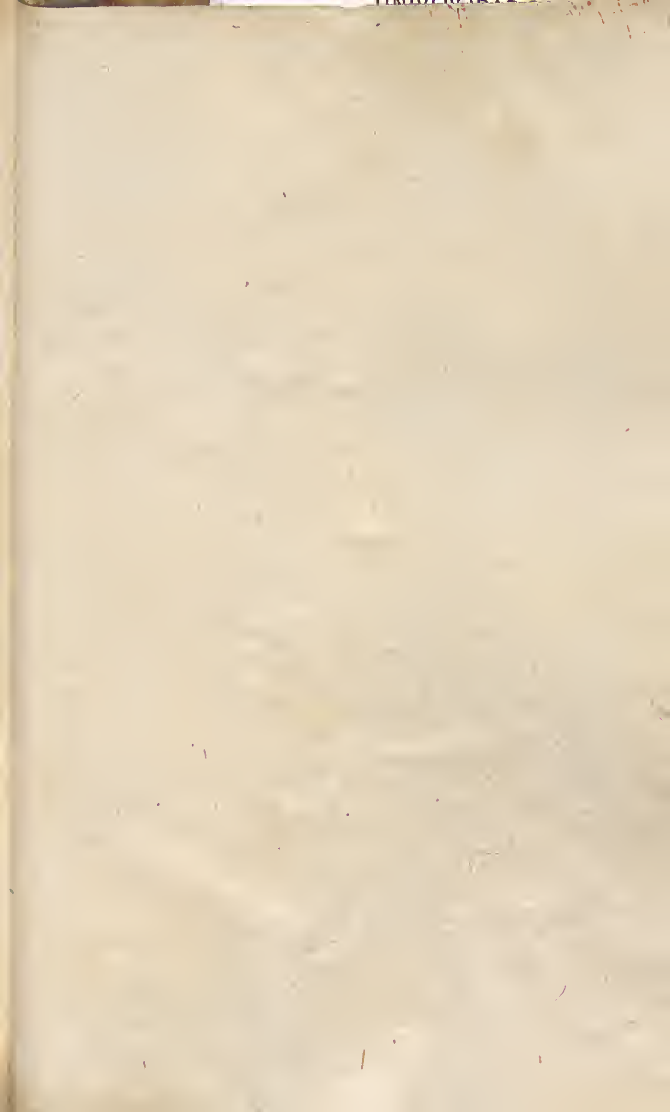
Don Diego de noche.

Aunque esta comedia no es de las mas interesantes de don Francisco de Rojas, hemos creido que el público la recibirá sin desegrado; porque ademas de ser bastante rara, el pensamiento es bueno, la accion está bien conducida y tiene el mérito siempre muy apreciable del lenguage y de la versificacion, que carece de los vicios que se advierten algunas veces en otras comedias del mismo autor. Parece que se propuso pintar en esta el imperio que egerce en la imaginacion del bello sexo la fama de un hombre ilustre, celebrado por su valor, por su cortesanía y por sus gracías personales. Esta idea es muy dramática; pero no sacó de ella nuestro poeta todo el partido que debia, porque la combinacion de la fábula es débil y no presenta situaciones interesantes. El amor de doña Leonor á don Diego de Mendoza, no esperimenta otro obstáculo que el de don Bernardo, y las solicitudes de este amante se desvanecen sin ningun esfuerzo. Seria mucho mas teatral si este competidor fuese el Príncipe de Aragon, que solo sirve en la comedia para manifestar el valor y nobleza de don Diego y la generosidad y grandeza de aquel ilustre personage. Sus amores con Lucinda no ofrecen resultado alguno, y únicamente producen la resolucion que adopta don Fernando de casarla en Castilla con el mismo don Diego. Si el poeta hubiese pintado al Príncipe enamorado de Leonor, como hemos insinuado, hubiera tenido la fábula un interés mucho mayor, hubiera presentado situaciones mas dramáticas, y con menor número de personages hubiera desenvuelto la accion, y dado mas unidad á su obra.

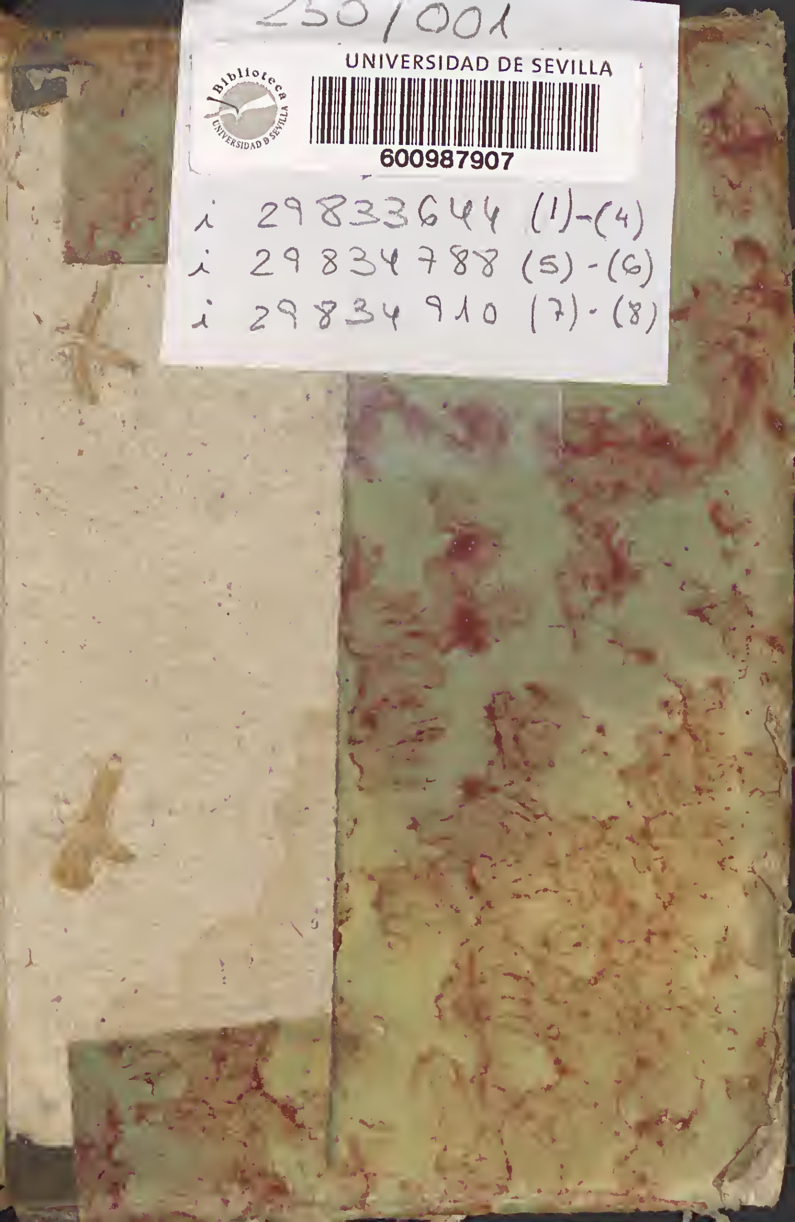
Los defectos que hemos indicado, no impiden que se lea esta comedia con gusto y atencion; porque ademas de la novedad del pensamiento y del interés que produce la pasion de doña Leonor por un hombre á quien no conoce, las escenas están generalmente bien enlazadas, y los diálogos tienen viveza y movimiento. Una de las mejores escenas es la XV. del último acto, en que Lucinda dá parte á Leonor de su matrimonio con don Diego, y á nuestro parecer puede competir con las mejores que se han escrito en su género. Los caractéres son nobles, y estan bien pintados, y el desenlace es natural, y gracioso el modo conque se descubre don Diego.

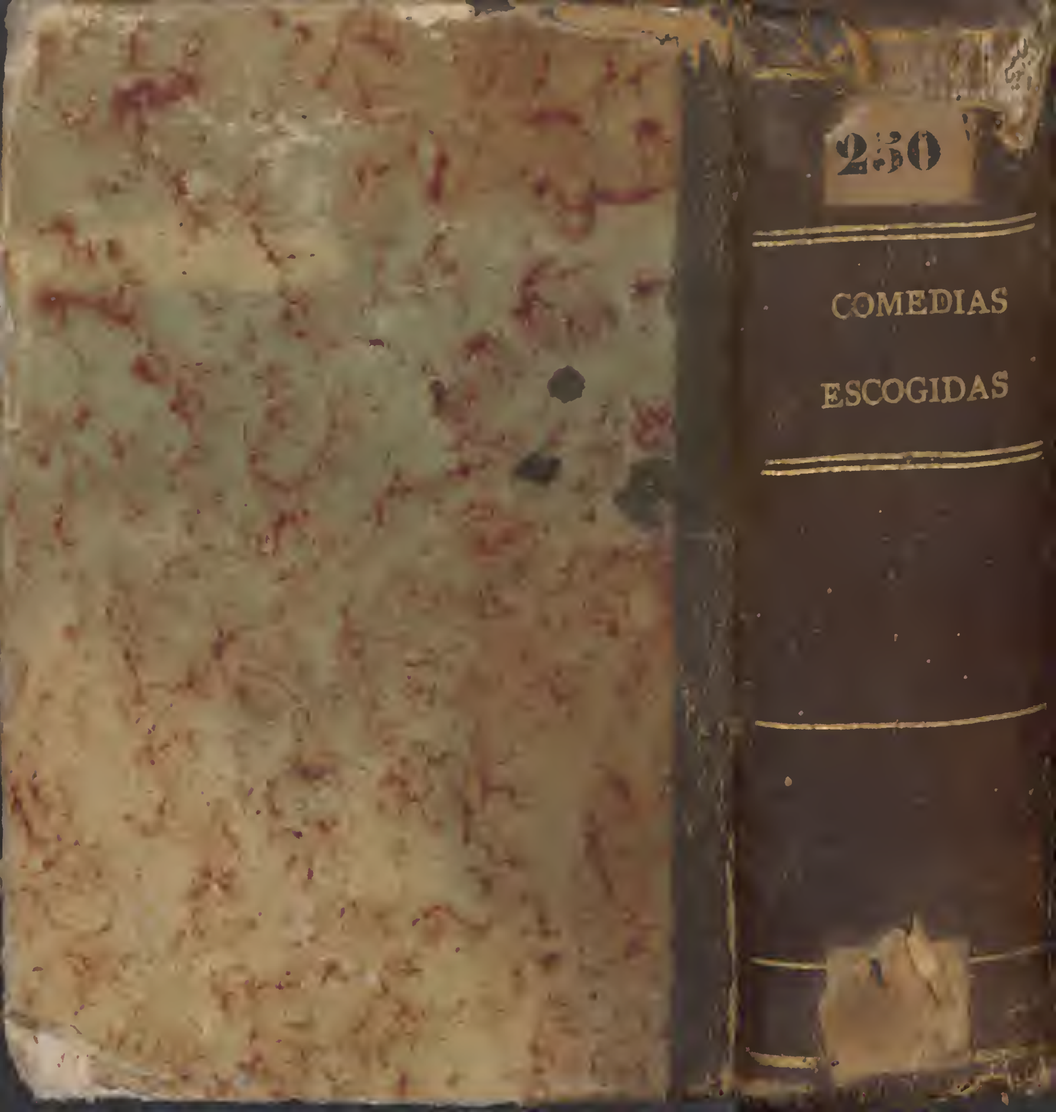
INDICE

De las comedias contenidas en este tomo.






230/001
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD D SEVILLA
600987907
i 29833644 (1)-(4)
i 29834788 (5)-(6)
i 29834910 (7)-(8)


250
COMEDIAS
ESCOGIDAS